CÁNDIDA

ISABEL LIZARRAGA VIZCARRA

PARTE PRIMERA

Crónica de un amanecer

(SEPTIEMBRE DE 1918-SEPTIEMBRE DE 1919)

1. Cándida

Me llamo Cándida, Cándida Sanz Pedriza, se dijo en voz baja. Aún no hace frío en este día 15 de septiembre de 1918 y estoy sola en la estación del tren de Logroño. Podría haber dicho un *estoy sola* triste y cobarde, silenciado en suspiros; un *estoy sola* medroso y angustiado mientras miro a los caballeros que pasean por los andenes de la estación y me miran con curiosidad impertinente, pero no lo hago. Cándida se rió, un poco sin darse cuenta, y miró desafiante a izquierda y derecha. Yo soy Cándida Sanz Pedriza, nacida en San Millán de la Cogolla, titulada en Magisterio por la Escuela Normal de Maestras de Logroño. Yo soy Cándida Sanz y viajo a Madrid como periodista del Diario *La Rioja* ("Diario Imparcial", decía el subtítulo, "Fundado por Don Facundo M. Zaporta") para enviar novedades a la sección de "Los Jueves de la Mujer", en la que acabo de entrar como corresponsal. Y Cándida calló avergonzada: estaba hablando sola en mitad de la estación.

"Los Jueves de la Mujer" era una sección de dos o tres columnas que aparecía semanalmente y tenía el subtítulo "Cartas femeninas". Cándida acababa de empezar sus colaboraciones porque le cedió su puesto la anterior redactora, *Pilar*, que en realidad era el pseudónimo de su profesora de Corte y Confección en la Escuela de Magisterio, quien, cansada ya del oficio de periodista ocasional, había encomendado el puesto a su mejor alumna. Desde 1912 *Pilar* había cumplido puntualmente su cometido de construir todos los jueves una obra colosal: aconsejar a las lectoras de *La Rioja* sobre cualquier tema de su interés, asunto que en realidad se circunscribía especialmente a la moda, la cocina, los cuidados de la infancia, la buena sociedad de la provincia o las obras de beneficencia en que colaboraban las damas de buen tono. Hasta que había caído en una crisis espiritual. Después de la Guerra Mundial *Pilar* estaba cambiando de opinión acerca de las ideas que debía infundir a sus lectoras. Había leído en los periódicos extranjeros que las mujeres habían luchado, habían trabajado y habían hecho el papel de los hombres… incluso que en algunos países habían conseguido el voto. Un día, después de meditar sobre su columna semanal, había llamado a Cándida. "Nos han enseñado que

la moda, las recetas de cocina y las curiosidades chismosas sobre la buena sociedad son lo que más interesa o quizás lo único sobre lo que le gusta pensar a la mujer; pero ¿nos enseñan bien?", le había dicho antes de tirar a la papelera el esbozo de la siguiente colaboración de "Los Jueves de la Mujer". Después le había confesado que ya no se sentía bien escribiendo acerca de esos temas reiterados, porque pensaba que estaba haciendo perder el tiempo a sus lectoras leyendo banalidades. Había llegado al final de un camino y ya no podía seguir, así que… ¡le cedía el puesto! "Ya no sirve lo que yo contaba a las riojanas: ahora hay que cambiar el rumbo y tú, que eres más joven, sabrás encontrar la orientación adecuada. Pero… ¡tendrás que dar un giro copernicano a la sección!". Y le había dicho que fuera a Madrid. "¡Madrid, Madrid! Desde allí se ha de ver bien el mundo; allí tienen que surgir las novedades que llegarán a las provincias; ¡seguro que allí es donde nacen o se hacen las mujeres nuevas que van a construir la España que soñamos!".

El resto había sucedido muy rápido: la entrevista con el director de *La Rioja*, las promesas, los llorosos coqueteos pidiendo una oportunidad, la voluntaria renuncia a un sueldo honroso y la aceptación de una modesta recompensa medida en el número de líneas que debía enviar semanalmente desde Madrid, el número de líneas cuya promesa ya la estaba convirtiendo en una mujer nueva, el número de líneas que la iban a transformar en una mujer de verdad.

Yo soy Cándida Sanz. Miró el edificio de ladrillos rojos de la estación del tren. Miró sus cristaleras, su amplia entrada y las dos ventanillas donde se vendían billetes. Después se miró a sí misma: vio sus manos y le parecieron más fuertes que el día anterior; vio en el suelo su pequeña maleta de madera, que no pesaba; se miró los pies, enfundados en botines con largos cordones, con los que iba a pisar las calles de la aventura; desdobló y volvió a doblar sobre el brazo la capa de invierno que la había de abrigar en los próximos meses; abrió el monedero y despreció su contenido, y sólo acarició una carta, una carta que era una llave, con una dirección en Madrid, calle Zurbano, número 1, dirigida a María Lejárraga. Era la carta de recomendación escrita por el párroco de su pueblo, en la que el padre Saturnino la encomendaba a otra

riojana afincada en Madrid: “Querida María, aquí le envío una joven paisana suya, nacida como usted en San Millán de la Cogolla. Por la amistad que le profeso a usted y a los padres de la señorita Cándida Sanz, tengo el atrevimiento de rogarle que le encuentre alojamiento en Madrid, donde se traslada por asuntos de trabajo. Sé que usted, por su bondadoso corazón y por el recuerdo de su patria chica, ha de guiar a esta joven por el camino del bien y la ha de orientar en las pesquisas en que se empeña…”

Yo soy Cándida Sanz Pedriza. Tengo veinticuatro años, he sido maestra de niñas, pero ahora me he convertido en periodista riojana y voy a Madrid.

Un estruendo de chirridos y voces la sobresaltó: el tren, humeante, abría sus puertas. Tomó su pequeña maleta y subió. Mientras buscaba su asiento, una figura de hombre apareció en el andén y se acercó escudriñando el interior de los vagones de hierro y madera. Cándida lo observó entre asustada y curiosa: su recia figura se movía con torpeza dentro de su pobre indumentaria, un pantalón marrón y una chaqueta cruzada de pana, mientras estrujaba entre las manos su visera de paño. Cuando el muchacho se acercaba, Cándida se escondió entre las sombras: no había querido despedirse de Pedro Forcada. No le debía ni una sola promesa y ni siquiera sabía si deseaba recordarlo. “Si quieres te espero –le había sugerido, medroso–; a la vuelta, hablamos…”, y Cándida se había visto a sí misma rodeada de niños que la solicitaban con miradas ansiosas mientras esperaba el regreso del trabajo del hombre. Ser la mujer de Pedro Forcada, ser la mujer de un hombre… Cándida sacudió la cabeza negando. Eso aún no podía ser. Se volvió a repetir a sí misma: “Yo soy Cándida Sanz…”, mientras el tren se alejaba y la figura del joven se empequeñecía en la distancia hasta convertirse en un lejano punto de soledad en los andenes vacíos.

2. Por la mañana y con prisas

El día 21 de septiembre de 1918 Lilly Rose Schenrich se despertó sobresaltada. Le daba la impresión de que se había olvidado de algo realmente importante. Se levantó con agilidad y se asomó brevemente entre las espesas

cortinas del dormitorio. La calle Almagro seguía siendo la de siempre, con sus coches de alquiler y sus viandantes apresurados. A sus 54 años todavía era una mujer hermosa y sus ojos verdes se mostraban soñadores bajo un filo acerado que escondía la impaciencia de un carácter resuelto. Llamó a la doncella, que, como todos los días, le trajo una jícara de chocolate caliente para desayunar.

–Anita, ven a vestirme enseguida, que tengo mucho que hacer.

Quizás debería apresurarse para realizar algunas compras urgentes. Su marido, Ramón Cabrera, Marqués del Ter y Conde de Morella, necesitaba añadir a su vestuario de diplomático en activo un grueso abrigo para el invierno que se acercaba, pero sobre todo necesitaba encargar papel de escribir timbrado para unas cartas urgentes y algunos libros.

Después de desayunar, llamó de nuevo a Anita, la doncellita joven tan risueña, para que le ayudase a vestirse.

–Señora Marquesa, esta mañana muy tempranito vino la señora de Martínez Sierra y le dejó esta nota.

Lilly Rose abrió un pequeño sobre y sacó un papel doblado que decía misteriosamente: "*Yost* a toda máquina. Feminismo y alboroto. Espinosa en cabeza. Paso a media tarde. Amapola tres veces amapola, pero esta vez encarnada de frustración". Pensó en María Lejárraga, la esposa del dramaturgo Gregorio Martínez Sierra, según las malas lenguas madrileñas, la verdadera autora de todas las obras con las que había triunfado su esposo.

–María siempre con sus bromas.

Suspiró, y se acordó de María, optimista y alegre, diez años más joven que ella, y con un permanente buen humor que a veces escondía lágrimas sin derramar.

Sobre el sofá cercano a la ventana, aparte de varias prendas de vestir arrugadas, había algunos periódicos. Entre ellos, un ejemplar del mes de abril de *Redención*, la revista valenciana de las hermanas Ana y Amalia Carvia. Bajo el titular de *Manifiesto feminista. A las mujeres españolas*, las firmantes, que pasaban de cincuenta, decían que había llegado la hora de que las mujeres se

aprestasen *a coadyuvar a la magna empresa de la rehabilitación de nuestro sexo*.

La Marquesa sonrió con malicia. ¡Las inglesas habían avanzado tanto en los terribles años de la guerra! Sin embargo, las españolitas aún publicaban en sus periódicos soflamas como esta: *¡Mujeres españolas, ha sonado para nosotras la hora de deponer la vergonzosa actitud en que nos han contemplado tantos siglos!* Después de la ligera sonrisa, Lilly Rose se avergonzó un poco. Ella también era española, no por su nacimiento (había nacido en París, aunque se había criado en Londres), sino por su matrimonio con Ramón Cabrera. Según el Código Civil español, las mujeres estaban obligadas a adquirir la nacionalidad del marido. ¿Qué importaba ser francesa, inglesa o española? Su marido Ramón, diez años mayor que ella, era español; su hijo Ramón, en una familia en que todos los varones habían de llamarse Ramón, como su suegro, Ramón Cabrera y Griñó, el *Tigre del Maestrazgo*, también era español. Y al llegar a este punto no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas: Ramón, con sólo diecinueve años, acababa de ingresar en el Ejército...

Lilly Rose no quería recordar los recientes horrores de la guerra europea, los hospitales necesitados de cloroformo, de sábanas, de sangre... Sólo hacía tres años ella misma había ofrecido conciertos de piano en Grosvenor Square, en Londres, con el objetivo de recaudar el dinero necesario para los hospitales aliados, para las ambulancias alpinas... Por una parte, la guerra, la sangre, los gritos a la patria; por otra, las mujeres llorando, las mujeres solas trabajando en las fábricas, curando enfermos. Esa era la última verdad que había vivido. No quería pensar en más sangre. Su hijo Ramón también estaba estudiando para la guerra, como su abuelo Ramón Cabrera, el general carlista español más famoso en Inglaterra. Un sentimiento de rabia ahogó sus lágrimas. ¡Si se pudiera acabar con las guerras! ¡Qué poco podían hacer contra ellas las mujeres, ni siquiera las Marquesas!

Después de un rato, ya más tranquila, se miró un poco de soslayo en el espejo. ¿Qué importaba ser francesa o española? Vivía en Madrid y eso debía bastar. Era mujer, tan mujer en Inglaterra como en Francia… o en España.

Quizás en Madrid las cosas estaban aún un poco peor que en París, donde al menos había algunas leyes que defendían a las embarazadas y a las madres, pero ella era mujer al cabo, y tenía que luchar por todas las mujeres, aquí o en Pekín. Y mientras tanto... las valencianas le habían tomando la delantera. *Redención* había hecho su llamamiento para crear una asociación feminista, la primera en España. Las letras de molde llamaban con gran calor a las españolas:

> *Ante la evidencia de que, para dar impulso a la obra del feminismo español se hace preciso unir las fuerzas dispersas, la revista* Redención*, que ha tres años viene realizando en nuestro país una seria labor feminista, ha lanzado la idea de la formación de una* Liga de mujeres españolas*, idea que ha encontrado entusiasta eco en gran número de distinguidas señoras. Agrupadas estas señoras […] han resuelto dar[…] una suplicante llamada a todas las mujeres de España sean cuales sean sus creencias religiosas, sus principios políticos*.

Junto a *Redención*, una hoja recortada del periódico *El Progreso*, de Barcelona, con fecha de 4 de septiembre, marcaba el nacimiento de la *Liga*. Y decía:

> *Oídlo bien, queridas hermanas: el día 25 de agosto quedó definitiva y legalmente constituida en Valencia la* Liga Española para el progreso de la mujer*. La primera Liga femenina que se ha creado en España y que en sus comienzos cuenta ya con más de 200 asociadas, pertenecientes a todas las regiones*.

Cuando María Lejárraga le había mostrado la noticia apenas se lo podía creer. ¡Una sociedad feminista en España! ¡Una sociedad sufragista! ¡Qué escándalo para la sociedad bienpensante! María se relamía:

–Esto tenía que llegar… Si Gregorio (o sea, yo misma) hace años que viene diciendo a las mujeres que se asocien, como hacen las americanas... En

Blanco y Negro publicamos, ya en 1915, multitud de *Cartas* anunciando el feminismo.

–Pero María –le había contestado la Marquesa–, ¿no ves que se predica mejor con el ejemplo? ¿Por qué firmas siempre con el nombre de tu marido? ¿Por qué tienen que obedecer las mujeres las indicaciones de un hombre?

María había bajado la mirada un poco avergonzada, pero aun así insistía:

–Eso es sólo una argucia nuestra, es un truco. ¿Recuerdas la conferencia de mi esposo sobre feminismo en febrero del año pasado en el Eslava? ¿No tiene autoridad Gregorio como para convencer tanto a hombres como a mujeres? ¿Y no habrán leído las madrileñas las *Cartas a las mujeres de España* que acabamos de publicar o el libro *Feminismo, feminidad, españolismo*, de Gregorio y mío?

–¡Gregorio, Gregorio!... –insistió de nuevo la Marquesa–. María, ¿cuándo vas a publicar las cosas con tu nombre?

Aquello había sido demasiado para María.

–Los libros que escribimos son hijos de los dos, tanto si los escribe él como si los escribo yo. ¡Y a nadie le importa si sólo llevan el nombre del padre!

Y así, tan olímpicamente, María se había ido. Gran portazo en la casona de la Marquesa del Ter, gran susto de Anita, que nunca había visto a María Lejárraga dar una voz más alta que otra. Gran sobresalto para Lilly Rose, que tampoco había supuesto que María tuviera un genio tan endiablado. Que si todas las mujeres son madres, aunque biológicamente no lo sean (María y Gregorio no tenían hijos), que si los libros son sus hijos, que si la autoridad de Gregorio... Las españolas, realmente, eran bastante pasionales y bastante incomprensibles, y Lilly Rose pensaba, aún no sabía por qué, que lo que tenía que hacer María era vigilar un poco más la amistad de Gregorio con su primera actriz, la hermosísima Catalina Bárcena…

Sin embargo, el incidente no podía empañar la amistad que existía desde hacía un tiempo entre María Lejárraga y la Marquesa del Ter. Esa misma tarde, María se presentó con un paquetito.

–Sólo merece la pena vivir las horas serenas. Te he traído un regalo. A las mujeres nos conviene mantener la mente tranquila. Vamos a dejar los fuegos y las pasiones para los hombres, para que a ellos les sirvan cuando quieran hacer solos sus guerras.

Dentro del paquete había un libro, de la cuidadísima editorial Estrella, *Calendario espiritual, un buen pensamiento para cada día*. A María le reía la boca, aunque en los ojos se traslucía una chispa de melancolía, así que Lilly Rose desistió de comprender el misterio de ese dolor y sólo se quedó con la risa. Se abrazaron y se dieron un beso. A veces no era necesario entender, era suficiente con sentir el calor de un abrazo.

Tan ensimismada estaba recordando aquella tarde, apenas hacía quince días, que no oyó la entrada de Anita.

–Señora Marquesa, la Condesa de San Rafael la está esperando en el salón de té.

La Marquesa del Ter ahora sí que recordó el motivo de las prisas: había quedado con la condesa para visitar el Taller de encajes, del que era fundadora. Elvira González-Lequerica Uriarte, casada con Virtumira Salabert y Solá, conde de San Rafael, era la dama más filantrópica de toda la sociedad madrileña: todos la conocían como fundadora del Bazar del Obrero y del Taller Central de Encajes, donde vendía las labores artesanas de las mujeres sin los recargos abusivos que solían incluir los intermediarios.

–Elvira querida, perdóname el retraso y vámonos enseguida.

La condesa de San Rafael, dama robusta de grandes ojos marrones, cejas finas, cara redonda y boca pequeña, se había quitado el sombrero y su pelo rizado y moreno parecía un halo flamígero alrededor de su rostro benévolo.

La visitante se dirigió a la Marquesa:

–Lilly Rose, cariño, si no te has peinado... ¿Así es como acostumbran a salir en París las damas elegantes?

3. “*Yost* a toda máquina”

Esa misma tarde la Marquesa del Ter recibió la anunciada visita de María Lejárraga, que venía acompañada de una joven disfrazada de señorita provinciana.

–Buenas tardes, Lilly Rose. Te presento a una joven de gran talento y de grandes ilusiones. Se llama Cándida Sanz y viene de Logroño. Tiene el encargo de describir para su periódico, *La Rioja*, cómo viven las madrileñas –y añadió guiñándole un ojo a la chica– para que aprendan las riojanas dónde se encuentra la elegancia verdadera. Por el momento se aloja en una buhardilla que le ha prestado nuestra amiga Louise Grapple de Modeiras.

Cándida Sanz contestó un poco amoscada:

–Estoy encantada de conocer a una señora como usted, pero no me crea impertinente si, antes de hacerlo, la estimo más como mujer moderna que como mujer elegante.

Lilly Rose, viendo el azaramiento de la visitante, intentó ayudarla a pasar el primer examen:

–No hay que hacer caso de todo lo que dice María. Ella misma sabe bastante de elegancia, aunque le preocupan mucho más las desgracias que sufren las pobres mujeres, sean modernas o no. Me alegro de conocerla y le aseguro que, siguiendo a María, se va a enterar de todo lo que puede interesar a la lectora más exigente. De momento viene a informarme, como amiga fiel, de una reunión femenina importantísima –y se dirigió a María–. Cuenta, cuenta... ¿Qué tal fue ayer la reunión feminista? ¿Cuándo salimos nosotras a la calle para encadenarnos a las farolas?

María, a pesar que procuraba mantener el tipo de digna cicerone con su acompañante, venía un poco despeinada y con algunos subidos colores en la cara, lo cual demostraba que, a pesar de su intento permanente de guardar la compostura y la serenidad, el tema que iba a tratar la alteraba un poco.

–Cuando llegué al despacho de María Espinosa, en su local de la casa *Yost*, la reunión estaba de bote en bote. Sentadas detrás de la mesa, María Espinosa y Consuelo González Ramos, ya las conoces.

–A María Espinosa de los Monteros y Díaz de Santiago, sí. Todo el mundo sabe que es la representante de la Casa *Yost* en España desde hace veinte años y que el Consejo de Instrucción Pública le concedió la Cruz de Alfonso XII. Pero a esta Consuelo González no la conozco.

A María se le saltaba la risa malévola.

–Sí, sí, allí estaba María Espinosa presidiendo la reunión, con su traje negro ceñido con una banda en la cintura y la famosa Cruz en el pecho. También llevaba un collar de perlas y un moño bastante discreto. Pero tú sí conoces a Consuelo González: es la directora de *La Voz de la Mujer*, la mejor revista femenina que hay en Madrid, pero firma con el nombre de *Celsia Regis*. Creo que sabes su historia: era maestra y, por desgracia, quedó viuda hace poco tiempo, después de haber perdido también a su hija; así que ahora está dedicada íntegramente al feminismo. Dice que va a consagrar su vida a luchar para que las mujeres dignifiquen su existencia. Entre las dos presidieron la reunión. *Celsia Regis*, que había hecho la convocatoria desde *La Voz de la Mujer*, estaba muy emocionada y decía que nos había reunido para llevar a cabo un ideal, que era la defensa de la mujer española. Dijo que quería crear la *Asociación Nacional de Mujeres de España* y que había elegido a María Espinosa como presidenta porque en Madrid era la mujer más capacitada para dirigir una asociación, puesto que lleva tantos años dirigiendo la casa *Yost*. A las valencianas no las nombraron, pero querían que su asociación se llamase *nacional*. Estaban allí también María de la Rigada, Micaela Rabaneda, Dolores Velasco de Alamán, Matilde García del Real y Soledad Ruiz de Pombo, la que escribe para *El Debate*. Todas aplaudían mucho y alguna hasta acabó llorando.

–Bueno, María, tú también estabas allí. ¿Es que tú no dijiste nada?

–Ya me conoces. A ratos oía como quien oye llover. Mil veces repitió María Espinosa eso de que el feminismo pretende la igualdad de derechos y obligaciones en ambos sexos. Pero luego *Celsia Regis* decía que lo mejor que pueden hacer las mujeres es casarse y atender a sus hijos. La mayoría de las que estaban allí piensan que las mujeres tienen que aprender a trabajar sólo por si se quedan viudas o son solteras y no las puede mantener nadie. Ya sabes mi opinión al respecto. ¡Mujeres parásito, que dependen de la gloria que

alcancen sus maridos! ¡Esa es la peor lacra de un país: mujeres ignorantes, que sólo piensan en la última moda del sombrero o la basquiña!

La Marquesa reía, mientras Cándida Sanz, vergonzosa, callaba.

–María, que a mí también me gustan los sombreros, no te pongas estupenda.

–Sí, pero debajo del sombrero que lleva esa linda cabeza tuya hay una mujer que habla inglés, francés, alemán y español, que toca el piano como los ángeles, que lee todo lo que cae en sus manos, ¡hasta las obras de Martínez Sierra!, y que es tan torera como para hacer pases de pecho a su suegro, el *Tigre del Maestrazgo*.

Lilly Rose miró a sus dos visitantes con cierto sobresalto y espetó a María Lejárraga imitando un bisbiseo:

–María, no nombres al *Tigre*, que viene mi Ramón y luego echa pestes de las feministas que, por mi culpa, llegan a su casa a limpiar el polvo de sus glorias familiares, no me seas tan irreverente.

–¡Ay, tienes razón! ¡Irreverente! También fui, a mi pesar, irreverente ayer en la casa *Yost*. No fue con mala intención, pero, de pronto, se me vino un escrúpulo tremendo a la cabeza, digo, mejor, al corazón. Las fundadoras de la *Asociación Nacional* estaban hablando de todas las cosas que iban a hacer: proponer la igualdad legal de la mujer; procurar que las madres españolas inculquen el amor a la patria (fue así mismo, te lo prometo); incluir a la mujer como elegible para cargos públicos; estudiar las reformas del Código Civil; conseguir la administración matrimonial conjunta; proteger a las obreras... Y ahí salté yo, ni siquiera lo pensé, y les dije: “Señoras, y en esta reunión para hacer una *Asociación Nacional* de las mujeres, ¿dónde están las obreras?”. Ninguna de ellas me respondió, pero sentí la mirada de María Espinosa clavada entre las cejas. Es que había mucha señorona muy bien vestida y muy bien enjoyada, pero las que más padecen la opresión del marido, la opresión de las leyes y el ahogo de la maldita pobreza, ni estaban allí, ni nadie las comprendía más que como objeto de caridad social. Todas las mujeres somos hermanas: tú, y yo, y las obreras, y las modistillas, las criaditas, las cupletistas, las comerciantes –y añadió mirando a Cándida– y las periodistas.

–Bueno, bueno, ya sabes que yo tampoco soy partidaria de mezclar la política con la causa feminista. Pero tienes razón. En Inglaterra las mujeres que han conseguido el voto no son sólo las burguesas o las aristócratas. Allí las trabajadoras de las fábricas bien se han ganado el sufragio después de tantos sufrimientos.

Y María suspiraba.

–Total, que después de mi estreno como aspirante a formar una asociación feminista me marché sintiéndome aborrecida por todas las presentes, que no consintieron en considerar que sus *nurses* fueran tan mujeres como ellas.

–María, no pierdas la paciencia. Dales tiempo y todo llegará.

La tarde languidecía. El sol de septiembre avisaba con sus últimos rayos de que empezaba a tener prisa por escapar del escenario madrileño. La calle Almagro perdía animación y María vio que tenía que cumplir sus deberes de ama de casa.

–El estómago de Gregorio y su cena son cosas que no admiten dilación. Además esta señorita tendrá que escribir a su periódico. Debemos ir a casa.

–¿Queréis que os acompañe Anita?

–Somos mujeres modernas. Nos bastamos y sobramos para ir solas. A Cándida yo la acompaño, y mi calle Echegaray sigue estando aquí mismo. Las feministas furibundas aún no la han cambiado de sitio. Por cierto, cuando salía de la reunión me tropecé en las escaleras con Carmen Eva Nelken, la hermana de Margarita, que escribe ahora en *La Tribuna* con el pseudónimo de *Magda Donato*. Me saludó muy cariñosa y yo me alegré de que no hubiera visto mi debut feminista.

La Marquesa del Ter se interesaba:

–Quizás sea de tu cuerda. ¿No tenéis algo en común las escritoras de Madrid?

Cuando María Lejárraga y Cándida salieron, Lilly Rose Schenrich quedó pensativa. El poeta Juan Ramón Jiménez había llamado a María “Amapola tres veces amapola” y, como la amapola, era una mujer tremendamente sencilla y entrañable. Sin embargo, era capaz de sentir las pasiones más exaltadas.

Hacía tiempo que tenía claro cómo tenían que ser las mujeres del siglo XX, pero no quería rendirse nunca ante una mayoría que consideraba equivocada. Había albergado ilusiones con el anuncio de la fundación de la *Asociación Nacional*, pero después de mirarla de cerca no le había gustado el cariz de la reunión ni compartía las ideas de la recién nombrada presidenta.

–Nunca va a dejar de luchar por sus ideales –dijo en voz alta sin darse cuenta de que estaba hablando sola.

–¿Qué manda la señora? –respondió Anita desde el zaguán mientras cerraba la puerta.

–Cierra las ventanas, Anita, que ya se escapa el verano.

Lilly Rose abrió la tapa del piano y comenzó unos acordes distraídos.

Dos meses más tarde, el 16 de noviembre, la *Asociación Nacional de Mujeres de España* se presentó en el Registro de Asociaciones. Como presidenta figuraba María Espinosa y como sede de la sociedad su propio domicilio, en el número 4 de la calle Barquillo. El periódico *La Rioja* fue uno de los pocos diarios de provincias que registró en una pequeña nota el evento.

4. El 3 de diciembre en el periódico *El País*

Como yo no dejaba de llorar, Fermín quiso consolarme comprando castañas asadas. Me decía: “No te preocupes, tu padre te tiene que dejar casarte conmigo”. Y yo le contestaba que es un animal, que no quiere que yo tenga novio, que aún no he cumplido veintitrés años y que le tengo que obedecer. Todos los días discutimos en casa y ha amenazado a mi madre con abandonarnos y obligarme a entrar en un convento hasta que cumpla la mayoría de edad. Mi madre, Louise Grapple de Modeiras (y “de Modeiras” significa precisamente que es de su pertenencia) no puede ayudarme, no puede utilizar su dinero sin el consentimiento de mi padre. “Yo mando sobre Beatriz, tú no tienes nada que hacer. En esta casa sólo se hace lo que yo diga”. Así que, con Fermín aferrado a mi brazo, yo lloraba y comía castañas. “Te pelo otra, bonita”. Castañas asadas envueltas en un cucurucho de papel de periódico, un papel arrugado que llevaba de título *El País*. La fecha, en la

esquina de la derecha, decía 3 de diciembre de 1918; o sea, era el periódico de hacía dos días. “Cuando te cases conmigo, yo siempre haré lo que tú quieras, palomita”. Y Fermín sonreía amoroso. A mi madre le gusta Fermín algunas veces, pero otras dice que no me case, que todos los hombres son iguales, que son unos tiranos, que su mujer es su esclava, que la mujer casada pierde todos los derechos. Yo a ratos suspiraba y a ratos comía castañas. La esquina del cucurucho asomaba entre las manos enrojecidas. *Excelentísimo señor presidente del Congreso de los Diputados. La Liga Española para el Progreso de la Mujer, constituida en Valencia y formada por centenares de mujeres de distintas poblaciones de España y de todas las clases sociales, pues en ella figuran desde la más ignorante mujer de su casa hasta la que ostenta título universitario, y desde la humilde obrera hasta la aristocrática dama...* Fermín piensa que mi padre exagera*... se dirige respetuosamente a V. E. y expone: Que ante el movimiento evolucionista que en pro de la dignificación del sexo femenino realizan las mujeres de casi todos los países civilizados, juzga llegado el momento de que las españolas tomen su parte en la lucha que por la reivindicación de la mujer tienen emprendida sus hermanas de Francia, Inglaterra, Italia y otras naciones...* Mi madre cuenta lo felices que fueron cuando eran novios y el cambio que mi padre dio cuando ya estaban casados*... y Que entendiendo que en nuestro actual Código Civil hay varios artículos cuyo texto resulta injusto y a veces depresivo para la dignidad de la mujer, y Considerando que la rectificación del texto de algunos de esos artículos y la supresión de los otros podría llevar al hogar...* Luego son en casa los gritos y las amenazas. Mamá es mucha mujer y no se suele callar, pero siempre acaba llorando*... las arbitrariedades y desmanes de despóticos o viciosos maridos, y quizás disminuyendo considerablemente el número de los crímenes mal llamados pasionales, porque al elevar la personalidad femenina el hombre dejaría de ver en la mujer...* ¿Qué vio mi madre en él?, aunque ¿dónde estaría yo en otro caso? Quizás Fermín dentro de unos años me vea*... la hembra de que puede disponer a su antojo, la esclava a quien puede tratar como «ánima vil», no atreviéndose a maltratarla...* ¿Dónde ir? Dice mi madre que no me case, pero ¿dónde puede trabajar una señorita? A veces pienso en una

pequeña escuela, con muchos niños a mi alrededor, como si fuesen mis hijos, los hijos de otras, de otras pobres mujeres que lloran en su casa*... de obra y ni aún de palabra, y que, sin duda alguna se evitarían tantas deplorables y trágicas escenas como se desarrollan frecuentemente en el seno de los hogares...* Las castañas aún están calientes y el papel me mancha las manos con palabras que sólo hablan de las manchas de las mujeres*... con grave detrimento de la moral y de los hijos, Suplica a V. E. someta a la consideración de esa Alta Cámara la demanda que hoy le hacemos, de que sean suprimidos o reformados los artículos...* Cuando yo era pequeña me gustaba vestirme, sin saber por qué, de hombre. La abuela siempre me reñía, pero mamá me miraba en silencio con una mirada extraña. *Supresión del artículo 57, o, por lo menos, su rectificación de forma que los deberes de ambos cónyuges sean iguales. Rectificación del artículo 158 en sentido de que la mujer casada sea libre, en todo caso, de seguir o no a su marido cuando éste determinase cambiar de residencia. Rectificación del artículo 60, preceptuando que la mujer casada no necesite que su marido la represente en caso alguno, ni mucho menos de autorización marital de ningún género. Rectificación del artículo 154, disponiendo que la patria potestad sea ejercida por ambos cónyuges… Rectificación del artículo 155, sustituyendo las palabra «el padre y en su defecto la madre» por las de «los padres». Rectificación en el mismo sentido de los artículos 156, 158, 159, 164, 169, 211, 220, 221, 237, 294, 314 y cualesquiera otros que coloquen a la mujer a un nivel inferior al hombre...Valencia, 5 de noviembre de 1918*.

5. Una mujer que parece una mujer

La cocinera de Lilly Rose (porque era la cocinera de la señora, no la cocinera del señor, ni la cocinera de la casa) estaba desplumando un pollo para la cena. Anita, mientras tanto, se retorcía de risa sentada en una silla.

–Más valdría que me ayudases en vez de reírte tanto.

–Es que era muy gracioso: “Cariño, no he podido hacer la cena de los niños porque he tenido que redactar un informe sobre el asfaltado de la Carrera de San Jerónimo”.

La cocinera, con el pollo a medio pelar colgando de la mano derecha, se encaró con Anita.

–Además, no era así el chiste de los hermanos Álvarez Quintero.

–Era parecido. Lo que pasa es que tú, como ya no vas a tener novio, tienes muchas ideas tontas en la cabeza.

–¡Vaya con la jovencita! ¡Tú tampoco tienes novio! Y más te valdría aprender algo por si un día la señora se harta de ti y te echa a la calle. Las mujeres tienen que saber algún oficio por si se quedan solteras o por si enviudan, y tú como doncella dejas bastante que desear. Si yo tuviera tu edad aprendería mecanografía o haría oposiciones para Correos. Así no tendría que perseguir a los hombres para que me pagasen los garbanzos.

Anita coqueteaba haciéndose la interesante.

–Cuando salga de esta casa no va a ser para trabajar en cosas de hombres. Tendré mi propia familia y mis hijos, haré la comida de mi marido y lo tendré bien atendido, no como las marimachos que sólo piensan en provocar hablando de *feminismos*.

La cocinera, adusta, miraba a Anita, con la toca de doncellita prendida sobre su pelo moreno, pensaba en la dueña de la casa, la Marquesa feminista, y en el fondo no comprendía nada de la vida moderna.

6. Una mujer que parece un hombre

–Dos cafés y una jarrita de agua.

Don Serafín y don Joaquín, después de deshacerse del gabán, dejaron el sombrero y los guantes sobre la mesa y tomaron asiento. Detrás de la barra los camareros se afanaban en colocar botellas y vasos mientras uno de ellos se acercó para pasar una bayeta sobre el mármol ya limpio de la mesa de los hermanos andaluces más famosos de Madrid. Un corrillo de curiosos

aproximaba sus sillas. Beatriz y Cándida Sanz, que estaban confesándose la una a la otra en una mesita alejada, miraron con disimulo.

–Son los hermanos Álvarez Quintero –había bisbiseado Beatriz–. Unos dramaturgos muy graciosos que también son amigos de María.

Serafín, el mayor, tenía 49 años y lucía un gran bigote con puntas elevadas. Su nariz aguileña campaba en una cara ya ancha y de pómulos marcados. El labio superior se adelgazaba sobre el labio inferior, saliente, que parecía estar buscando la risa y la chanza. Joaquín, dos años más joven, también sevillano guasón, tenía una frente huidiza, con pequeñas entradas. Era más guapo y más rubio que Serafín, de facciones más finas. Su cara, estrecha y alargada, a pesar del guiño de los ojos, solía revestirse de un gesto algo adusto y preocupado. Ambos lucían trajes de chaqueta y corbata, con cuellos duros.

El camarero se acercó con el pedido y quiso tirarles de la lengua.

–Don Serafín, don Joaquín, me han dicho que han dado ustedes una conferencia en el Eslava sobre el trabajo de la mujer. ¿No se habrán hecho ahora feministas?

–La mujer... ¡La mujer! ¡El trabajo de la mujer! –Don Serafín se imitaba a sí mismo en un gesto impostado–. Después de un minucioso y detenido análisis hemos llegado a la conclusión de que el mayor trabajo de la mujer es… ¡aguantar al hombre!

Como siempre que don Serafín peroraba, ciertas carcajadas estentóreas coronaban sus palabras. Joaquín terció, magnánimo:

–Al empezar la vida, ambos teníamos por igual una buena idea de hombres y mujeres. Andando el tiempo hemos rectificado esta idea y hoy tenemos un alto y gran concepto de la mujer y muy mediano concepto del hombre, dicho sea con perdón. Hemos conocido infinitas mujeres cuya vida es toda resignación y sacrificio. Cuando hemos encontrado por casualidad un hombre siquiera bueno y generoso, nos ha parecido estar en otro mundo.

Don Romualdo, barrigón y frondoso, contertulio antiguo de tertulias eternas y jocosas, terciaba malévolo:

–Cada uno habla de la feria según le va. Miren ustedes, dense una vueltecita por mi casa y modificarán su opinión. Mi mujer es una calamidad: no está nunca en su sitio; casi todos los días me quema el puchero; a los chicos necesito lavarlos yo; gasta lo que no gano; bebe, fuma, juega, habla como un carretero...

Don Serafín, antiguo amigo de don Romualdo, recogió acerado y veloz el quite malintencionado y colocó un rápido estoque:

–Amigo, ¿y qué culpa tenemos nosotros de que se haya usted casado con un hombre?

Las botellas en las estanterías, las copas, tazas y platillos del café temblaban al estruendo de las risas. Joaquín retomó con más seriedad el tema y, mientras colmaba su café con dos cucharadas de azúcar, concedía:

–No, señores, no teman. No somos partidarios del feminismo. Hasta lo consideramos contrario a la naturaleza. El empleo de la mujer en la vida lo ha legislado Dios, que la ha hecho compañera del hombre. La mujer es diferente al hombre y su misión consiste precisamente en acompañarlo.

Serafín se ajustaba la corbata al cuello blanco de la camisa y se dirigía con cierto gesto grandilocuente al amplio auditorio de los contertulios:

–La mujer debe mantenerse en la esfera de su condición femenina. Allí tiene sus horizontes, infinitos, y sus recursos, que también son inagotables. Desde ese trono la mujer puede encender todas las luces, enjugar todas las lágrimas y curar con su bálsamo todas las heridas.

Joaquín intervino aseverando:

–Ya lo ha dicho uno de nuestros grandes hombres españoles, Ramón y Cajal. Quien busque compañera, que se lleve a su casa una mujer modesta y sencilla, juiciosa, serena, humilde; capaz de comprenderlo y alentarlo en su obra. Cuando llegue la gloria para el maestro... ésta ha de ser para los dos: para el sabio que trabajó como hombre, y para la mujer del sabio, que lo acompañó… como mujer.

Don Romualdo ensayaba un conato de aplauso.

–¡Sí, señor! ¡Que la mujer siga siendo mujer y el hombre siga siendo hombre!

Los contertulios, deseando aumentar la algazara, levantaban vasos y copas en un simulacro de brindis.

Serafín y Joaquín, al unísono, mirándose a los ojos con instinto de hermanos siameses, coincidieron:

–¡Dios nos libre de que la mujer parezca nunca un hombre!

El coro del café repitió como en una comedia bufa:

–¡Dios nos libre de que la mujer parezca nunca un hombre!

Serafín, siguiendo la chanza, levantaba de nuevo el vaso de agua para sentenciar:

–Nos opondremos siempre con todas nuestras fuerzas a que la mujer intervenga en oficios, ejercicios y maleficios que fueron siempre y serán de por vida inherentes al varón y propios de él. ¡A qué absurdos nos conduciría toda otra cosa!

Joaquín, haciendo amago de echarse las manos a la cabeza, terciaba:

–¡Qué espanto llegar a nuestra casita, soñando con la mujer amada, y encontrarnos en lugar de ella un tierno concejal! ¡Por tierno que fuese!

Y Serafín, retomando la chanza, seguía con imitación vocinglera:

–“¿Cómo está el nene, vida mía?”, le preguntaríamos, y ella respondería: “No lo sé, corazón. No he tenido cabeza para ocuparme de él... ¡Me trae sin sueño el asfalto de la Carrera de San Jerónimo!”.

Don Romualdo negaba, palmeándose la barriga:

–¡Imposible! Se ponen los pelos de punta.

Los hermanos Álvarez Quintero, desdoblado dios Jano con acento andaluz, repetían a dúo una sentencia ensayada en tertulias jocosas:

–¡El feminismo es la negación de la poesía de la mujer! ¡Si llega un día desgraciado en que las mujeres de la tierra parezcan hombres, nosotros emigraremos a otro planeta!

Cándida y Beatriz salieron a la calle. Una ráfaga de aire frío les recordó que tenían que hacer frente al invierno, a la vez que al mundo de las ideas. Beatriz miraba con melancolía a su nueva amiga y Cándida, con gesto adusto y malhumorado, empuñaba su bolso, donde había guardado la libreta de notas para el periódico y el lápiz, como si fuese un escudo.

Cuando llegaron a la casa, Beatriz quedó con su madre en la planta primera, mientras Cándida subía a su pequeña buhardilla. Se sentía humillada y furiosa, sin saber contra quién descargar su disgusto. Dio pasos rápidos a un lado y otro de la habitación hasta que se percató del ruidoso taconeo que provocaban sus botas. Abrió el armario y observó sus viejos vestidos y sus pocas pertenencias personales. En el fondo de la maleta le hacían burla los recuerdos y, en cuanto la abrió, se escapó la memoria de Pedro Forcada. "Si quieres, te espero... A la vuelta, hablamos". Casi lo estaba viendo, con la visera en la mano, cohibido y temeroso esperando respuesta, pero arrogante al ofrecerle como prenda sus manos callosas de hombre… "Si quieres, te espero…". Cándida, en un arrebato, dio un golpe a la pobre maleta, que cayó desvencijada al fondo del armario y, sin saber por qué, se echó a llorar.

7. España, una

Celsia Regis arrugó con disgusto el papel que tenía en la mano. Se iban a enfadar las catalanas, se iban a enfadar las valencianas. Las mujeres de Granada no lo podrían ver con buenos ojos, las asturianas, las vascas… Se puso precipitadamente el sombrero y se alisó el largo vestido negro. Hizo ademán de salir de su despacho en la sede de su revista, *La Voz de la Mujer*, pero se dio cuenta de que todavía llevaba puestos los manguitos que usaba para protegerse de las manchas de tinta. Se los arrancó uno tras otro, pero volvió a sentarse indecisa tras su escritorio. Detrás de la mesa, en la pared blanca, a sus espaldas, colgaba un gran calendario con una fecha marcada, 8 de diciembre de 1918. Recogió la hoja de periódico que acababa de arrojar al suelo y la alisó con un suspiro endiablado.

¡Vaya estreno el de la *Asociación Nacional de Mujeres Española*s! Su asociación recién fundada y creada con tal altos ideales de socorro a la mujer, ya enfangada en los asuntos políticos. María Espinosa tenía que haberle consultado a ella antes de publicar tales barbaridades.

La página dos del periódico *El Día* incluía nada menos que un manifiesto de la *ANME*, con un comienzo apocalíptico:

No sería cierto que por nuestras venas corriese sangre de la hidalga España si permaneciésemos mudas y estoicamente indiferentes en estos críticos momentos en que se pretende atentar contra la integridad del territorio patrio […] No podemos admitir, sin formular la más viril y rotunda protesta, que con el disfraz del autonomismo se encubra una intención perturbadora y separatista, cual es la que mantienen los que quieren independizar a Cataluña y Vasconia. Vasconia y Cataluña no son de los vascos y de los catalanes: son de los españoles…

María Espinosa tenía que haberla recibido a ella antes de publicar ese manifiesto contra el nacionalismo vasco y catalán. ¿Por qué habían protestado en nombre de la *Asociación* sin haber consultado antes a todas las de la Junta? Habían prescindido de ella, la *Celsia Regis* fundadora, y de algunas otras. Por tratarse de un acto político, ese manifiesto iba a ser contraproducente y pernicioso para el progreso de la naciente *Asociación*. Es más, comenzar por una protesta política, sin haberse significado antes socialmente en algo práctico en bien de las mujeres desheredadas, era realmente un absurdo. El feminismo era, indudablemente, algo más alto y no podía dividir la opinión de las mujeres.

–El credo feminista no debe entrar en los linderos políticos, debe ser universal – se oyó a sí misma hablando en voz alta–. Se han de enfadar las catalanas, se han de enfadar las valencianas.

Celsia Regis seguía retorciéndose las manos. ¿Por qué hacer ostentación de patriotismo en tales momentos? ¿Por qué manchar el feminismo con opiniones de carácter político totalmente ajenas a su credo más profundo? El feminismo era algo más alto que todo eso: una ideología universal, que consistía en tender la mano a todas las mujeres caídas, redimirlas por la educación, poner de relieve a las que más valieran para que sirvieran de espejo y de emulación a las más tímidas…

Además María Espinosa, para redactar el manifiesto, se había reunido a sus espaldas con otras señoritas que la Junta no había elegido: la señorita Rabaneda, María de Echarri, la señora de Lampérez… Ella no lo podía tolerar.

–Determino anularme antes de que me anulen: renuncio a mi cargo de Secretaria.

Tomó papel y pluma y comenzó a escribir, con letra temblorosa y enfado creciente:

> *Querida María:*
>
> *Fue usted una de las primeras mujeres de valer que conocí; la admiré y en la admiración siempre va envuelto el cariño. Por eso, fue usted la primera que llamé para levantar con usted el objeto de mi ideal.*
>
> *En esta ocasión sufre mi alma al tenerle que decir que yo, como fundadora de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, no puedo continuar al lado de usted, porque no puedo disentir de mis convicciones…*

Sin poderlo evitar, comenzaron a rodar por su rostro imparables lágrimas.

Al retirar el folio para que no se manchase, cayeron varias cuartillas al suelo, que dejaban ver bajo el título de “Programa de la ANME” una enumeración de artículos:

> *Primero: Oponerse, por cuantos medios estén al alcance de la Asociación, a todo propósito, acto o manifestación que atente contra la integridad del territorio nacional.*
>
> *Segundo: Procurar que toda madre española en perfecto paralelismo con la Maestra inculque en el niño, desde la más tierna infancia, el amor a la madre patria única e indivisible. […]*
>
> *Cuarto: Considerar a la mujer elegible para cargos populares públicos […] Para el niño, pedimos: a) Investigación de la paternidad de los hijos naturales y derechos para éstos y los ilegítimos. b) Derecho*

legal de los hijos a la lactancia de sus madres. c) Pérdida de la patria potestad a los malos padres […] La creación de establecimientos para los hijos de obreras…

Quedó *Celsia Regis* mirando los folios caídos sin quererlos ver, cuando sonaron unos golpes en la puerta. Su colaboradora Graciela de Parente anunció una visita:

–Hay una señora que desea suscribirse a *La Voz de la Mujer*.

–Que la suscriban –contestó bajando la vista y limpiándose disimuladamente las lágrimas, mientras recogía los papeles del suelo.

–Es que… quiere hablar con usted sobre la revista.

Celsia Regis decidió con disgusto interrumpir la carta comenzada y dio permiso para que entrase la visita misteriosa. Era una dama de porte distinguido y de gran belleza, vestida irreprochablemente, aunque con severa sencillez. Empezaron a hablar sin que *Celsia Regis* le inquiriera su nombre.

8. Seremos como hermanas

La visitante, que hablaba con un ligero acento extranjero, la felicitó por su éxito con la revista *La Voz de la Mujer* y le mostró su interés por la causa femenina. De sus palabras se deducía que estaba al tanto de la lucha que llevaban las mujeres no sólo en el suelo español, sino también en el extranjero. La elegante dama comenzó un largo parlamento y recordó con palabras solemnes que el horror de la guerra europea y el ejemplar heroísmo que en ella habían mostrado las mujeres habían despertado en el alma de las españolas las energías dormidas y que un grupo de ilustres feministas valencianas se había asociado para una noble causa: la dignificación de la mujer española. (*Celsia Regis*, considerando su leve acento entre inglés y francés, dedujo que probablemente era una luchadora bien fogueada en otros frentes y comenzó a sentir gran curiosidad por la dama misteriosa). Anunció que a este grupo se habían ido sumando las de otras regiones de España y siguió perorando: la guerra había demostrado el gran error del hombre al prescindir de la mujer en

la dirección de los pueblos. La fiebre de los negocios, la del oro, había elevado a su grado máximo el público malestar; se había olvidado lo espiritual y se había dejado de lado a la otra mitad del género humano, a la mujer, a la cual se le pidió, para la guerra, el sacrificio de lo más caro a su alma: el hijo dado al mundo y criado con dolor (*Celsia Regis*, con un escalofrío, recordó a su hija muerta en accidente y recordó también su propia labor como enfermera en el Rif). Era necesario ilustrar a la mujer, reeducarla, y también era necesario que todas las mujeres lucharan unidas. La visitante se había enardecido un poco:

– Se trata, nada menos, que del porvenir de nuestros hijos, del de nuestra raza –y, a partir de aquí, la directora de *La Voz de la Mujer* ya no pudo salir de su asombro–. Por eso nosotras, secundando el ejemplo de las feministas valencianas, hemos creado una asociación en Madrid, la *Unión de Mujeres de España*, y alzamos también nuestra voz para invitar a todas las mujeres madrileñas a ingresar en nuestras filas, para reivindicar y dignificar a la mujer.

Con ese objetivo había visitado la elegante dama *La Voz de la Mujer*: para pedir su apoyo en esta campaña.

*Celsia Re*gis, sin percatarse de que su mirada descarada recorría de arriba abajo la figura de su visitante, cuyo vestido no podía ocultar las hechuras de un sastre sobrio pero caro y cuyo peinado resultaba irreprochablemente elaborado, escuchó casi sin creer en lo que oía:

–¡Unámonos todas, la alta dama con la humilde empleada y con la obrera!

Frente a la dignidad de la figura que se le encaraba, *Celsia Regis* casi se sintió una humilde empleada, e incluso una obrera, recordando sus tiempos de maestra de escuela, pero permaneció subyugada por el embrujo de su visitante.

A pesar de lo insólito de la conversación, muy pronto se estableció entre las dos esa mutua simpatía que nace de la compenetración en el pensar, y acabaron pareciendo dos íntimas amigas que se encontraban después de una larga ausencia. Casi dos horas duró la charla, y en nada disintieron una de otra: a las dos les animaban los mismos extremos en el ideal. Finalmente la

dama se puso en pie, al mismo tiempo que entregaba a *Celsia Regis* su tarjeta. Al cruzar sus manos para despedirse, exclamaron a una: “Seremos como hermanas”.

Cuando la visitante salió, miró *Celsia Regis* la tarjeta, que sólo consignaba dos títulos: “Marquesa del Ter. Condesa de Morella”. A su memoria acudió en seguida el ilustre diplomático don Ramón Cabrera, portador de estos dos títulos, y esposo de la visitante; pero también recordó haber leído en la prensa extranjera la benemérita labor llevada a cabo por la Condesa de Morella desde 1914 a 1918 durante la Gran Guerra: había sido condecorada con la Cruz Roja francesa por méritos de guerra; era la fundadora de un hospital en los Vosgos que llevaba el nombre de su segundo título, Hospital Morella, en el cual habían sido hospitalizados los cazadores alpinos; había contribuido a la formación y sostenimiento de hospitales de sangre en Francia, Bélgica, Italia, Salónica, El Cairo, Túnez; había auxiliado a la reina de Bélgica enviándole desde Londres la primera remesa de cloroformo; había donado ropas y medicamentos a 95 hospitales…

Celsia Regis llamó apresuradamente a su amiga Graciela de Parente, recién llegada a Madrid.

–La dama que acaba de abandonar mi despacho y que me ha llamado “su hermana” es una mujer singular… ¡Una mujer de una gran relevancia social!

Graciela midió el arrobo de aún teñía de rojo las mejillas de Consuelo González, la directora de *La Voz de la Mujer*.

–¿Más relevante que María Espinosa de los Monteros? –preguntó sospechando un cambio de alianzas.

Mientras *Celsia Regis* se debatía en cuestiones de principios morales, Graciela de Parente juzgaba oportuna cualquier novedad que pudiera acarrear a su persona algún tipo de ventaja. Al fin y al cabo, la vida en Madrid podía proporcionarle muchas más ocasiones de lucimiento o protagonismo que su ciudad provinciana natal…

9. La *Unión de Mujeres de España*

–Le he dejado nuestro manifiesto y ha prometido publicarlo en *La Voz de la Mujer*. Por cierto, que todas las maestras me parecéis demasiado serias, aunque muy trabajadoras.

Cándida dio un respingo y María Lejárraga enfurruñó un poco la boca risueña:

–Lilly Rose, no te rías de las pobrecitas españolas que hemos destacado en algo. Nadie nos ha regalado nada: todo lo hemos hecho con nuestro propio trabajo.

–No creas que me río de nadie, y menos de una mujer que se sabe labrar su futuro. Yo también he leído en español el *Lazarillo* y lo que dice a los que heredaron nobles estados: eso de que "Fortuna fue con ellos parcial".

María, imitando a un actor barato, simuló declamar:

–"Y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto".

Lilly Rose reía:

–¿Por qué no haces que te contrate Gregorio? ¡Eres mejor actriz que escritora!

–No creas. Sobre todo soy maestra. Maestra, mejor que literata, mejor que feminista. Actriz, jamás: no soporto la simulación, ni siquiera en un escenario. Además, acuérdate de que a Lázaro tampoco le iba muy bien cuando hubo llegado a la cumbre de toda buena fortuna. Por mucho que hayamos mejorado las mujeres, a corto plazo aún nos queda tanto trabajo por hacer... Pero mira… mira nuestra Asociación –y sacó un montoncito de papeles que puso encima de la mesa–. Esta es el acta de constitución de la *Unión de Mujeres de España…* Mira, Cándida y yo hemos acudido al Registro esta misma mañana: estos son los folletos de presentación, estos son los estatutos…

La Marquesa suspiraba.

–Tendré que decirle a Ramón que ahora también se verá obligado a sufragar a las feministas hispanas. Pero, de momento, la sede tendrá que estar

en mi propia casa de la calle Almagro: no tengo suficiente dinero para un local apropiado.

–No te preocupes. Conseguiremos muchas colaboradoras. Vendrán mujeres de todas las clases sociales. Vendrán maestras, vendrán obreras, vendrán periodistas. Ayer mismo estuve hablando con *Magda Donato*: es una gran amiga y me ha prometido luchar con nosotras. ¡Ya ves que incluso hemos alistado a la propia *Celsia Regis*!

–María, no sé si soy yo la que se mete en líos o es que tú siempre me engañas…

–¿Qué mejor barniz para una verdadera Marquesa que ser mecenas de las causas justas? Mira, mira la sociedad que has creado…

Con gesto cómicamente mefistofélico le enseñaba un impreso timbrado que decía: "*Unión de las Mujeres de España*. ESTATUTOS", con una retahíla de artículos muy bien numerados, hasta que le señaló, al final del documento, tras el lugar y la fecha, una indicación que exigía una firma: *Por la Junta directiva, Marquesa del Ter, Condesa de Morella (Presidenta)*.

Lilly Rose, tomando la pluma, le recordó burlona:

–No te engañes, María. No es la propia fama lo que quiero comprar. Ni tan siquiera el cariño de mis amigas. Yo sólo pongo dinero para la justicia y el honor de las mujeres… de cualquier mujer… de todas las mujeres.

10. Almagro, 25

Lilly Rose llegó al 25 de la calle Almagro en un estado de gran excitación. ¡Era presidenta de una asociación feminista y tenía grandes ilusiones! Subió las escaleras todo lo rápido que le permitía su afanosa respiración, enjaulada por las ballenas del maldito corsé que la ahogaba por momentos. Al llegar a la planta llamada Principal tocó reiteradamente la campanilla por no molestarse en buscar la llave al fondo de su bolsito de lentejuelas. Anita abrió rápidamente y se apresuró para ayudar a la recién llegada a desembarazarse del abrigo.

–Señora Marquesa –dijo con cierto aturdimiento–, el señor la está esperando en la sala para cenar desde las siete y cuarto –Lilly Rose vio que el gran reloj de cuco marcaba las ocho y media– y… la señora Louise Grapple de Modeiras y la señorita Beatriz la están esperando en el gabinete desde las siete y media: dijeron que necesitaban verla a usted con urgencia.

Lilly Rose se quitó el sombrero y lo lanzó a las manos de Anita, que la miraba con cierto embarazo; se arregló someramente el cabello en el gran espejo de marco dorado y entró con decisión en la sala. Junto a la gran mesa, que presentaba dos cubiertos completos, dos platos con sus dos servilletas, una jarra de agua, una botella de vino abierta, un cestillo de pan y cuatro soberbias copas vacías, se hallaba un cómodo sillón sobre el que se desmayaba fastidiosamente aburrido el señor de la casa. Don Ramón Cabrera Richards, envuelto en su fino batín, mataba el tiempo releyendo las páginas del diario *ABC* mientras apuraba una tercera copita de Jerez. A los 64 años aún conservaba la elegancia indolente que había gastado como diplomático en las embajadas de Moscú y Nueva York. El fino bigote, las manos huesudas y venosas, el cigarro perenne y la sonrisa burlona marcaban su estilo dulzón y aristócrata, más dado a la claudicación filosófica que al enfado.

–Ramón, cariño, ya sé que me has estado esperando… –y antes de que su esposo pudiera comenzar una protesta se acercó hasta él y tomándole con las dos manos la cara le dio un largo beso en la boca–; no sabes todas las cosas que tengo que contarte…

Le miró a los ojos, que se empequeñecían con el comienzo de una sonrisa, y de nuevo le tomó la cara con las manos para darle otro beso, esta vez en la frente, cerca de donde le nacía el cabello, ya tan blanco.

Don Ramón se dio cuenta de que las cosas no iban tan bien como debieran. Efectivamente, Lilly Rose se encogió de hombros, hizo un cómico gesto de súplica juntando las dos manos, puso su dedo índice sobre los labios de su marido pidiendo silencio y, a continuación, salió en estampida de la habitación.

El dueño de la casa, después de que su esposa hubiera salido, airado, arrugó el periódico que aún tenía en las manos y arrojó la copa de Jerez al

suelo. A continuación se puso en pie, dio varias zancadas como un tigre enjaulado y, tras pensarlo durante unos segundos, suspiró. Ya más calmado, recogió el periódico del suelo, se sirvió otro Jerez en una nueva copa y se dispuso otra vez a esperar a su esposa ojeando el *ABC*. Cinco minutos más tarde, disimuladamente, escondía con el pie debajo de la butaca la copa rota. Miró a hurtadillas hacia la puerta y murmuró: “Por si acaso…”

En el gabinete, Louise G. de Modeiras y su hija Beatriz aguardaban en un estado lamentable. La señora, aunque había intentado ocultarlo bajo el maquillaje, presentaba un pómulo morado y un gran arañazo en el cuello, que se alargaba bajo los botones totalmente abrochados de la camisa. Beatriz no podía dejar de llorar.

–¡Louise! ¡Otra vez! ¡Cuéntame qué ha pasado!

Aunque la señora permaneció en silencio, apretando los labios y sin permitirse llorar, su hija prorrumpió en gritos desgarrados:

–¡Es un animal! ¡Nos va a matar a las dos! Yo no lo aguanto, ya no puedo vivir en su misma casa. No quiero volver a ver a mi padre. ¡Nunca me podrán llevar de nuevo a esa casa!

Louise la tomó entre sus brazos y la apretaba intentando acallar sus sollozos. Lilly Rose las miraba a las dos con pudor, sintiéndose culpable de una felicidad conyugal que otras mujeres no conocían.

Beatriz, de nuevo, lloraba. Louise, con voz ronca, por fin acertó a decir:

–Lilly Rose, díselo tú. Es imposible escapar. ¡Dile que debe volver!

11. Crónicas para *La Rioja*

Hacía rato que los gritos habían cesado en el piso de abajo, y Cándida Sanz, de nuevo, intentó concentrarse en su trabajo para “Los Jueves de la Mujer”. ¿Cómo conseguir suscitar el interés de sus lectoras en las “Cartas femeninas”? Madrid era una ciudad realmente impactante, con tanta gente, con tantas ideas… Era el núcleo donde germinaban todas las teorías que después acabarían llegando a provincias. Pero también estaban las personas, la lucha diaria, la amistad, la lealtad… Todavía tenía grabados en el cerebro, como un

cuchillo, los insultos, los gritos, las amenazas, los lloros… Louise Grapple y Beatriz eran mujeres muy valientes, que no se querían dejar anular, que no se querían dejar humillar, pero el *señor* Modeiras tenía unas ideas muy claras sobre el funcionamiento de una familia...

Cándida tenía que ordenar sus ideas. Volvió a pensar en los problemas de todas las mujeres y, más en concreto, en sus dos amigas del piso de abajo… Ese huracán –decidió– no interesaría del todo a mis lectoras. Ellas, también en Logroño, han visto muchas veces esas mismas miserias: las han visto en la casa de sus padres, de sus amigas, en su propia casa... Seguramente no querrían oír repetidos los gritos y los lloros, el sonido del golpe de una puerta que se cierra con violencia, el ruido de un objeto que cae pesadamente al suelo y al romperse quiebra algo más que una baldosa, porque rompe un pequeño mundo, un pequeño corazón de niña o de mujer que acaba de adivinar los límites estrechos de su propia vida.

Tuvo que hacer acopio de fuerzas (me llamo Cándida Sanz Pedriza) y comenzó a escribir:

Queridas amigas de "Los Jueves de la Mujer",

Madrid se está convirtiendo en una ciudad tan importante como París y como Londres. Pero no creáis que estoy hablando de la última moda, del nuevo adorno del sombrero o la sombrilla. Estoy hablando de unas nuevas asociaciones, surgidas en la capital de España y parecidas a las de Europa o a las de América, que tienen como finalidad la redención de la mujer, la cual consiste en hacerles comprender que ellas también son importantes, que tienen derechos que desconocen, y que han de adquirir muchos más. En Madrid muchas mujeres predican que tenemos que estudiar, que tenemos que aprender, que tenemos que trabajar para hacer nuestra propia vida y ser mujeres de verdad, y no eternas niñas irresponsables disfrazadas de muñecas graciosas. A estas señoras que nos dicen cosas tan extraordinarias, en Madrid, las llaman feministas *y ahora se están uniendo entre sí para poder luchar mejor.*

La primera asociación feminista nació en Valencia y la fundaron las hermanas Ana y Amalia Carvia Bernal. Se llamaba Liga Española para el Progreso de la Mujer *y se fundó en torno a una revista llamada* Redención*. (Vosotras, lectoras de* La Rioja *y de "Los Jueves de la Mujer", también estáis unidas en espíritu mientras leéis estas* Cartas*; quizás, en el fondo, también estáis unidas por un mismo ideal).*

Pues bien, ahora esa mecha feminista ha prendido en Madrid, donde se ha fundado recientemente la Asociación Nacional de Mujeres de España*, que, para que lo entendáis un poco, es una sociedad feminista, pero "de derechas", como muchas otras que hay en el extranjero. Su presidenta se llama María Espinosa de los Monteros y es una mujer muy ilustrada y muy capaz. ¡Es una de las primeras mujeres en España que dirige su propia empresa! También se ha creado, a su lado, otra sociedad, esta vez "a la izquierda", que se llama* Unión de Mujeres de España*. Su presidenta es una Marquesa famosa en Madrid y en el resto de Europa por luchar contra el militarismo alemán, Lilly Rose Schenrich, y su secretaria, otra mujer importante, María Lejárraga, a la que las riojanas debemos tener un especial cariño porque también es riojana, y que se dedica a escribir obras de teatro en colaboración con su esposo, Gregorio Martínez Sierra. Estas dos asociaciones se están extendiendo por otras provincias y están creando ramificaciones en pueblos y ciudades, quizás lleguen pronto también a Logroño. Y aquí, en Madrid, el empuje del feminismo es tan imparable que hasta ha surgido la moda del* tacón feminista*, que es ancho y bajo…*

Pero lo más novedoso, y seguro que ahora muchas amigas riojanas se van a escandalizar, es que hasta se rumorea que la Iglesia católica quiere fundar otra sociedad feminista…

12. Zurbano, 1

–Buenas tardes, señoras. María las espera arriba.

Lilly Rose Schenrich, Louise Grapple de Modeiras, Cándida Sanz Pedriza, Beatriz y su amiga Clara acababan de traspasar el umbral del número 1 de la calle Zurbano, a la vez que salía Gregorio, quien permanecía sujetándoles amablemente el pesado portón. Gregorio Martínez Sierra, casi seis años más joven que María, era el empresario teatral más famoso de Madrid. De aspecto frágil y delicado (apenas pesaba 60 kilos), parecía un consorte poco conflictivo para una María rebosante de salud. Vestía impecable traje de chaqueta con pajarita de seda y un amplio abrigo gris. Su cara pálida y alargada cobraba interés por el gran bigote de puntas levemente elevadas que le daban cierto aspecto soñador. El pelo, corto y con algunas canas, ya empezaba a escasear por las sienes, pero la mirada de unos ojos siempre alerta mostraban un espíritu de eterno jovencito embaucador.

Subieron en primer lugar Lilly Rose y Louise, ayudándose del pasamanos de madera. Detrás Cándida y Beatriz, que explicaba a Clarita que le iba a presentar a una de las mujeres más interesantes de Madrid.

–Primero fue maestra, pero sobre todo es escritora y feminista. Ahora es la secretaria de la *Unión de Mujeres de España*, porque sabe muchas cosas que nos interesan a las mujeres.

Clarita era casi diez años mayor que Beatriz, pero todavía tenía una necesidad insoslayable de comprender a fondo el mundo en que le había tocado vivir. De familia humilde, a los trece años, tras la muerte de su padre, tuvo que interrumpir su formación y ponerse a trabajar, primero como modista, después como dependienta de comercio. En el año 1909 había ganado unas oposiciones como auxiliar de telégrafos, que la llevaron primero a Zaragoza y después a San Sebastián, donde había vivido cuatro años. Desde 1913, después de unas nuevas oposiciones, trabajaba como profesora especial de taquigrafía y mecanografía en las Escuelas Adultas de Madrid y últimamente también colaboraba con el diario *La Tribuna*, del que era secretaria.

María recibió a las amigas con una sonrisa. Quedaba afuera el frío de diciembre en Madrid, las voces de los niños que cantaban villancicos y el ruido de algunos coches que ya circulaban asustando a los peatones y salpicando de lodo las faldas de las damas.

La habitación adonde condujo a las visitas era un cuarto amplio de alto techo con una gran mesa de madera rodeada de sencillas sillas. Todo era sobrio excepto la gran estantería, que tapizaba casi en su totalidad dos de las paredes, y algunos cuadros. En un rincón, la máquina de escribir sobre una mesita con ruedas. Sobre la mesa grande, una cafetera humeante y unas cuantas tazas.

–Queridas amigas, quiero que tomen asiento y se sirvan ustedes mismas el café. Vamos a leer unos cuantos artículos de unas leyes que, según creo, les interesan enormemente. Todas conocemos, en líneas generales, su contenido, pero merece la pena repasar con atención su redacción literal.

María esperó a que se sentasen las visitantes y sacó de una estantería un libro grueso, de tapas desgastadas, con un título que rezaba *Código Civil*.

Miró en primer lugar a Louise y, sin tomar asiento, comenzó a leer con voz clara y precisa:

–Artículo 22: *La mujer casada sigue la condición y nacionalidad de su marido*. Este artículo viene después de otros varios que dicen que el hombre, casado o soltero, puede adquirir su nacionalidad, cambiarla, perderla y recobrarla. Lo cual quiere decir, queridas amigas, que la mujer casada no existe en cuanto ciudadano, ya que la ley no la tiene en cuenta para definir su ciudadanía ni sus condiciones personales ni su voluntad.

Louise, hija de madre española y padre inglés, afincados en Londres, recordó su infancia, su vuelta a España a los veinte años, su corto noviazgo, su boda y su posterior y desastrosa vida conyugal, transcurrida a caballo entre Londres y Madrid.

–O sea, María, que yo, cosa que veo todos los días, sólo soy una consecuencia de mi tantas veces inconsecuente esposo.

–Sí, querida. Pero no te apresures, que vamos a oír muchas más cosas. Artículo 60: *El marido es el representante de su mujer. Ésta no puede, sin su licencia, comparecer en juicio por sí o por medio de Procurador. No necesita, sin embargo, de esta licencia para defenderse en juicio criminal, ni para demandar o defenderse en los pleitos con su marido*…

–Esto quiere decir –interrumpió Clara Campoamor– que la mujer casada no existe ante la Justicia, puesto que la ley no le reconoce capacidad para reclamarla sin licencia del marido.

–Noten ustedes que puede prescindir de esta licencia para defenderse en juicio criminal…; es decir que, cuando ha cometido un crimen –continuó María–, sí se le reconoce responsabilidad, y se consiente en separar su personalidad de la del esposo, para evitar que, por exceso de solidaridad, si ella merece la horca, haya que ahorcarle a él también.

–María –terció la Marquesa–, las españolas tenéis un gran sentido del humor.

–Bien, sigamos. Artículo 59: *El marido es el administrador de los bienes de la sociedad conyugal, salvo estipulación en contrario*… –Y añadió mirando a Louise– Artículo 61: *Tampoco puede la mujer, sin licencia o poder de su marido, adquirir por título oneroso ni lucrativo, enajenar sus bienes, ni obligarse*…

–Así es. Yo no puedo vender mis bienes ni comprar nada. Yo tenía previsto, para ayudar a Beatriz… –y se interrumpió Louise con desaliento– ¡Estamos en un callejón sin salida!

María la interrumpió:

–Artículo 62: *Son nulos los actos ejecutados por la mujer contra lo dispuesto en los anteriores artículos, salvo cuando se trate de cosas que por su naturaleza estén destinadas al consumo ordinario de la familia*… Esto quiere decir, querida Louise, que, efectivamente, tú no puedes comprar, aceptar bienes, vender, ni ejercer un trabajo remunerado sin licencia de tu marido.

–O sea que, si una mujer ve a sus hijos privados de lo necesario, ¿no tiene derecho a irse a ganar el pan para ellos, sin haber antes pedido permiso al *dueño* y *señor*?– terció Clara, más indignada que sorprendida.

–Exactamente. Y ya saben ustedes que el caso de negar este permiso no es inverosímil o poco frecuente. En la clase media, abundan los maridos que, no ganando lo suficiente para sostener la familia, se oponen, por vanidad y orgullo, a que la esposa contribuya a aportar lo que falta con un trabajo fuera de casa.

–Louise, ese articulito también quiere decir –añadió la Marquesa– que las compras que tú hagas sólo son válidas cuando se trata de lo estrictamente indispensable para el hogar. El marido, sin embargo, en España, puede hacer desaparecer por completo el caudal común en cualquier gasto, tanto si es necesario como si es superfluo, suntuario o caprichoso.

Beatriz protestaba:

–No es justo. Yo no lo pienso consentir. Fermín me tiene que ayudar.

María, negando con la cabeza, la hizo callar.

–Escucha, aún hay más. Artículo 154: *El padre, y en su defecto la madre, tienen potestad sobre sus hijos legítimos no emancipados; y los hijos tienen la obligación de obedecerlos mientras permanezcan en su potestad*… Ya has oído que se refiere al padre –añadió con ironía–. La madre sólo aparece si éste está ausente. En cuanto a Fermín, te recuerdo que sólo tienes veintiún años y no te puedes emancipar hasta los veintitrés. Incluso los mayores de edad necesitan pedir consejo al padre en caso de matrimonio y, si el veredicto es negativo, tienen que esperar tres meses más antes de poder casarse.

Louise intervino con voz quebrada:

–¿Así que, definitivamente, nada se puede arreglar? Yo quizás no tenga escapatoria, pero tú, Beatriz… aún puedes esperar.

María quiso desdramatizar un tanto la situación, que cada vez era más depresiva.

–Mira, Lilly Rose, este artículo te lo han dedicado a ti, Marquesa. Artículo 64: *La mujer gozará de los honores de su marido, excepto los que fueren estricta y exclusivamente personales, y los conservará mientras no contraiga nuevo matrimonio*.

Clara, sorprendentemente, estalló en un acceso de ira:

–¡Vaya! ¡Un artículo generoso y galante! ¿Es que el Código juzga a la mujer incapaz de poseer honores por sí misma ni de adquirirlos por su propio mérito? Y si los adquiriese, ¿no podría compartirlos con su esposo? Recibir y no dar. Un poco triste, ¿no?

–Clara, todo esto se refiere a la mujer casada; la soltera, como tú, en teoría, goza de casi los mismos derechos que el hombre.

–Puede que sí. Pero yo he visto que, como la mujer soltera siempre puede dejar de serlo, muchas veces se la considera tan menor de edad como cuando se casa.

–Nunca pienso dejar de mandar sobre mí misma –intervino Cándida inesperadamente, y añadió decidida:– ¡Nunca me casaré!

–Amigas –intervino María–, a esto se obliga a sabiendas o no, toda mujer que pronuncia el dulce *sí*. Y para formalizar y bendecir este lindo contrato de por vida, corona de su amor, ¡llama al juez y al cura y se viste de blanco!

Louise aún preguntaba en voz baja:

–¿Y… el divorcio? ¿No queda ningún resquicio para la esperanza?

–Artículo 105: *Las causas legítimas de divorcio son: 1º El adulterio de la mujer en todo caso y el del marido cuando resulte escándalo público o menosprecio de la mujer*. Esto quiere decir… –María dudaba–. No hay para qué explicarlo… ¡Está bien claro!

–Bueno, María, no es el caso, pero… ¿qué pasa después del divorcio?

–Nada, no pasa nada. Sigo leyendo. Artículo 104: *El divorcio sólo produce la suspensión de la vida en común de los casados*. Esto significa que, a pesar de todos los pesares, el esposo, que ya efectivamente no lo es, sigue siendo administrador incontestado e indiscutido de la hacienda común, dueño de la patria potestad, de la soberanía conyugal, etcétera, etcétera.

Lilly Rose, con gesto pícaro, añadió:

–Aún queda el Código Penal, que es peor todavía. ¿A que habéis oído hablar del artículo 438? Dice algo así como que el marido que sorprenda a su mujer en adulterio, si la mata a ella o al amante, queda libre de pena y sufre, como mucho, destierro. Sin embargo, la mujer que sorprenda al marido en adulterio y lo mate… ¡sí va a la cárcel!

Y aquí terció de nuevo María:

–Cuando se trata de castigar la ofensa que causa la mujer en el supuesto honor de un hombre, la diosa Temis deja caer la espada de la justicia ¿No os parece hasta risible este calderonismo legal?

Y entre las carcajadas generales, se oyó, como fondo, un ligero gemido de Louise. Todas callaron, avergonzadas. Sólo Clara se atrevió a decir:

–En la constitución del Estado las mujeres no existimos. Los legisladores sólo han pensado en el sexo fuerte. Ni electoras ni elegibles. ¡Vaya cúmulo de injusticias legales!

María intervino lentamente, con el ademán conciliador de quien hacía ya mucho tiempo que había apurado ese dolor:

–A esto es a lo que se llama "esclavitud femenina". Con más exactitud, *negación de la mujer*.

–¡No lo podemos consentir! –sentenció Clara Campoamor con acento solemne–. Pienso dedicar toda mi vida a luchar contra esto. Tengo treinta años, pero aun así he de ir a la Universidad para estudiar Derecho y poder ayudar constantemente a las mujeres. ¡Nosotras ya no vamos a seguir callando!

María Lejárraga, por fin, tomó asiento a la vez que suspiraba. Lilly Rose abrazó a Louise, que estaba llorando, mientras Clara y Beatriz se miraban en silencio. Cándida hacía rato que había perdido el hilo de sus apuntes apresurados: cierto sentimiento fraternal teñido de tristeza la abrigaba contra los pensamientos amargos, y no se podía sustraer a la decisión de dedicar también ella su vida a luchar por los derechos femeninos. Al fin y al cabo, era una pobre mujer sola, pero se sentía más fuerte y valiente que nunca. El recuerdo de Logroño se diluía en el color sepia de una postal que se hubiera mojado y su vida anterior le parecía oscura y absurda. ¿Qué importaba una vida solitaria frente a la maravilla de la lucha por un ideal? María Lejárraga y la Marquesa del Ter, *Celsia Regis* o Clara Campoamor eran ejemplos perfectos de generosidad implacable… No, ella nunca se casaría para no depender de ningún hombre; su vida también había de servir para cambiar el mundo…

13. Feminismo ultramontano

En la Basílica de San Miguel, Louise había mirado la curva indefinida de la capilla, sus cúpulas ovaladas de arcos carpaneles, los otros arcos cruzados de las bóvedas y la elegante decoración de estucos. Su belleza no dejaba de

sobrecogerla. Se había acercado al altar y se había sentido muy pequeña al lado de las dos grandes columnas blancas y doradas, majestuosas. Al frente, en el gran cuadro, la silueta del santo flotaba sobre una nube, acompañada de otras figuras alegóricas. El padre Damián le había explicado que esa era una de las pocas iglesias españolas inspiradas en el barroco italiano del siglo XVIII, obra de Bonavía, y que había sido edificada por orden del Cardenal-Infante Luis de Borbón y Farnesio, arzobispo de Toledo y hermano de Carlos III.

Afuera, la esperaban María Lejárraga, improvisada cicerone de las iglesias de Madrid, y Cándida, aún abrumada por tanta belleza. Louise había quedado dentro buscando confesión y consejo.

Cuando salía, la fachada, convexa y rematada en un frontón, también curvo, y las dos torres con chapiteles, se le antojaron terriblemente opresivas. Observó sobre la puerta el bajorrelieve de los santos Justo y Pastor y, por el flanco izquierdo de la iglesia, se dirigió con sus amigas a la Plaza de la Villa.

–El padre Damián me ha dicho que sólo me queda rezar. ¡Rezar mucho! Tratar con cariño a mi marido e intentar, con mi influencia y con mi ejemplo cristiano, que no se exceda. Lo importante es mantener unida la familia, a pesar de las dificultades. Los sufrimientos los debo dedicar al Señor. Sobre todo, me ha insistido en que debo resignarme, dejar las cosas como están y olvidarme, como él las llama, *de todas esas monsergas y teorías feministas*, para no destruir a la familia.

–Mira, Louise, olvida eso por un momento –dijo María, mientras señalaba a una recién llegada–. Te presento a mi amiga María de Lluria. Hace poco ha ingresado en el Partido Socialista.

Louise miró a María Lejárraga con cierto sobresalto al oír la palabra "socialista", pero no vio a ningún demonio desharrapado. Al contrario, la dama que la acompañaba tenía un aspecto bastante distinguido. Lucía un gran sombrero coronado de plumas, del que pendía un ligero velo con lunares negros que le tapaba la cara y se protegía del frío de los últimos días de diciembre con un amplio abrigo azul, adornado con varios lazos blancos, algunos sobre los hombros y otro grande en el cuello. En contraste con la

suntuosidad del abrigo, sus botas, de tacón ancho, mostraban que esa mañana ya había dado bastantes paseos por calles enlodadas.

Sin dar tiempo a satisfacer las obligadas cortesías y presentaciones, se dirigió a un caballero que se alejaba por la acera:

–¡Enrique! Espérame luego en casa.

El caballero llamado Enrique, un joven con gran bigote rubio, que gastaba bombín y bastón con puño de plata, la saludó desde lejos con una sonrisa.

–Perdonen ustedes. Acabo de salir de la redacción de *El Fígaro*, el periódico donde colaboro últimamente, y estaba despidiendo a mi esposo.

María Lejárraga señaló a Cándida y a Louise alternativamente y las presentó suavemente:

–Esta joven es Cándida Sanz y ha venido como periodista, así que tú le puedes servir de gran estímulo. La señora es mi amiga Louise Grapple: su padre era inglés y su madre española; ha vivido unos cuantos años en Londres, pero ha vuelto a Madrid y está casada con José Modeiras. Tiene problemas… con el Código Civil.

María de Lluria contestó con un gesto de escepticismo mirando a la segunda:

–¿Qué mujer no los tiene en España? –volvió la cabeza hacia la fachada de la basílica de San Miguel y, señalándola, preguntó a Louise con cierta sonrisa socarrona:

–Y la solución para esos problemas… ¿se la han encontrado en este lugar?

María Lejárraga, conciliadora, se situó en el centro del grupo y empujó a las damas hacia adelante:

–Señoras, este feliz conocimiento merece, al menos, un café con leche caliente y un bollo suizo. Yo las llevo al mejor local de Madrid. Allí hablaremos.

Alrededor de una pequeña mesa redonda las cuatro mujeres presentaban una imagen curiosa. Cándida era la más joven, pero era María de Lluria la que hablaba con más entusiasmo y por eso María Lejárraga y Louise la miraban con cierto embeleso: la primera sonreía dulcemente y a ratos le

indicaba que no alzase la voz, y la segunda, detrás de su mirada triste, a veces suspiraba.

–Las teorías de que os hablo ya las he publicado en *El Fígaro*: el principal problema de las sociedades feministas en España hoy por hoy son las ideas religiosas.

Louise miró sobresaltada a su alrededor y carraspeó con cierta incomodidad. María Lejárraga terció suavizando esas afirmaciones:

–Bueno, en realidad, el feminismo no tiene absolutamente nada que ver con la religión. En principio, la religión no es adversa al feminismo. Yo no creo que la religión sea obstáculo a nuestros ideales; pero… hay que tener en cuenta la opinión de todos, ya que hay quien sostiene la máxima del Evangelio de que "el que no está conmigo está contra mí" y, si algo no va precedido de la sanción religiosa, hay muchas personas que lo rechazan.

María de Lluria intervino triunfal:

–¡Por eso, en España, María de Echarri y algunos obispos y prelados han parido ese engendro que se está comenzando a llamar *feminismo católico*!

Sonaron a la vez la risa de María Lejárraga y de Cándida y el carraspeo asustado de Louise. Algunos tertulianos volvieron hacia ellas la cabeza, pero María de Lluria no se arredraba y seguía, ahora, con cierto aire mitinero:

–No puede haber un feminismo que comience por llamarse *feminismo católico*. La bandera feminista, su programa esencial, reside en la protección a la mujer, en abrir paso a sus derechos y aspiraciones, en ampararlas contra los abusos que sancionan las costumbres. Y esa protección tiene que extenderse a todas las mujeres, desde la religiosa que gime por haber pronunciado sus votos, a la obrera cuyo marido dilapida el salario sin tener en cuenta sus necesidades y las de los hijos. El feminismo tiene que ser liberal, es decir, tiene que abarcar las aspiraciones y derechos de las mujeres sin distinción de clases ni de ideas.

María Lejárraga intervino, recordando sus giras teatrales por Europa:

–De toda la gran familia católica, los españoles son los más intransigentes, los más fanáticos, aquellos que más discuten el dogma y menos acatan los mandamientos. En cuanto se sale de España, en cualquier país

católico, se hallan las iglesias más concurridas, el culto es más severo… –y añadió bajando la voz– y el clero es más ilustrado, más celoso y más digno…

María de Lluria le quitaba la palabra de la boca:

–En el resto de Europa los católicos son más respetuosos: allí no se mete a la religión en la política, y en los negocios no se insulta a todo aquel que tiene la desgracia de profesar otra opinión –asentía con la cabeza añadiendo de forma lapidaria:– En cuestiones sociales de interés universal, es un asunto de buen gusto, de educación, no mezclar la religión y la política. ¡Y esto vale también para el feminismo!

–¿Y quién es esta señorita Echarri? –preguntó Cándida sacando su libreta de notas.

–Es una escritora, oradora e infatigable propagandista, respaldada por la Iglesia Católica, que porfía en crear un bloque femenino católico –respondió María Lejárraga–. Ha llegado a conseguir una gran influencia y autoridad, que emplea, sobre todo, en desacreditarnos a nosotras, a las feministas *neutras*. Deshace todo el trabajo que nosotras conseguimos sacar adelante y dice cosas como que sólo la Iglesia tiene derecho a dignificar a la mujer o que ésta debe obedecer al marido y no ocupar el puesto que Dios le reservó a él… Es muy triste. Si esto sigue adelante se puede abrir una profunda sima entre el feminismo español y el feminismo de otros países, igual a la que ya existe entre nuestra intelectualidad y la intelectualidad del resto de nuestro planeta.

–Nuestra María es muy delicada para los juicios ajenos –terció la de Lluria–. En mi opinión, María de Echarri es el paladín del espíritu de secta, llevado hasta el fanatismo; es la personificación de la intransigencia más absoluta. Nos está combatiendo, y todo lo que escapa a su devastación, se lo está apoderando para desvirtuarlo. Entre la buena simiente –añadió con pesadumbre– han venido nuestros adversarios a mezclar arteramente la cizaña.

María Lejárraga no estaba dispuesta a dejarse llevar por tanto pesimismo y añadió bromeando:

–¿Cómo calificaste sus teorías en tu último artículo? ¿No fue algo así como “feminismo ultramontano”?

Louise Grapple, que no estaba del todo para bromas, suspiró levantándose de la silla:

–¡España! ¡Qué país! Aquí (y eso no me lo dijo el padre Damián) son las mujeres las que se ocupan de la propagación de la fe. Yo pensaba que para ello ya era suficiente con el clero…

14. Astucia femenina

María Lejárraga tecleaba rápidamente sobre su máquina *Underwood* y las letras saltarinas cantaban un sonido de pájaros erráticos. Gregorio Martínez Sierra, en la silla contigua, observaba el teclado con cierto gesto de fastidio, la cara apoyada en la mano derecha y el brazo doblado, que descansaba sobre el sillón de madera.

–María, ¿no será demasiado?

–Nunca es suficiente para este fin. ¡Ya lo hemos hablado!

Vestida de negro, con la pequeña mantilla blanca que le cubría los hombros y los encajes albos sobresaliendo de las mangas, parecía el oficiante antiguo de una religión extraña. Gregorio, puños claros bajo su traje oscuro de cuello duro, parecía mascar en silencio las palabras que volaban sobre el folio. María apenas levantaba la vista de su trabajo.

–María, ya sabes que algunos se ríen de mí porque firmo con mi nombre toda tu propaganda feminista.

–Lo sé, Gregorio, pero para eso eres mi cómplice. ¡Las mujeres te han de hacer más caso a ti! Seguro que escuchan de forma mucho más benévola a un hombre que a una mujer. La mujer española tiene alma de esclava y debe despertar de ese sueño. ¡España está tan decaída! Tú eres mi marido, mi colaborador y… ¡ya lo he dicho! mi cómplice. Igual son estas *Cartas a las mujeres de España* que *Canción de cuna*.

–Sí, María, pero *Canción de cuna* nos da dinero y las *Cartas* sólo nos dan problemas.

–Estos métodos a algunos les parecerán ridículos, pero con toda seguridad han de ser eficaces. Escucha, la carta de hoy es buenísima…

Y leyó con voz firme y reposada:

–Señoras mías, hoy vamos a hablar del trabajo. ¡No se asusten ustedes! El trabajo no tiene de terrible más que el nombre. De hecho, es la sal de la vida y lo mejor que se puede encontrar en este mundo pícaro. Todo está en tomarle, no con resignación, sino con alegría; no con preocupación, sino con calma. Trabajando se logran placeres inesperados: el principio puede ser penoso por la inexperiencia, que hace vacilar, pero, en cuanto se domina un modo de actividad, se convierte la tarea en juego, y el que trabaja siente por ella el goce incomparable de la dominación y el regocijo de la creación. ¡Crear, producir! He ahí toda la razón de la vida. […] Desde que el mundo es mundo la carga del trabajo de la humanidad ha estado repartida casi por igual entre hombre y mujeres. En las sociedades primitivas, el oficio del hombre era la caza y el de la mujer la agricultura… Hoy, la aparición de las máquinas ha redimido a la mujer de la mayor parte del trabajo doméstico: ya no hila, ya no teje, ya no cuece el pan, ya las ropas se venden hechas, y esto ha traído un fenómeno casi absolutamente desconocido hasta ahora en la vida de la humanidad: el parasitismo de la mujer. Se llama parásito al ser que vive a costa de otro, sin realizar, por su parte, esfuerzo alguno que justifique su vida. Por primera vez, desde hace muchos siglos, se da el caso de que puedan vivir sin trabajar la mayoría de las mujeres, a costa del trabajo de los hombres […] La mujer que no trabaja se corrompe, y de compañera del hombre se convierte en esclava del hombre. Hay que dar algo a la vida para comprar el derecho a vivir… ¡Hay que trabajar! ¡Hay que trabajar!

María miró a Gregorio con ojos brillantes:

–Y después viene la educación de la mujer: el estudio de la legislación, de la geometría, la geografía, la gramática; los trabajos que pueden realizar las mujeres: la enseñanza, la economía, la medicina…

Gregorio suspiraba y se le venían a la cabeza los palcos del Teatro Español, del Teatro Lara, del de la Comedia… las damas de la aristocracia, las burguesas presumidas y vanas, sus maridos presuntuosos.

–No sé, María, no sé. Ya sabes que yo voy a firmar todo lo que tú me pidas, pero ¿tú crees que todas las españolas, de verdad, de verdad, van a querer trabajar?

15. Charlas de mujer

Don Ramón Cabrera observaba la nuca de su bella esposa inclinada sobre el periódico. Algunos cabellos rubios y quizás algunos ya blancos, rizados, escapando del moño, se desmayaban displicentemente sobre el cuello.

–¡Hum, hum! –susurraba la elegante señora.

–¿Querida?

–¡Hum, hum!

Ante tal tesitura, Don Ramón Cabrera no pudo resistir la tentación de posar las dos manos sobre el moño semideshecho y escamotear dos largas horquillas, que abandonaron su función de abrazar los cabellos hasta que se produjo la catastrófica caída de toda la artística construcción sobre el rostro inclinado de la dama, impidiéndole seguir con la lectura.

–¡Ramón, eres como un niño!

Y el niño Ramón, de sesenta y cuatro años, anciano jovial y esposo atentísimo, quiso acabar la función arrebatándole el periódico de las manos y comenzó a leer con voz aflautada el artículo "Charlas de mujer", firmado por una tal *Doña Paz*, que tan concentrada mantenía a Lilly Rose:

–*Un almuerzo fraternal entre obreras y señoras españolas…* –carraspeó y continuó agudizando aún más la voz–. *Vengo del almuerzo inaugural de las embajadoras españolas de las causas sociales… Sólo en algunos banquetes internacionales he sentido la emoción de momento sagrado que he sentido hoy partiendo el pan con mujeres tan románticas y tan políticas*… –Lilly Rose endureció el gesto–. *A María Espinosa, la Napoleón de las mujeres, en cuyo*

diccionario no existe la palabra imposible *corresponde la iniciativa de este modesto gran banquete*…

–Ya ves mi interés, Ramón. La *Asociación Nacional de Mujeres de España* se nos está adelantando. Las señoronas que la forman… ahora ya hasta dan banquetes a las obreras ¡Como si de repente les importaran tanto!

Ramón sonrió y añadió con ironía:

–Sí, mi Marquesa, pero no te preocupes. Tu *Unión de Mujeres* también saldrá adelante, aunque ya sabes mi opinión… ¿No crees que las mujeres deberíais uniros? Ni siquiera yo lo entiendo: la *Asociación Nacional de Mujeres*, la *Unión de las Mujeres*… ¡Demasiadas mujeres y además demasiado mal avenidas!

Lilly Rose abrió los ojos en un enfado arrebatado:

–Sabes que lo he intentado, pero es imposible. María Espinosa es muy conservadora y ha hecho una asociación para las mujeres burguesas. A las obreras sólo las quiere para conseguir buen tono cuando hace obras sociales. Además ya sabes tú *comme elles sont*… ¡Españolas, españolas! *Localistas*… No quieren ni oír hablar de relacionarse con las sociedades francesas, inglesas, ni de la *Alianza Internacional para el Sufragio*… *Mais non*!: la liberación de la mujer no es asunto casero, es la libertad para las mujeres del mundo entero. ¡Yo no me puedo integrar en una sociedad de unos límites tan estrechos!

Ramón puso sus manos sobre los hombros de ella para hacerla sentarse de nuevo diciendo:

–Mi *donquijote* francesa, has de tener paciencia. En España las cosas quizás se hagan más despacio. Para llegar adonde están hoy las inglesas o las francesas, aquí todavía hay que remover muchos obstáculos. Cambiar muchas ideas. Además, ya sabes que hay todavía ciertos poderes, ciertas influencias que obstaculizan cualquier verdadero avance. No hay que desesperar, todo irá llegando poco a poco.

Lilly Rose, afligida, respondió:

–Ciertos poderes, ciertas influencias… Creo que hablas de esos prelados y de esas marquesonas católicas, apostólicas, romanas, que me

tienen tanta inquina. Pero dices bien… habrá que tener paciencia. Aun así, querido –ronroneó simulando un gracioso enfado–, ¿quién te enseñó tan bien a hacer de diplomático fuera de las horas de oficina?

16. Austeridad y modestia

La señorita María de Echarri vestía con severidad, aunque el efecto quedaba atenuado por su figura menuda y su carita redonda. El padre Manuel, que tan amablemente la había presentado ante el auditorio de jóvenes hijas de la parroquia, enfatizaba que la clave de su personalidad radicaba en una formación piadosa y un temperamento activo. Se había educado en un Colegio de religiosas y más tarde en la Escuela de Magisterio. Durante su infancia y parte de su juventud ese temperamento suyo (dijo) fue arduamente cultivado en un ambiente de trabajo, pero no por ello se olvidó de la vertiente espiritual, ya que la señorita María de Echarri pertenecía a la Congregación de las Religiosas de la Asunción. Había iniciado su activismo social a través de la prensa y del sindicalismo católico y el año pasado (vean ustedes cuán elevada es la importancia de nuestra colaboradora) fue nombrada nada menos que inspectora de trabajo en el Instituto de Reformas Sociales.

Las jóvenes alumnas matriculadas en el curso gratuito de “Economía doméstica”, organizado en la sala parroquial, miraban boquiabiertas a la conspicua señorita, tan menuda, pero tan importante. Cándida Sanz, enviada como “espía” por la *UME* y ataviada con el mismo traje con que había llegado de Logroño a Madrid (no sabía por qué le había insistido tanto María para que se presentase precisamente con ese vestido), vio que apenas desentonaba respecto a las señoritas de la parroquia, aguzó el oído y clavó la mirada en los oradores.

–Ya ven, señoritas, lo que hay debajo de toda una maestra e inspectora de trabajo: austeridad y modestia. Este –dijo el padre Manuel señalando a la señorita de Echarri– es el modelo que deben seguir las mujeres españolas.

La señorita de Echarri, antes de comenzar con la parte teórica del curso, que se iba a desarrollar en varias sesiones distintas a lo largo del mes de

febrero de 1919, pensó que en un principio era necesario aleccionar a las jóvenes sobre los nuevos aires que soplaban para las mujeres. Carraspeó un poco antes de empezar:

–Estimadas señoritas; si me permiten, queridas amigas… No es mi propósito hoy tocar el tema candente del feminismo, que ha entrado en España con aires de conquistador, y que probablemente acabará triunfando, pero sí quiero, antes de abordar las lecciones que nos van a ocupar, poner en su conocimiento algunas de mis teorías, que, como saben, suscitan el encono y la impaciencia de quienes no piensan igual y se indignan de que se diga muy alto y en público lo que quisieran se dijese en privado y muy bajito: por influencia del extranjero, se están creando en Madrid ciertas organizaciones feministas que no quieren la censura de la Iglesia y se mueven en un campo… francamente independiente y peligroso. Entre ellas hay una especialmente detestable por el desprecio que hace de la religión y se llama, precisamente, *Unión de Mujeres de España* (Cándida contuvo la respiración mientras, muy a su pesar, enrojecía violentamente). Pero yo les digo, ¿es necesario que la mujer, para ser feminista, tenga que salirse del campo netamente católico? ¿Es que la inteligencia o la ciencia, el saber profundizar en el estudio de arduos problemas, está reñido con la religiosidad sincera o con el catolicismo? No, señoritas, no. Queridas amigas: mujeres, muy femeninas ante todo, no olvidaron que a una Mujer, bendita entre todas, debemos nuestra rehabilitación, y que por muchas libertades que se concedan hoy a las mujeres, por muchas que sean las prerrogativas a que aspiren, jamás oscurecerán el brillo de dignidad que el cristianismo devolvió a la mujer. No hay nada moderno en el feminismo: fue Cristo Jesús quien en primer lugar otorgó a la mujer la máxima grandeza al hacerla reina del hogar y educadora de sus hijos y, sobre todo, al convertirla en el ángel consolador que el marido encuentra en casa para suavizar sus amarguras. Y ahí está la principal función de la mujer: ser madre y esposa, ser el ladrillo y el cemento de la construcción de la familia. (María de Echarri intercambió una mirada con el padre Manuel, que la animó a seguir con un gesto de aquiescencia.) Recientemente hablaba yo con unas feministas *a la moderna*, y me preguntaron si las católicas aceptaríamos el divorcio. (Pausa,

que provocó un leve murmullo de sobresalto entre las señoritas asistentes.) Naturalmente rechacé semejante libertinaje, que además, no favorece nada a la mujer, y discutimos sobre este punto. Una señorita, española, con marcado desdén hacia sus compatriotas, dijo: “Es que como las mujeres en España están tan atrasadas, no comprenden aún esta ventaja…”. Yo, naturalmente, me declaré del grupo de las *atrasadas*, e hice votos fervientes para que jamás las españolas se pasen al grupo de las *adelantadas*. Celebraría en el alma ir acompañada por ustedes, queridas amigas, en esta mi manera de pensar…

María de Echarri hizo una pausa para tomar aliento y el padre Manuel inició unas palmadas que progresivamente se fueron convirtiendo en un aplauso atronador. Algunas señoritas ocultaron alguna lágrima, pero todas ensayaban un gesto de grave decisión. Mientras, Cándida Sanz, concluido su cometido, miraba preocupada a su alrededor buscando la salvación de una salida rápida.

17. Letras de España

Beatriz recibió a Cándida con una sonrisa en la boca.

–¿Qué tal tu curso de Economía doméstica?

–Me he sentido una heroína de novela… ¡Hasta sufrí horriblemente pensando que me podían descubrir!

– Con las instrucciones de la señorita Echarri –añadió Beatriz socarrona–, quizás ahora ya te puedes casar…

Cándida negó con la cabeza e hizo un gesto de infinita paciencia.

–Aún no me veo con el traje de novia… Además, ¡yo no tengo un Fermín que me engañe con las mentiras que dicen los hombres!

–¡No seas así! Él siempre me jura que me quiere y yo le creo… Pero escucha: mamá y yo también nos hemos decidido a actuar. Ella ha escrito a una antigua conocida, que es ahora la editora de la revista feminista *The Common Cause*, el órgano de difusión de la *Unión Nacional de Sociedades Sufragistas* en Londres, y se ha ofrecido para colaborar denunciando los

problemas de las mujeres de España. Quizás con eso se pueda comenzar a cambiar las cosas…

–¡Que se sepa en el mundo la opresión que sufrimos las españolas!

–¡Si sirviera para mejorar las costumbres!

Beatriz y Cándida salieron cogidas del brazo. En el bolso Beatriz escondía la carta de su madre: un trozo de papel que llevaba el suspiro de un alma, un pliego manchado de tinta que encubría el dolor y la esperanza.

En Madrid, febrero de 1919

Querida Miss O'Malley,

He recibido sus dos cartas y el envío de la revista The Common Cause*, que aprecio muchísimo. Cuando, hace unos años, nos conocimos en Londres, no pensé que usted me iba a servir de tanto consuelo en esta etapa de mi matrimonio. Aquí en Madrid la vida no es muy halagüeña para las mujeres en todas las ocasiones y yo estoy encontrando dificultades que jamás imaginé. Aun así me gustaría escribir para su revista algunos artículos que pueden interesar a sus lectoras acerca de la posición de la mujer en España.*

Creo que hoy, sobre todo, las españolas tienen interés por educarse, no sólo en lo relativo a la instrucción, sino también en lo que respecta a la moral. Para ello están surgiendo ahora en esta capital algunas sociedades que se ocupan de las mujeres, aunque la mayoría se limitan a ayudarlas impartiendo cursos o estudiando, sobre todo, cuestiones laborales. Sin embargo, entre ellas, la Unión de Mujeres de España *es la única sociedad verdaderamente sufragista, que labora por los derechos de la mujer y por mejorar su estatus legal, y que incluso procura ayudar a las que padecen la mayor necesidad. Nació hace poco tiempo, en agosto del año pasado, pero ha tenido grandes éxitos. Yo misma me he asociado a ella y me he puesto bajo la protección de su presidenta, la Marquesa del Ter, que me ha ayudado a impedir que mi marido tomase represalias contra mi querida hija Beatriz, quien por no tener veintitrés años es todavía menor de edad […] Muchas disculpas*

por la tardanza en escribir y muchos abrazos de parte de Beatriz, que está encantada de que su madre sea ahora apologista del feminismo en esta tierra que a mí se me antoja todavía muy medieval.

Sinceramente suya, Louise G. de Modeiras.

18. No fui yo

"No fui yo, no fui yo. No tenía por qué llorar tanto. Apenas la empujé. Cayó al suelo ella sola. Debería haber permanecido en silencio en lugar de hablar en voz alta: la Marquesa por aquí, la Marquesa por allá, el novio de la niña… Lo que tiene que hacer es estar en casa esperándome, en vez de recorrer las calles de Madrid acompañada de mujeres *modernas*. Cuando se levantó y se quitó la mano de la boca, la tenía manchada de sangre, pero eso fue su culpa, de cuando cayó. Yo soy el que manda, yo soy el que decide. Y me gusta Madrid. La vida en Londres era mucho más aburrida. Ella sólo tiene que acostumbrarse un poco más. Pero para eso hay que estar en casa. ¡La maldita Marquesa y las sociedades feministas! Las cosas están bien como están y nadie tiene que andar con memeces del Código Civil, del sufragio. ¿Para qué diablos querrán el sufragio, si no saben lo que quieren? No hay más que ver a la otra estúpida metomentodo: escribiendo obras de teatro para que aplaudan a su marido, que luego se despista entre bastidores con la primera actriz, mucho más femenina y más guapa que ella. Por cierto, otro lila, el maridito, triunfando con obras de teatro sobre monjas que adoptan a una niña. ¿Habrá una cursilería mayor? La gente tiene muy poco sentido común y muy poco buen gusto si es capaz de dar dinero para ver esa paparrucha de monjas histéricas y besuconas. Ya le dije: "No quiero que te vean con esas lunáticas. Si sales de casa, que sea a la Iglesia. Y la niña, nada de novios buscafortunas". Ella, que si la justicia; la niña, que si la libertad… Menos mal que estoy yo para decidir lo que tienen que hacer. No tenían que gritar tanto. Las mujeres, mejor calladas o rezando. En España es así: no hay tantas mujeres marimachos como en otros sitios… No fui yo: apenas la empujé. Cuando se quitó la mano

de la boca, la tenía manchada de sangre. Debería haber estado callada. Apenas la empujé. No fui yo”.

No era la primera vez, tampoco sería la última. José Modeiras siempre hallaba una explicación para no sentirse culpable.

19. La *Acción Católica de la mujer*

Monseñor Victoriano Guisasola y Menéndez había nacido en Oviedo el 21 de abril de 1852 y, desde ese mismo instante, parecía predestinado a la Iglesia. Cursó estudios en el Seminario de Oviedo y en la Universidad de Salamanca y, de la mano de su tío, Victoriano Guisasola Rodríguez, siempre como su sombra, comenzó una carrera de ascendente responsabilidad. Recibió el presbiterado en 1876 de las manos de su tío, que entonces era obispo prior de las órdenes militares, y a su tío acompañó, como canciller secretario, a Orihuela en 1881 y después en 1886 a Santiago de Compostela. Allí, a la muerte de su protector, fue nombrado vicario capitular y comenzó una carrera aún más vertiginosa hacia las alturas terrenales: en 1893 fue preconizado obispo de Burgo de Osma, en 1897 fue trasladado a Jaén y, cuatro años después, a la diócesis de Madrid-Alcalá. En 1905, a instancias del rey Alfonso XIII, fue nombrado por el papa Pío X arzobispo de Valencia, donde realizaría una entrada triunfal. Allí su trabajo fue incansable: impulsó la Universidad Pontificia, atendió al Seminario, pero, sobre todo, se volcó en una actividad que se convirtió en su pasión y en su obsesión de por vida: la creación y potenciación de asociaciones seglares, especialmente dedicadas a sus mejores clientes, las mujeres. Apoyó las labores de las Congregaciones Marianas, mimó a la Unión de Damas de Intereses Católicos, la obra de Ave María, e incluso apoyó otras obras sociales, como el Sindicato de la Aguja. A la vez, publicó numerosas pastorales sobre esos mismos asuntos de los que tantas veces hablaba a las mujeres en su iglesia: la cuestión social, la vida cristiana, la autoridad de la Iglesia... Este trabajo agotador había de tener su premio. Nueve años más tarde, el 13 de enero de 1914, fue preconizado arzobispo de Todelo y el 25 de mayo, por fin, fue nombrado cardenal.

Monseñor Victoriano Guisasola se sentó pensativo en su cátedra. Cardenal, arzobispo, obispo: *episkopos*, en griego, que significa supervisor. Un obispo es un sucesor directo de los apóstoles y su oficio es supervisar la andadura de su diócesis, como hacen los pastores con su rebaño. Ser obispo supone ser un guardián de las ideas, de las costumbres. Por eso, ahora que las pobres mujeres estaban ya teniendo ideas, era aún más peligroso todavía no vigilar sus costumbres. Acarició los brazos de madera tallada de su cátedra, su silla de obispo: *cathedra*, que en latín significaba silla. En la antigüedad, una cátedra era un símbolo de autoridad para enseñar y la presencia de la cátedra episcopal en una iglesia era lo que la convertía en una catedral. La silla del obispo era el emblema de su oficio doctrinal y también un símbolo de la unidad de los creyentes en la fe. Había otros símbolos al alcance de su mano: el escudo de armas, la cruz pectoral, el báculo, el anillo… Precisamente, entre todos ellos, tenía predilección por el báculo: la vara pastoral conferida a los obispos y a los abades, curvada en su parte superior como recordatorio del cayado del pastor y del cuidado de los fieles que le habían sido encomendados. Monseñor acarició el báculo: el báculo era el símbolo de la obligación del obispo de velar por todas sus ovejas, sosteniendo a los débiles y a los inseguros, confirmando la fe vacilante y guiando a los equivocados para que regresasen al verdadero rebaño.

Monseñor miró sus manos abiertas y en la derecha el anillo. El anillo del obispo era un emblema de su fidelidad a la Iglesia, su esposa, e indicaba el lazo nupcial que lo unía a ella. El anillo de monseñor era de oro, con una amatista. Sobre la mesa, frente a él, descansaba la mitra, el tocado litúrgico de los obispos del rito latino. Monseñor desechó la mitra y eligió el solideo, el gorrito usado por los prelados desde el siglo XIII. El solideo del papa era blanco, el de los obispos púrpura o morado; el suyo, como propio de un cardenal, rojo; el de los demás era negro.

Monseñor comprobó la posición de la cruz pectoral, retiró la cátedra, miró su anillo, rectificó el solideo y salió de la estancia. En la habitación contigua, en el momento de su aparición, las damas que le esperaban dieron un respingo. La Condesa de Gavia, la Marquesa de Rafal, la señora de

Castromonte, la señora de La Cierva, la Condesa de la Cerrajería, la Marquesa de Comillas, la Duquesa del Infantado y la señora de Luca de Tena, aun a costa de rebajar la solemnidad del momento, se apresuraron a besar el anillo episcopal.

–Monseñor –consiguió articular la Condesa de Gavia–, ya lo tenemos: ¡ha nacido la *Acción Católica de la Mujer*!

–¡Enhorabuena! –terció el arzobispo de Toledo–. Enhorabuena, sobre todo, a usted, querida Condesa, su presidenta.

La señorita Soledad Izquierdo, que también estaba presente, Secretaria del Consejo Sindical de la Federación de Sindicatos Obreros Femeninos, intervino apresurada y sonriente:

–Un aplauso para la señora Condesa de Gavia, presidenta de la *Acción Católica de la Mujer* y un aplauso para monseñor Guisasola, Consiliario de la Junta Central y *alma mater* de nuestra asociación. ¡Un aplauso!

20. Ya era hora: el movimiento católico femenino

Pocos días después, María de Echarri terminaba sus lecciones de Economía doméstica, ante la mirada cada vez más impenetrable de Cándida.

–Y para eso ha nacido la *Acción Católica de la Mujer*, queridas amigas. Hacía tiempo que se dejaba sentir la necesidad de una agrupación fuerte en el campo del feminismo católico, que encauzase rectamente las aspiraciones y mejoras de la mujer, bajo una bandera no sólo social cristiana, sino social católica. Y para eso ha nacido la *Acción Católica*. Su Junta central está constituida por unas señoras distinguidísimas y eminentísimas: la Condesa de Gavia, la Marquesa de Rafal, la señora de Castromonte, la Condesa de Cerrajería, la Marquesa de Comillas, la Duquesa del Infantado, la señora de Luca de Tena… Y se preguntarán ustedes, señoritas, queridas amigas: ¿Qué se propone la *Acción Católica de la Mujer*? Pues, en primer lugar, la defensa de los intereses religiosos, morales, jurídicos y económicos de la mujer española. Todo viene muy detallado en sus estatutos, que hablan del estudio y solución de los problemas femeninos, la cultura y la formación de la mujer, la defensa de

la obrera contra los abusos del patrono… Sí, señoritas, porque los patronos deben cumplir también con los deberes de justicia y caridad cristiana en cuanto a la jornada, salario y demás condiciones del trabajo femenino… Para defender todo esto la *Acción Católica* se lanza a la refriega enarbolando una bandera netamente católica, en cuyos pliegues se ampara un feminismo razonable que permite a la mujer seguir siendo mujer, que le da prerrogativas y mejoras en toda justicia, pero sin rebasar ciertos límites que, sobrepasados, traerían para la familia, sobre todo, funestas consecuencias. Hora era ya, queridas amigas, de que las señoras católicas se interesasen en estos problemas sociales cada día más importantes: su actuación puede ser solución eficaz en la lucha que el catolicismo social sostiene contra el socialismo…

21. Fermín

Hacía rato que Beatriz se había ido y Fermín dijo que no le importaba esperar.

A Louise el novio de su hija le producía sentimientos encontrados. Por una parte, suponía que era un buen muchacho y consideraba que era propio de la juventud enamorarse y necesitar el apoyo del sexo opuesto. Pero, por otra, había sufrido demasiado en su matrimonio como para seguir opinando que el amor era algo conveniente para las mujeres. Además, el empecinamiento de Fermín en seguirlas a todas partes (ella varias veces lo había visto en la calle espiando sus salidas) le resultaba demasiado turbador.

–Está bien, hijo, si quieres esperarla, siéntate un rato, pero ya sabes que a mi marido no le gusta verte por aquí. Él siempre ha sido muy estricto con nuestras visitas.

Fermín, que gastaba gorra de visera ladeada de chulapo madrileño, se descubrió con premura, sonrió levemente y tomó asiento con cierto desparpajo.

–En realidad, me gusta mucho estar con ustedes. Por el premio de verlas no me importa correr ciertos peligros… Además, Beatriz me ha hablado tanto de usted que puedo decirle, con absoluta sinceridad, que me importa y me agrada tanto estar en compañía de la madre como de la hija.

Mientras los ojos de Fermín, de un azul desvaído y metálico, la miraban con fijeza, se apoderó de Louise el vértigo que se siente al asomarse al fondo de un precipicio.

22. En contacto con la *Alianza Internacional*

Don Ramón Cabrera cerró con cuidado la puerta de su casa. Las voces que procedían del interior se amortiguaban mientras descendía los escalones. Al abrir el portón de la calle notó con agradable alivio que ya habían cesado. En esos momentos, mientras tanto, el revuelo alborotado del Principal del número veinticinco de la calle Almagro alcanzaba agudos de ópera. La Marquesa del Ter tenía una sonrisa radiante.

–Mary Sheepshanks es una mujer excepcional, de gran inteligencia. Es morena, con el pelo rizado, terriblemente miope y con gafitas redondas…

María Lejárraga apenas la dejaba hablar:

–¡La editora de la revista *Ius Suffragii*! ¡La editora de la revista de la *Alianza Internacional para el Sufragio Femenino*!

Celsia Regis, matrona grave y parsimoniosa, ya no pudo continuar en silencio:

–Queridas, no entiendo nada. ¿Alguien me puede explicar qué ha traído la Marquesa del Ter de su viaje a Londres?

Cándida dio un empujón a Beatriz para que hablase y ella se alegró de sentirse levemente protagonista:

–Mi madre escribió a una amiga, editora de una revista feminista católica, y ésta nos puso en contacto con la editora del periódico de la *Alianza Internacional*. Ya sabéis que están afiliadas a la *Alianza* las sociedades feministas de más de veintiséis países: Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Australia, Canadá, Dinamarca, Italia, Rusia… Y ahora en la *Alianza* están deseando tener noticias de España. El último congreso, el séptimo, se celebró en Budapest, y el octavo no se pudo celebrar por la guerra, pero iba a ser en Berlín.

Louise terció:

–Todas han sido muy amables. El cuartel general de la *Alianza*, desde antes de la guerra, está en Londres y su revista llega al mundo entero, publicada en inglés y en francés. Fue muy fácil conseguir una cita para Lilly Rose, que es muy conocida en Londres por los conciertos benéficos que daba durante la guerra.

–Como os decía –continuó la Marquesa–, Mary Sheepshanks, que tiene ahora unos cuarenta y tantos años, es hija de un obispo evangelista y fue nombrada a la vez secretaria de la *Alianza* y editora de *Ius Suffragii*. Ella se define a sí misma como pacifista y feminista, demócrata y socialista. Fue la que acuñó la famosa frase de "guerra a la guerra".

María Lejárraga estalló:

–Es impresionante. Guerra a la guerra. Menudo retruécano. Si no dieran ganas de llorar, sería suficiente como para reír.

Beatriz la miró extrañada:

–Ahora soy yo la que no entiende. Menudo, ¿requetequé? Las escritoras decís cosas…

Lylly Rose se impacientaba:

–Bueno, no nos vayamos por las ramas. Vamos a lo nuestro. A Mary Sheepshanks yo la había oído nombrar muchas veces porque, aunque abandonó sus labores feministas durante la guerra, se hizo famosa por haber ayudado a las mujeres de los dos bandos, de cualquier nacionalidad, mientras estaban sin trabajo o sin dinero. Ahora que todo ha acabado, la *Alianza* quiere reiniciar sus trabajos sufragistas.

Beatriz volvió a interrumpir:

–No es el sufragio lo más importante para nosotras. Hay que acabar primero con las injusticias del Código Civil, y con la omnipotencia de los maridos y padres y con…

Lilly Rose la asaeteó con una mirada realmente atemorizadora, pero María Lejárraga la reconvino en voz baja:

–Todo hace falta, niña querida, todo tendrá que llegar antes o después. Sigue, Lilly Rosita, sigue.

El “Rosita” de María Lejárraga aplacó un poco a la Marquesa, que hinchó el pecho, y continuó con una voz quizás en exceso retumbante:

–Bueno, Mary Sheepshanks me recibió no sólo con amabilidad, sino con cariño. Me contó que está recabando noticias desde Argentina y Uruguay: la doctora Paulina Luisi hoy mismo trabaja arduamente en toda América Latina para extender el feminismo y se han creado Consejos Nacionales de mujeres, afiliados a la *Alianza*, en varios países sudamericanos… Mary Sheepshanks está encantada de que España se una a esta corriente imparable. Y, lo mejor que tengo que contar, ella ya lo ha dicho muy claramente –la Marquesa hizo una pausa para tomar aliento y pronunció con voz nítida y gesto victorioso–: *It seems likely that the next chapter in woman suffrage history will be written by the Spanish-speaking countries*.

Un silencio expectante dejaba casi oír los corazones de las reunidas. Al otro lado de la puerta, Anita y la cocinera, que escuchaban y atisbaban alternativamente por el ojo de la cerradura, se miraron estupefactas sin haber comprendido. Nadie habló, pero todas se miraron compartiendo un grave secreto.

Celsia Regis, con gesto un poco abrumado, se atrevió a romper el hielo.

–Señoras… ¡que estamos en España! Yo sé que ustedes han vivido todas en Gran Bretaña, y usted, María, ha viajado mucho, pero… –añadió avergonzada y bajando, molesta, la voz– ¡no todas las maestras hablamos inglés!

La risa cantarina de María redujo la incomodidad de la situación:

–¡Que el futuro es nuestro, amiga mía! Esa perorata sólo quiere decir que, en el futuro, vamos a ser las españolas, con nuestras hermanas hispanoamericanas, las que escribamos, con letra clara y pulso firme y sereno, la historia del feminismo en el mundo.

23. Echegaray, 5, primero

Moría agosto en Madrid. El aire, que todavía olía a flores calcinadas y maltrechas, quería olvidar el calor de los días pasados y se escapaba hacia

arriba para dejar entrar pequeñas rachas más frescas que provenían de la sierra. La Marquesa del Ter se dirigía al domicilio social de la *Unión de Mujeres de España*, estrenado al comienzo del verano. ¡En estos dos meses habían pasado tantas cosas! La desgracia en casa de Louise y la partida obligada de Beatriz hasta el cumplimiento de su mayoría de edad la habían dejado terriblemente consternada. La vida es, a veces, insufriblemente injusta.

Pero prefería recordar otras circunstancias más halagüeñas, las empresas victoriosas y no las adversidades. Así que rememoró con gran regocijo la fecha de la inauguración de la nueva sede de la *UME*, un 23 de junio, y el acto protocolario del estreno del local. Ella misma había presidido toda la función y había pronunciado un discurso que le valió grandes aplausos. Hablaron después María de Lluria (que poco después dejó Madrid para seguir a su marido hacia una nueva vida en Cuba, donde siguió impulsando el feminismo), la delegada de la asociación en Asturias, la señorita Castellanos, la señorita Ruiz de Miguel y nada menos que un varón, D. Ángel Díaz, miembro protector de la *Unión*. Para que el acto se convirtiese en un comienzo realmente bello y emotivo, María Lejárraga la había convencido para incluir una parte musical: Elvira Monje, primer premio del Conservatorio, había ejecutado al piano algunas composiciones, y la cantante Aga Lachowska había deleitado al auditorio con lindas canciones, acompañada al piano por la propia Marquesa. Había sido un estreno realmente emocionante.

La Marquesa del Ter subió al primer piso del número 5 de la calle Echegaray. Era un local modesto, pero amueblado con gusto, que tenía un carácter mixto de salón elegante y de habitación de Casino, de *boudoir* y de oficina. Las asociadas entraban y salían libremente, departiendo en pequeños círculos, y le daban un aspecto de *club* muy pronunciado. Cerca de la puerta un gran cartel anunciaba las varias enseñanzas que se daban en la Casa: Taquigrafía, Mecanografía, Idiomas, Corte, Calzado… A las siete había reunión de la Junta Directiva, a la que iban a asistir, además de la Marquesa, Concepción Maciá, María Paz Caballero de Rodas, y varias señoras más.

Cuando Lilly Rose entró en su despacho y vio que ya estaban todos reunidos, le asaltó un repentino acceso de orgullo y de felicidad.

–Señoras y señores –a la Marquesa, secretamente, le encantaban los comienzos grandiosos–, tengo que darles una noticia realmente impactante, de importancia decisiva para nuestra Asociación –miró a todos los asistentes con gesto triunfal–. ¡Acabamos de entrar en el movimiento feminista internacional!

Y, con movimientos ampulosos de arte de magia, sacó del cajón el número de agosto de la revista de la *Alianza*, recientemente recibido. El papel era blanco y grueso y mostraba en la portada unas letras grandes y adornadas: *Ius Suffragii*. A continuación, en tamaño aún mayor, un título ocupaba toda una línea: *The Internacional Woman Suffrage News*, y en letras pequeñitas: *The Monthly Organ of the International Woman Suffrage Alliance*. Debajo había un dibujo enmarcado en un círculo, con la dirección de la editora francesa, en Ginebra, a su izquierda, y el domicilio del cuartel general de la *Alianza*: 11, Adam Street, Adelphi, Londres, a la derecha. El círculo, que representaba el anagrama del periódico, servía de marco a una mujer vestida con una túnica clásica que llevaba en la mano derecha la balanza de la justicia, y que dejaba ver, al fondo, un sol naciendo desde el lejano horizonte.

Lilly Rose pasó las páginas de *Ius Suffragii* con solemnidad hasta llegar a la número 153 y leyó, con voz triunfal, un título y el texto que lo acompañaba:

–*Spanish Provisionally Admitted. The* Union of Spanish Women *(president, Marquesa del Ter, Almagro 25, Madrid) has applied for affiliation. This has been conditionally approved by Mrs. Anna Wicksell, Chairman of Committee on Admissions, and by Headquarters Committee, subject to confirmation by next Congress*.

La Marquesa del Ter había conseguido jugar con acierto sus bazas. Mary Sheepshanks, antes de ceder su puesto a Elizabeth Abbott como editora de *Ius Suffragii*, publicaba una noticia que, a pesar de su gran interés, iba a pasar desapercibida en España: la *Unión de Mujeres de España* había solicitado su afiliación en la *Alianza*, y ya se iniciaban los trámites para llevarla a efecto. La presidenta del comité de admisiones, Anna Wicksell, había aprobado en primera instancia esa solicitud y la afiliación efectiva se había de confirmar, según el reglamento de la *Alianza*, durante su próximo congreso. La *Unión de Mujeres de España* era la primera sociedad feminista española que

iba a colaborar y a trabajar, codo con codo, con las otras sociedades europeas y americanas.

24. Portales, 34

Desde el número 34 de la calle Portales se oían las campanas de La Redonda, que estaba muy cerca. La colegiata de Santa María de La Redonda, en Logroño, data del siglo XIV y tiene dos torres barrocas, *las gemelas*, construidas por Martín de Beratúa. En la lontananza, más cerca del río, sonaban también las campanas de la Iglesia de Santa María de Palacio, con su torre piramidal de estilo gótico, la llamada *Aguja* de Palacio. Entre La Redonda y la Iglesia de Palacio, la de San Bartolomé, con portada románica y una torre mudéjar, también tañía campanas que sonaban a alegre estropicio.

Beatriz, a las diez de la mañana, aún estaba en la cama. Cándida Sanz, que había huido con ella de Madrid el día siguiente al de la desgracia y la había traído a su casa, la había cuidado con cariño durante todo este tiempo. (“Pero, ¿qué ha pasado? Beatriz, ¿qué has visto y qué ha pasado?”). Habían transcurrido dos meses, sesenta días y sesenta noches, más de ochocientas cuarenta horas. Beatriz permanecía casi sin hablar, envuelta en una fiebre errática que iba y venía sin ton ni son. Un verano entero intentando huir de un recuerdo que amenazaba con quitarle la vida.

Cándida también había necesitado de toda su fuerza de voluntad para seguir adelante después del desastre. Como ya no escribía para su periódico, había solicitado el reingreso en su puesto de maestra para poder mantenerse a sí misma y luchar por sacar adelante a Beatriz.

¿Qué pasó? Cándida miraba hacia atrás, más atrás, cada vez más atrás. El viaje en tren desde Madrid lo vivió como un espejismo. Fue María Lejárraga la que les hizo a las dos la maleta al ver que Beatriz estaba enferma y era preciso esconderla.

–Es preferible ocultarla hasta que cumpla la mayoría de edad. No resistiría quedar a la merced de su padre.

Fue María quien las acompañó hasta el tren. Allí despidió a Cándida como a una hija, abrochó a Beatriz la chaqueta aunque hacía calor, las cubrió de besos y agitó para ellas su pañuelo blanco cuando el tren ya partía.

Atrás, más atrás. Cándida Sanz llevaba dos meses intentando entender qué pasó o bien olvidarlo. Aún oía los pasos de Beatriz subiendo apresurados por la escalera de madera, sus puños golpeando con histeria la puerta de la habitación abuhardillada que le habían prestado, para echarse finalmente en sus brazos presa de un ataque de nervios.

–¡Está en el dormitorio!, ¡está en el dormitorio!, ¡yo no puedo volver! ¡Al entrar en la casa he visto su sombra! –y eso fue lo único coherente que Beatriz había logrado decir antes de perder el sentido.

Cándida bajó las escaleras y empujó la puerta principal de la casa. Llamó y llamó, pero Louise no respondía. No quiso darse cuenta, pero el olor debería haberla avisado. Con pasos inseguros, una mano acariciando la pared, caminó asustada a lo largo del pasillo. El olor de la sangre es dulce y su tacto espeso. Es imposible que el cuerpo de una mujer pueda contener tanta sangre. Cándida quiso acercarse para tocar la muñeca deshecha y tan pálida caída a un lado de la cama, pero las arcadas le traicionaron. Hubo de salir corriendo a vomitar en la escalera. Y no fue el miedo, no fue la piedad, no fue ni siquiera el susto. Lo peor fueron las enormes ganas de vomitar, de echar por la boca la sangre que había visto derramada por el suelo, de vomitar también el cuchillo que había rasgado ese cuello, de sacar de su estómago los gritos que otros días oyera desde la buhardilla, de echar afuera toda la sangre que también le latía a ella en las sienes.

Más tarde, cuando Beatriz volvió en sí, ya no sabía quién era, ni cuál fue la ciudad llamada Madrid en que se había alojado los últimos tiempos. Se dejó guiar por Cándida hasta ese lugar de provincias para huir de aquello que había entrevisto o que había soñado. Su vida sólo era el transcurso del tiempo vacío; una habitación modesta y aseada; las manos de Cándida refrescando su frente; una caricia; el silencio. A veces el silencio quebrado por campanas.

Cándida guardó un tiempo su libreta de notas que hablaba de las mujeres de España y se dedicó a esperar noticias de Madrid que explicasen los

hechos. Al principio, algún periódico sensacionalista aludió a un crimen pasional: el marido dispuesto a lavar el honor mancillado: ¡el maldito artículo 438 del Código Penal! Y Cándida oía voces antiguas ("Aún queda el Código Penal, que es peor todavía. ¿Habéis oído hablar del artículo 438? Dice algo así como que el marido que sorprenda a su mujer en adulterio, si la mata a ella o al amante, queda libre de pena y sufre, como mucho, destierro… Cuando se trata de castigar la ofensa que causa la mujer en el supuesto honor de un hombre, la diosa Temis deja caer la espada de la justicia ¿No os parece hasta risible este calderonismo legal?"), unas voces que no le dejaban escribir esa crónica que hubiera debido enviar a *La Rioja*.

La Marquesa del Ter, por carta, la desengañó: el marido de Louise tenía una coartada perfecta la tarde del crimen. Nadie sabía quién había sido.

Me llamo Cándida, Cándida Sanz Pedriza, y he visto el cielo y el infierno. He visto a una joven que creía en el mundo, que creía en su fuerza y que quería luchar, y ahora es un cuerpo estragado. He visto a su madre anegada en sangre, vaciada por una muerte injusta, insultada después por el veredicto mentiroso de un periódico que la hizo culpable de un delito de adulterio que seguramente no cometió. Y han transcurrido dos meses, sesenta días y sesenta noches, más de ochocientas cuarenta horas, sin que el mundo se hunda y sin que a mí se me pueda olvidar la vergüenza de haber vivido lo que he visto, sin poder perdonar el dolor que ha quebrado a mi amiga.

Cándida, cada poco tiempo, miraba la habitación en penumbra hasta que Beatriz, por fin, se levantó de la cama. Se volvieron a oír las campanas, las campanas de La Redonda, después las de Santa María de Palacio, por último las de la Iglesia de San Bartolomé. Aunque hacía calor, la enferma se echó por encima el chal que su amiga le había dejado junto a la cama y se acercó despacio hasta la sala, con ventana a la calle de Portales, donde ella estaba leyendo. Se acercó con paso inseguro hacia la figura de Cándida, de espaldas, y por fin, sonrió levemente; le puso una mano en el hombro y descubrió entre las suyas el cuaderno de notas y unos recortes de la prensa de Madrid. Cándida, sopesando el estado de ánimo de su amiga, cautelosamente, le mostró una noticia que ella misma había recortado, hacía muchos días, y sobre

la que había escrito una fecha y un nombre: "*El Fígaro,* Diario de Madrid, 24 de junio de 1919, p. 3".

–Hace tiempo que la tengo guardada. Escucha: *Se ha celebrado la inauguración del local de la* Unión de las Mujeres de España *en la calle de Echegaray, 5, presidiendo el acto la Marquesa del Ter, que leyó un sentido discurso*… Nuestras amigas siguen trabajando de lo lindo por todas nosotras y han conseguido una sede verdadera para nuestra *Unión*.

Beatriz, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sintió que algo cálido le tocaba el corazón. Miró con cariño a su compañera e hizo ademán de abrazarla.

–¿Por qué eres tan buena conmigo? Creo que te debo la vida.

Pocos días más tarde, llegó una carta de María Lejárraga, que se interesaba por la salud de las dos y, de paso, les enviaba la noticia de una gran victoria, una gran sorpresa en forma de revista femenina. Cándida desenvolvió el paquete y pasó el ejemplar a su amiga. El papel de la revista era blanco y grueso y mostraba unas letras grandes en la portada. Con manos nerviosas pasó las primeras páginas, escritas en inglés como el resto de la revista, hasta llegar a un titular remarcado en rojo por las manos de María Lejárraga: *Spanish Provisionally Admitted*…

Beatriz se puso la mano en el pecho y encontró un sonido que se le antojaba llevar años sin oír. (Será el corazón –se dijo–. Será el corazón). Miró a su amiga y, por primera vez en dos meses, sonrió con una sonrisa que casi era ya un rapto de risa.

–La *Unión de Mujeres de España* ha solicitado ingresar a la *Alianza Internacional* y su afiliación definitiva se confirmará en el próximo congreso. Ya tenemos representación en el mundo. María Lejárraga y la Marquesa del Ter han conseguido parte de sus propósitos… ¡Hemos dado el primer paso hacia la libertad! ¡Amanece, por fin, para nosotras!

PARTE SEGUNDA

El diario olvidado de la Marquesa del Ter

(20 DE AGOSTO DE 1919 - 18 DE FEBRERO DE 1920)

2 de septiembre de 1919

A veces pienso que es la propia naturaleza, con sus conocidas mudanzas, la que obliga a ordenar el tiempo de nuestras vidas. La primavera risueña nos avisa de la llegada del verano y, tras el calor del estío, el otoño nos advierte que hemos de prepararnos para enfrentar al invierno. Y, así, organizamos nuestros días para el frío o el ardor disponiendo los trajes, los sombreros y la propia piel. Después, cuando se deshacen maletas, se guardan los vestidos de la temporada, se abren armarios y se ordenan los objetos que nos han acompañado para protegernos de las inclemencias del tiempo, las remembranzas de los sucesos vividos con ellos nos asaltan para obligarnos a ordenarlos según corresponda: las victorias, la dulzura, los errores, el hastío, las derrotas… La huida del verano me ha traído a las manos los recuerdos agridulces de mi último empeño.

Las fotografías que Amalia Carvia me envió cuando nos encontramos en Valencia las tengo sobre la mesa. En cuanto conocieron nuestra asociación, las valencianas nos invitaron a la Asamblea anual de la *Liga* que se iba a celebrar el 18 de mayo. ¡Con cuánta ilusión salimos hacia allí para unas vacaciones de tres días! María no hacía más que hablar del mar, de los baños de sol, de los baños de mar, y eso que ella no sabe nadar. El viaje fue un poco molesto: más de trescientos cincuenta kilómetros de traqueteo, con paradas eternas. Sin embargo, durante todo el trayecto no dejamos de reír. Habíamos comprado unos regalos soberbios: una sombrilla fabricada en Francia para Amalia y un abanico precioso para Ana. Todo ello con la intención de aligerar el calor de las tierras valencianas. Yo imaginaba ese lugar como un incendio de sol, con naranjos brillando contra un cielo pintado de añil y mujeres vendiendo sus frutas con voces vibrantes. Por la lectura de la revista *Redención* había imaginado a las valencianas como una suerte de parisinas rebeldes vestidas de traje regional, bajitas, con mejillas redondas y ganas de quemar el Mediterráneo por defender a las mujeres. Sin embargo, las hermanas Carvia

eran un poco menos risueñas. Quizás tenían mucho trabajo y demasiados problemas.

Fue María la que se empeñó en ir, al día siguiente de nuestra llegada y antes de ponernos a trabajar, a la playa. Era un sábado 17 de mayo precioso, el día anterior a la Asamblea. Las hermanas Carvia nos acompañaron solícitas. El mar era inmenso, el tiempo inmejorable y las casetitas de lona de la playa invitaban a ponerse el bañador y disfrutar de la última moda más *chic* y más moderna del sur de Europa: los baños de mar. Yo me vestí con mi *maillot* de tirantes (aún conservo la figura), con mi cofia de tafetán guarnecida con cintas negras y mi albornoz de *Patou* y, cuando salí, me sorprendió ver a María que corría hacia el agua como una centella, las piernas graciosas y regordetas cubiertas por los pololos que yo misma le regalé para la ocasión, el turbante última moda en seda imprimada incrustado en la cabeza, manoteando para entrar rápidamente en el agua, que ya casi le llegaba a la cintura. ¡Qué ricura de mar! ¡Qué ricura, María qué graciosa chapoteando en las olas! Y no lo pensé más. Me quité el albornoz, que cayó en un gurruño a la arena y avancé imperiosa hacia la orilla. Mi bañador era espléndido (y carísimo): los pantaloncitos cubriendo apenas los muslos, el escote cuadrado tan elegante y las mangas cortas para aprovechar los beneficios del sol (ya no está de moda estar siempre muy blanca). El frío del agua de la primera ola me sorprendió (estaba helada y qué raro, María, tan friolera, luchando con las espumas adentro en el agua) y me hizo mirar hacia atrás.

Las hermanas Carvia, las dos, me miraban hipnóticas. Yo distinguí sus *culottes*, casi hasta los tobillos, y las túnicas de baño (creo que mi madre tenía una así de larga) amplias, pesadas, de un algodón que debía contagiarse del peso del agua… y comprendí. ¡Qué apuro! Los brazos desnudos me brillaban como si fueran de porcelana y metí las piernas rápidamente entre las olas para hurtarlas de su vista. Las dos hermanas, en la arena, eran como dos sombras tuaregs contra el cielo azulado, y sonreían amables con cierto reparo. ¡Vaya estreno! ¿Cuándo va a llegar toda la moda a Valencia? ¡Qué sofoco! Nunca pensé que ser elegante podría resultar bochornoso.

Por la tarde nos enseñaron los preparativos de la Asamblea, e incluso el anuncio con que se había previsto en la prensa. El periódico valenciano *El Pueblo*, con fecha de 28 de abril, también anticipaba nuestra presencia con unos calificativos que seguramente procedían de las hermanas Carvia y que no pudimos dejar de agradecer: nos anunciaba como "las lumbreras del feminismo español, damas de gran cultura, cerebros privilegiados, inteligencias cultivadas a la europea".

Cuando nos quedamos solas, María se reía de mi sobresalto de la mañana, de mi *maillot* parisino y de sus pololos de rayas, aunque ella había sido la primera en escapar de la mirada aprensiva de las compañeras de baño. Mi amiga, por la noche, reía:

–¡Lumbreras con *maillots* ajustados! ¡Cerebros con cofias de baño de ultimísimo grito! ¡Inteligencias a la moda europea!

Y yo aguantaba las chanzas con paciencia mientras revisaba el programa de la reunión, que ya nos habían enviado a Madrid, donde figuraban los mismos temas que nosotras tratamos en todas nuestras reuniones: la investigación de la paternidad, el divorcio, la urgencia del voto, la participación de la mujer en el jurado.

Y por fin llegó el día tan esperado, el domingo 18. Nosotras seguíamos tan ilusionadas por los nuevos contactos como abrasadas por el sol valenciano. Nos escocían los hombros y los brazos. Aún sentíamos la sal de las olas y la arena de la playa en la boca, en el pelo, en la espalda. Pero todo era luminoso y brillante, divertido y novedoso.

El acto comenzó a las cuatro de la tarde en el Ateneo Científico. En primer lugar tomó la palabra la presidenta de la *Liga*, Ana Carvia Bernal, quien, con frase galana y florida, saludó al auditorio y expuso el objeto de la Asamblea. A continuación, la Secretaria, Amalia, leyó "una sentida memoria" (como explicó la prensa al día siguiente), que fue escuchada por todo el auditorio con sumo agrado y aplaudida calurosamente. Una segunda secretaria, llamada Elena Carballo, leyó varias de las muchas adhesiones recibidas, entre las que figuraban algunas de Madrid, Barcelona, Huelva e incluso Méjico y La Habana. ¡Hay que ver cuánto han extendido su influencia

nuestras compañeras de Valencia! Después comenzó el orden del día propiamente dicho: la señorita Pascual, que ostentaba el título de Perito Mercantil, leyó un concienzudo trabajo proponiendo la creación de un Banco de Crédito para la Mujer, asunto muy aplaudido y que se aprobó por unanimidad (y que prueba qué sesudas son también las mujeres cuando se emplean en temas importantes, como decía María); después una señora llamada Pilar Villar pidió que se concediera el voto a la mujer, y la presidenta leyó unas notas sobre el atraso de nuestra nación en asuntos feministas (yo misma doy fe de la razón que tenía). Hablaron después otras señoras, también sobre el voto, y sobre el divorcio, por último sobre la intervención de la mujer en los jurados en juicios donde figuren procesados mujeres y niños. Cuando me tocó el turno a mí, yo tenía ya un asunto preparado: la petición de que España suscribiera el Convenio de La Haya de 1902 sobre el matrimonio. Yo sabía que era una cuestión un poco compleja y que no afectaba a todas las mujeres, pero me aplaudieron bastante. Es cierto que cada una defiende lo que más le duele: lo que quise explicar es la necesidad de que la extranjera casada con un español pueda elegir entre seguir la nacionalidad de su marido o la propia.

La sorpresa vino al final del acto. Ana Carvia quiso cerrar la reunión con una idea especial. Recordó las asociaciones que habían nacido en Madrid: la *Asociación Nacional* de María Espinosa y mi *Unión de Mujeres de España*, y entonces me buscó con la vista entre todas las otras mujeres, me miró a los ojos y habló lentamente para proponer la idea que todas albergamos en el fondo del corazón: hay que formar un *Consejo Nacional* de mujeres, y hay que formarlo enseguida para aunar los esfuerzos de las distintas asociaciones en un solo organismo. Sus palabras fueron entrañables y claras, sus ojos clavados todo el rato en los míos:

–Yo os pregunto, en nombre de la *Liga Española para el Progreso de la mujer*, si estimáis necesaria la creación de un *Consejo Nacional*, y ruego a la que así lo crea nos lo comunique para que nos vayamos entendiendo y realicemos pronto los trámites oportunos. No dejéis dormir este asunto, pues su resolución es urgente y cualquier incidente puede agrandar más las distancias que separan unas entidades de otras y hacer imposible la inteligencia

perseguida. Unidas en este *Consejo Nacional* podríamos intentarlo todo, nos cabría a todas la misma satisfacción, y tendríamos ante los poderes públicos una gran fuerza social y, ante la opinión pública, una influencia moral incontrastable.

¡Un *Consejo Nacional*! ¡Esa era la idea!

No me lo tuvo que decir dos veces. Vine a Madrid y a los pocos días ya tenía pergeñados los estatutos. Y fui con María al Registro y allí lo presentamos el 25 de junio con ese mismo nombre, *Consejo Nacional*.

–Ahora podremos luchar contra todos los obstáculos –decía María–, ahora tendremos más fuerza frente a los poderes públicos y más influencia en la sociedad. Este es el momento adecuado para que se una a nosotras el resto de las asociaciones.

Poco después escribí a Amalia y aún no entiendo sus resquemores. ¿Por qué se enfadó? ¿Por qué ha malinterpretado mis intenciones? El *Consejo Nacional* era suyo. Ella me lo propuso en Valencia mirándome a los ojos. Lo hice para ella y para el resto de las mujeres. El *Consejo Nacional* no es propiedad de la *UME*, como Amalia sugiere, sino de todas nosotras unidas, se lo he intentado explicar varias veces. Es el instrumento para relacionarnos con el gobierno, con las otras feministas, con todos los poderes públicos…

12 de septiembre de 1919

Las he vuelto a llamar para que participen en el *Consejo*, ¡pero se han mostrado tan despechadas! Les escribí anunciándoles el otro gran triunfo: la petición de afiliación de la *UME* a la *Alianza* y no se han alegrado. No entiendo sus reticencias. Sí que es cierto que fueron las valencianas las primeras en lanzar su revista *Redención* a los cuatro vientos y en declararse sufragistas, pero nadie se puede apropiar de una idea. El lugar de encuentro entre todas las mujeres debe ser, sin duda, Madrid y no Valencia.

Además, urgía contactar con la *Alianza*. ¿Por qué les molesta que sea yo la que ha tendido los primeros lazos? ¡El feminismo es un movimiento internacional y no debe parar mientes en personalismos absurdos!

15 de septiembre de 1919

Ha sido un insulto incalificable. Me han acusado de querer adueñarme del *Consejo Nacional*, de querer ser protagonista… He destruido las fotografías de Valencia.

1 de noviembre de 1919

Esta tarde ha venido a verme Fermín, el *novio* de Beatriz. Estaba muy preocupado por su paradero y, aunque ha preguntado a las vecinas de la antigua casa, nadie le ha sabido decir nada. Además, como Louise no tenía familia en España, no sabe a quién dirigirse. Me daba pena verlo tan inquieto y he intentado animarle:

–No se preocupe por ella. Seguramente lo que más le conviene es estar lejos de aquí, en un sitio tranquilo, donde nadie la pueda importunar. Cuando ella lo estime conveniente volverá para retomar las anteriores amistades.

–Pero usted sabe –me decía– que yo era algo más que un amigo. Creo que ahora yo la podría ayudar a superar esta desgracia mejor que nadie.

Lo cierto es que el pobre muchacho no tenía muy buen aspecto: supongo que para él también ha sido un golpe terrible. Sin embargo, habíamos hecho la promesa de no desvelar el paradero de Beatriz "…a nadie, ¡absolutamente a nadie!", así que no he querido darle esperanzas de poder encontrarla todavía.

–Se lo ruego, dígame si sabe dónde está. No puede imaginar lo que significaría para mí poder volver a verla… ¡Ha quedado pendiente en mis manos un asunto terrible!

Al final, casi con lágrimas en los ojos tanto él como yo, he acabado por despedirlo… porque quizás me estaba convenciendo demasiado.

23 de noviembre de 1919

Ya no se podía retrasar más el nombramiento de la Junta Directiva del *Consejo Nacional*. Tras la reunión de ayer, hemos presentado en el Registro el documento de su constitución. Lo más cómodo para todas ha sido mantener el mismo domicilio de la *UME*, en Echegaray, 5.

Había que nombrar a la presidenta y se ha propuesto en un principio a *Celsia Regis*, que está trabajando tanto para aunar la voluntad de este enjambre furioso que estamos resultando las feministas. Ella fue tan amiga de María Espinosa… ¡y después tan enemiga!... Pero no creo que puedan volver a entablar relaciones cordiales. No sé si por pudor o por no sentirse con fuerzas suficientes, *Celsia Regis* ha rechazado el nombramiento y alguna otra ha propuesto a la *doctorcita* Concepción Aleixandre, tan querida por todas. Después de un buen rato de ofrecimientos, de rechazos pudorosos, de sonrisas forzadas y de perder el tiempo, *Celsia Regis* ha puesto los pies en el suelo y ha dicho:

–Si el *Consejo Nacional* es la suma de las distintas sociedades y el organismo que ha de representarlas a todas ante la opinión internacional, su presidenta ha de ser la mujer más internacional que hay en esta sala; la mujer que conoce a la perfección tantas lenguas: el inglés, el francés, el alemán; la mujer que más ha viajado; la mujer que ha conseguido acercarnos a la *Alianza Internacional*. Ya sabéis que estoy hablando de la Marquesa del Ter.

Yo llevaba ya un buen rato callada, rumiando quién sería la más capacitada para negociar nuestros asuntos con las americanas, con las inglesas, con las francesas… y sin quitarme de la cabeza que indudablemente lo era yo, aunque no pudiera proponerme a mí misma sin resultar desagradable y pecar de inmodesta. Así que cuando he oído a *Celsia Regis* decir mi nombre he pensado que me estaba leyendo el pensamiento. Todas me han mirado y, a pesar de que sé que a algunas no les gusto porque siguen sin considerarme del todo española, nadie ha puesto ninguna objeción y han comenzado un aplauso que ha resultado muy gratificante. No he querido seguir con la pantomima de los rechazos pudibundos y he dicho que sí. He dicho que sí y,

como condición, he nombrado vicepresidentas a *Celsia Regis* y a la doctora Concepción Aleixandre, que han aceptado encantadas. *Celsia* ha propuesto como secretaria general a su amiga y colaboradora Graciela V. de Parente, y como segunda secretaria a Elvira Cuéllar. Después hemos nombrado tesorera a Clementina Albéniz y contadora a Paz Caballero de Rodax. Las vocales van a ser la Marquesa de Riba, Encarnación Mateos, Esperanza Maquíbar, Concepción Ruiz de Miguel, Mercedes Canal y María Priego.

Me gusta la Junta del *Consejo Nacional*, porque creo que vamos a poder trabajar en serio. Graciela de Parente me ha resultado muy simpática. Tiene un aspecto físico un poco desagradable, que produce un contraste cómico con su nombre, pero en el trato es efectivamente *graciosa* por el humor socarrón de andaluza ocurrente, más que por su porte desafortunado. *Celsia*, en un aparte, me ha contado que su marido es bastante más joven que ella y que tiene un cargo importante en un ministerio. La reunión ha terminado con vítores y aplausos. Yo he acabado emocionada, ya que, finalmente, mi nombramiento se ha resuelto “por aclamación”.

24 de noviembre de 1919

¡Por fin he recibido noticias de la *Alianza*! Les invité a celebrar el próximo Congreso en España… ¡y han dicho que sí! ¡Ahora que, además, acabamos de echar a andar con el *Consejo Nacional*!

La idea fue de María y yo, al principio, no me podía creer que fuera posible. ¡Celebrar el octavo Congreso de la *Alianza* aquí, en Madrid! ¡El primero después de la Gran Guerra!

–Washington, Berlín, Copenhague, Ámsterdam, Londres, Estocolmo y Budapest han sido la sede de los primeros congresos –recitaba María–. ¿Y por qué no ha de servir Madrid para el siguiente?

Hoy son ya muchísimas las naciones afiliadas a la *Alianza*. Si la memoria no me falla, hasta el Congreso de Berlín estaban integradas en ella Alemania, Holanda, Australia, Nueva Zelanda, Suecia, Noruega, Gran Bretaña y Estados Unidos. A partir del Congreso de Copenhague, se afiliaron Austria,

Canadá, Dinamarca, Hungría, Italia y Rusia; en el de Ámsterdam fueron Bulgaria, Finlandia, Sudáfrica y Suiza. En el de Londres, en 1909, se afiliaron Bélgica y Francia y en el de Estocolmo, Islandia y Serbia. Cuando se celebró el séptimo congreso, en 1913, en Budapest, se acababan de afiliar China, Portugal y Rumanía. Esta fue una fecha de esplendor: se reunieron mujeres de veintiséis países, mujeres inocentes que aún no sabían que un año más tarde iban a verse enfrentadas por el horror de la guerra. ¡Cuánto dolor y cuánta sangre ha separado durante estos cuatro años a las mujeres que en Budapest se declararon hermanas!

–¡Madrid, Lilly Rose…! ¡Madrid es la ciudad perfecta para el octavo Congreso! España ha sido un país neutral y por eso lo van a acoger con buena voluntad tanto las francesas como por las alemanas. Hace falta una sede que no se haya visto manchada de sangre. Además, ya ves que en España se está poniendo de moda el feminismo. La presidenta de la *UME* haría bien en ofrecerse a la *Alianza* para que el octavo Congreso se celebrara en Madrid.

María tenía razón. Escribí con miedo de que se rieran de nosotras. ¡Llevamos tan poco tiempo trabajando con la cara descubierta! ¡España tiene fama de país tan católico y tan… folklórico! Pero Carrie Chapman Catt, la presidenta de la *Alianza*, es una mujer muy culta y ha intercedido por nosotras desde Nueva York. ¡Envía a Chrystal MacMillan a España para preparar el Congreso!

La *Alianza* piensa que en estos momentos críticos, después de la guerra, el próximo Congreso va a ser muy importante para reanudar los lazos entre las mujeres y que España, madre de los países americanos, tiene que ser el foco de difusión del feminismo hispanohablante. Por eso Madrid es el escenario adecuado para un Congreso que ha de extender las redes de la *Alianza* a todo el continente americano. ¡España es el puente hacia la América Latina! Tanto es así que miss MacMillan ¡incluso hablaba de un *Ius Suffragii* en español!

5 de diciembre de 1919

Ramón sigue siendo un marido sorprendente. Nunca me cansaré de repetirlo. A veces resulta la encarnación de la mesura y la diplomacia más exquisitas y otras veces se comporta como un niño.

Esta mañana llegaba tarde de sus asuntos palaciegos, como yo los llamo, y al entrar a casa, igual que siempre, Anita se apresuraba a quitarle el abrigo y a recogerle los guantes, el bastón y el sombrero. Después de despojarse de todo ello, yo, que le miraba de perfil, me he quedado gratísimamente impresionada por su figura. ¡Qué porte elegante y qué silueta! A pesar de su edad tenía la espalda derecha, el vientre liso y una prestancia innata, descuidada sólo en apariencia, que podría envidiarle más de un mozalbete de veinte años. A continuación ha pasado al gabinete, a tomarse, como todos los días, una copita de Oporto. Yo he seguido amorosamente sus pasos y, sorprendentemente, le he visto de espaldas con los hombros levemente hundidos. Cuando le he rodeado mientras se escanciaba la copa he visto con sobresalto que le salía del pantalón el bulto de una barriga que antes no se le notaba. ¡Ya decía yo que últimamente estaba engordando! ¿Pero qué misterio era ese del porte apolíneo de quita y pon? Ya no le he retirado la vista de encima durante todo el día.

A la hora de comer, cuando ya estábamos sentados a la mesa, ha vuelto Anita con la sopera en la bandeja y le servía a Ramón con esmero. Mi esposo le sonreía y le agradecía con muchos cumplidos, las manos recogidas delante del plato, la servilleta en las rodillas… ¡y el vientre liso! Yo miraba a la doncellita y no me podía creer lo que mis ojos me mostraban. ¡Ramón coqueteando con una criada de tres al cuarto! ¡Vaya impostura! No sé cuántos años tendrá esa desgraciada, pero seguramente no llega a los veinte, mientras que mi Ramón ya tiene sesenta y cuatro. Mientras la miraba, me ha subido una oleada de odio que casi me ahoga. Desde luego que no se le puede negar el encanto pasajero de la juventud, pero esa naricilla respingona a la par con los ojos de besugo le dan un aspecto tan soso que es imposible encontrarle ningún atractivo si se la mira durante más de cinco minutos. La cofia, como siempre,

parecía que le hubiera caído desde el techo sobre la cabeza por puro azar y se le hubiera afianzado ahí mismo para mermar la escasa capacidad de su sesera, y el delantal lo llevaba anudado con tan poca gracia como si no fuera una prenda que da distinción a mi mesa y sólo se lo pusiese para fregar. Después de varias idas y venidas a la cocina, varias sonrisas bobaliconas a Ramón y varios intentos por resultar eficiente, ha terminado dejando caer unas gotas de vino a mi mantel toledano, y eso ya no lo he podido soportar.

–¡Váyase inmediatamente! ¡Usted no sabe servir! ¡Usted nunca va a aprender a cumplir con eficacia su trabajo! ¡Que venga la cocinera hoy en su lugar!

Anita ha mirado a Ramón, luego me ha mirado a mí, ha puesto cara de no comprender y, afortunadamente para ella, ha salido escapando de mis iras.

Al poco rato ha venido Aurelia, la cocinera, con la bandeja del pollo. Aurelia es una cocinera portentosa, pero lo cierto es que su aspecto físico es deplorable. No quiero describir sus piernas hinchadas, ni su figura abombada, ni sus cabellos escasos, ni sus facciones vulgares porque aún conservo cierta caridad cristiana, pero, aunque nunca consentiría que sirviera la mesa en caso de haber invitados, sustituir su visión por la de Anita en esos momentos de celos furiosos me ha resultado muy consolador.

Arrastrando los pies en sus zapatillas de esparto, Aurelia iba de un lado al otro de la mesa intentando servir el pollo y su salsa con gesto concienzudo, casi con saña y con más voluntad que acierto. Yo miraba a Ramón, que sonreía amablemente; yo miraba a Ramón, erguido en su silla, los pies juntos bajo la mesa, la mano derecha manejando displicentemente la servilleta mientras parecía señalar a comensales ausentes; yo miraba a Ramón, escanciando una copa, la cabeza levantada, ¡y metiendo el estómago!

Ahora ya no eran celos. Era asombro, asombro verdadero. Y, por fin, lo he entendido todo. Ya he adivinado su secreto. ¡Pobre Ramón!, que se siente mayor y que teme perder su atractivo. Ramón, que quiere luchar hasta el final por mantener un aspecto digno, un empaque glorioso, una figura acorde a su porte señero y a su elegancia aristocrática heredada desde tantos siglos.

Y ya más tranquila he salido a descansar a mis habitaciones. Pero allí me ha venido la pesadilla de la duda.

–¿Y yo? ¿Cuál es mi aspecto ahora? ¿Conservo la figura? ¿Sigo siendo atractiva?

Soy diez años más joven que Ramón y aún mantengo bastante éxito con los caballeros, pero… ¿y si fueran mentira las alabanzas empalagosas de los pretendientes pelmazos? El espejo, ahí estaba el gran espejo, ocupando la pared enorme a un lado de la cama. Me he mirado de frente, me he mirado de perfil. Perfecto. Ni una arruga, ni una sombra ominosa en el vientre delicado. La cintura, frágil pero cimbreante; el pecho, firme, con el volumen adecuado. Pero luego me he dado cuenta, mejor dicho, me lo ha susurrado en voz baja un duendecillo impertinente. ¡El corsé! Eso es trampa. Así no vale. La belleza debe reflejarse, indudablemente, en las partes que se ofrecen a la vista; pero, ¿y esas otras partes que el decoro encubre? Había que comprobar todos extremos, había que saber apurar toda la verdad, por más amarga que fuera, así que me he quitado el corsé, y cuando me acercaba temblorosa a comprobar el delirio de la edad, ha aparecido Ramón, el jovencito Ramón de sesenta y cuatro años, y me ha susurrado al oído antes de llegar al espejo:

–Querida, no te tortures. Yo te quiero igual que hace veinte años. Además, aunque los hombres nos conservamos mejor, las mujeres atractivas no lo son exclusivamente por su físico…

15 de diciembre de 1919

Ahora veo que yo tenía que haberlo previsto. Quizás no podía haber sido de otro modo, pero… ¡quién iba a suponer que haya cosas que, bien planificadas, terminen saliendo tan mal!

Ayer vino María a decírmelo, con un periódico de Bilbao debajo del brazo, *El Nervión* de 9 de diciembre, y un artículo firmado por Benita Asas Manterola. Cuando vi el título no lo podía creer: *El Consejo Supremo Feminista de España*.

¿Qué era ese *Consejo Supremo*? ¡Supremo…! Nunca hubiera imaginado que una palabra tuviera ese sabor a hiel.

Mis enemigas han fundado un *Consejo Supremo*, para suplantar a mi *Consejo Nacional*. La presidenta, cómo no, María Espinosa de los Monteros, que ha tenido la habilidad de nombrar vicepresidenta a Ana Carvia… y así ha conseguido integrar en la suya a las dos asociaciones de Barcelona y a las otras dos de Valencia.

Mientras María me leía la noticia acabé por llorar, no sé si de desilusión o de impotencia:

> *Enteradas la* Liga Española para el Progreso de la Mujer*; la* Sociedad Concepción Arenal*;* El Progreso Femenino *y* La mujer del Porvenir*, de Valencia y de Barcelona, de la acertadísima actuación feminista de la señora Espinosa en el grupo que acaudilla, delegaron en doña Ana C. Bernal, ilustre directora de la revista* Redención*, para que trajera a la Asamblea la voz de cuantas nutren sus Sociedades a favor de la Señora Espinosa para que se encargase de dicha presidencia*.

Y seguía en el mismo estilo farragoso e insufrible:

> *Como esta señora se resistiese a la aceptación de ese cargo, la Asamblea en pleno, formada por las Juntas directivas de las Asociaciones feministas mencionadas, más la de la* Asociación Nacional de Mujeres Españolas*, obligó a la señora Espinosa, con su actitud elevada, sincera y enérgica a que figurara a la cabeza del* Consejo*, ofreciendo este rasgo feminista español una pequeña analogía con aquel hecho histórico de Wamba y la Nobleza, en el que vibraba el reconocimiento de la capacidad para el digno desempeño de un cargo de tanta altura como de serias responsabilidades*.

He tenido que tragarme las lágrimas, de puro arrebato orgulloso. ¡La *Liga* de Valencia asociada a la *ANME* de María Espinosa en un *Consejo*

Supremo que es una burla de mi *Consejo Nacional*! Sólo el nombre ya es absurdo. En todos los países de Europa hay *Consejos Nacionales*, que se relacionan con la *Alianza Internacional*, con el *Council*, con la *Liga por la Paz y la Libertad* de La Haya… En España no. En España está el *Consejo Nacional*, y más arriba, aún más arriba para estar a la altura de María Espinosa, el *Consejo Supremo*. ¡Qué país ingobernable!

María Lejárraga estaba muy preocupada:

–¿Qué estamos haciendo mal? Ahora no nos debería pasar esto. ¡Ahora no podemos estar tan divididas!

Sí. Estamos divididas… cada vez más divididas. Pero, yo aún no veo dónde me he podido equivocar… Quizás no sea la pregunta apropiada qué estamos haciendo mal, sino por qué están *ellas* tan interesadas en que todo me salga mal. No comprendo esta lucha absurda contra todas mis iniciativas.

–¡Wamba y la nobleza! –recordé, de pronto– ¿Y quién demonios era ese Wamba?

María, maestra de profesión y educadora de vocación, me recitó como otras veces hiciera en su escuela:

–Wamba fue uno de los últimos reyes visigodos, en el siglo VII... Al principio no quiso aceptar su nombramiento, por su avanzada edad… y luego pasó todo su reinado sofocando luchas internas: que si la nobleza contra la monarquía, que si los nobles entre sí, los católicos contra los arrianos, los hispanorromanos contra los visigodos… Y aún tuvo tiempo de sofocar la rebelión de los vascones y la invasión de los norafricanos…

–María Espinosa… ¡la Wamba del feminismo español! –rabiaba yo sin poderlo evitar– ¡Lo que mejor le cuadra es lo de la avanzada edad!

María callaba y simulaba no darse cuenta del interés que representaba la alusión a la sangre goda para las españolistas acérrimas, así que se enrocó en una firme postura de voluntarismo heroico.

–No hay que desesperar, Lilly Rose, jamás tiraremos la toalla… ¡y menos ahora, que viene la representante de la *Alianza* para preparar el Congreso!

–¿Qué dices ahora de toallas? –le dije como venganza por suponer que no entiendo.

–Digo que habrá que seguir adelante. ¡Habrá que seguir!

Por fin, preferí callar a seguir discutiendo y le dije:

–De acuerdo, María, de acuerdo –y apenas podía responder mientras tragaba la rabia y la pena–. Habrá que seguir.

María, incapaz de darse por vencida, me cogía la mano con determinación y me miraba con ahínco a los ojos, mientras yo deseaba que ella no pudiera leer en los míos que ya sé por qué no me quieren...

–Las llamaremos de nuevo. Y vendrán, ya lo verás. En abril estaremos todas juntas en Madrid. No pueden perderse el espectáculo de ver en su casa a las norteamericanas, a las europeas, a las feministas que se encadenaron a las farolas en Londres… Es demasiado importante para no tenerlo. Sí, Lilly Rose. Ese triunfo lo tienes ya casi en la palma de tu mano. Sólo te queda trabajar y esperar –al final, sonreía con los ojos velados–. Cuando llegue el momento de alcanzar la victoria… sólo tendrás que cerrar suavemente la mano…

21 de diciembre de 1919

El día de ayer fue una jornada memorable en múltiples aspectos… Creo que la llegada de Chrystal MacMillan a Madrid no la vamos a olvidar ninguna de nosotras.

La Junta Directiva de la *UME* en pleno fuimos a recibir a nuestra visitante a la estación de Atocha, aunque la llegada iba a producirse a altas horas de la noche. Allí estábamos temblando de frío y de emoción María Lejárraga, *Celsia Regis*, Graciela de Parente, y todas las demás. Un viento gélido azotaba los andenes semivacíos y nosotras paseábamos arriba y abajo para conjurar los escalofríos y la impaciencia nerviosa que nos atenazaba. Ninguna conocíamos a miss MacMillan más que de oídas y pensábamos dedicarle la bienvenida más calurosa que hubiera recibido en su vida. Los

carámbanos helados de la estación del tren se iban a derretir con nuestro cariñoso recibimiento.

La organización ferroviaria no nos concedió la cortesía de la puntualidad y la hora de llegada de la máquina se retrasaba inclemente. Cuando estábamos ya un poco aburridas vino Carmen de Burgos, un poco tarde, pero un poco pronto, porque el tren aún no había llegado. Venía fastuosa, con un abrigo inmenso forrado de pieles y un sombrero gigantesco de ala ancha que la hacía todavía más robusta y poderosa.

–Queridas, no podéis imaginar la sorpresa que traigo para la MacMillan. Se le ha ocurrido a Ramón.

–¿A Ramón? –terció María Lejárraga–. Entonces seguro que es algo original y novedoso. ¡Bien por las vanguardias españolas!

Cuando oí la palabra *Ramón*, la verdad es que sentí un escalofrío por la espalda (un escalofrío que todavía superaba al frío reinante). No es que no estime las cualidades del joven amante de *Colombine* (y permítaseme la palabra de *amante*, porque aunque también sea su amigo la diferencia de edad y condiciones lo convierte en un compañero muy peculiar), pero su visión siempre me ha traído el susto de lo inesperado.

Efectivamente, al poco rato llegó Ramón, con su pelo gracioso ondulado y sus maneras desenvueltas. Llevaba una estrafalaria corbata de cuadros que se le quería escapar del gabán desabrochado y, después de besar a *Colombine*, nos avisó con gestos ampulosos:

–Señores y señoras feministas, la causa que ustedes defienden debe proclamarse ante el mundo entero de la forma más estentórea posible. Las mujeres deben hacerse oír en todos los ámbitos. ¡Que todo el mundo se entere! ¡Que despierte Madrid en su integridad para la causa feminista!

Y, casualmente, como si la máquina ruidosa del tren hubiera obedecido a la llamada de Ramón Gómez de la Serna, así como por arte de magia, apareció a lo lejos la manchita de la locomotora con su ruido chirriante. Pero Ramón no estaba señalando a la lejanía de la locomotora, Ramón señalaba la puerta de la estación, por donde entraron de repente dos amigos suyos vestidos de payaso, con la nariz roja, los zapatos enormes y los pantalones de

cuadros. Uno llevaba un bombo gigantesco al que propinaba unos golpes monstruosos y retumbantes y el otro martirizaba unos platillos que hacían un ruido insufrible.

–Señores y señoras feministas, aplaudamos la llegada del feminismo internacional –gritaba el insensato.

Todas nos quedamos estupefactas. María tenía la sonrisa helada en el rostro y yo no podía articular palabra. Solamente Carmen asistía con alborozo a recibimiento tan *espectacular*. Mientras tanto, el tren había llegado a su destino, había parado convenientemente y había abierto sus puertas. Los payasos colaboradores del feminismo hispano se acercaron con toda emoción a la primera escalerilla y aumentaron, si es que eso era posible, la barahúnda de la recepción oficial, mientras Ramón les ayudaba haciendo sonar unos pitos horrísonos.

Yo me sentía mareada y confusa, pero hice de tripas corazón y me procuré un sitio en medio de la comitiva. Al poco apareció en la puerta una señora de unos sesenta años, de aspecto severo y adusto, vestida con un traje gris, que a mí me pareció con hechuras de caballero. Llevaba el pelo recogido en un moño un poco deshilachado y cuando ensayó una sonrisa azorada le aparecieron unos dientes como de conejo. Detrás de ella se asomaba cauteloso un caballero de blancos cabellos, que aparentaba su misma edad, con un gran bigote y un bastón en la mano. Nada más poner los pies en el suelo, me abalancé sobre ella (esa fue la descripción que María repetía cuando ya todo había pasado), la besé con ardor en ambas mejillas y, por encima del ruido del bombo y los platillos, le grité:

–Wellcome, miss MacMillan. ¿Have you had a nice trip?

La señora me miró con asombro y puso cara de no entender nada. ¡Era imposible hacerse oír con semejante ruido! Por eso yo le repetí con todas mis fuerzas el saludo, hasta que ella respondió con acento cazurro:

–¿Que si vengo de Alcañiz? ¡Ignacio!, mira a ver si entiendes tú a esta señora, que no sé quién es.

Afortunadamente los payasos apenas se dieron cuenta del patinazo, o quizás estaban un poco más alumbrados de lo que las convenciones exigen, y

no dijeron nada. Se limitaron a seguir con el estruendo insufrible. Yo estaba desolada, hasta que casi comencé a preocuparme: "Pero, ¿dónde está miss MacMillan?". Miramos a izquierda y derecha. Allí, al final, bajando del último vagón, quedaba una señora de pelo rizado que comenzó a caminar por el andén arrastrando una pequeña maleta. Tenía la cara redonda y carnosa, los ojos profundos y risueños; en fin… un aspecto que de ninguna manera parecía corresponder a la combativa activista británica que esperaba recibir mi comitiva madrileña.

Intentando ganar el tiempo perdido, la comisión en pleno salimos disparadas hacia la otra víctima de la recepción feminista, procurando avanzar más deprisa que el espectáculo circense.

Chrystal MacMillan parece más joven que yo, y… (¡nunca lo hubiera podido imaginar!) tiene cierto aspecto latino. Parecía un poco desorientada al ver que caía sobre ella aquella comitiva grotesca, pero cuando nos presentamos, nos besó a todas con cariño y hasta se dejó abrazar por Ramón y por sus payasos, a los que despachamos en cuanto pudimos. Después de las presentaciones apresuradas, me apropié de su brazo y la llevé al coche que nos esperaba en la calle. Ella agradeció efusivamente mi limusina porque dijo que el viaje había sido terrible: no sólo por largo y aburrido desde que saliera de Londres, sino porque en el tren que la traía desde Irún había pasado bastante frío. La pobrecilla no se quejaba del sueño ni de las horas pasadas con el estómago semivacío, pero tenía verdaderas ganas de descansar. Cuando llegamos a casa, la instalé en el cuarto de los invitados y conminé a toda la servidumbre a que nadie la molestase absolutamente bajo ningún concepto.

22 de diciembre de 1919

Hoy lunes se ha celebrado, por fin, la primera reunión preparatoria del octavo Congreso de la *Alianza* y, a pesar de este triunfo, no me siento contenta.

Hemos acudido las amigas de siempre, pero esta vez estábamos rodeadas de muchas otras mujeres eminentes, interesadas en formar parte del comité que va a realizar los trabajos de organización. Las convocantes procedíamos de la plana mayor de la *UME*: la Condesa de San Rafael, Matilde García del Real, Concepción Aleixandre, Carmen de Burgos, María de Maeztu, Amparo Cebrián de Zulueta, *Celsia Regis*, María Lejárraga y yo, pero han asistido muchas mujeres más. La Cátedra Pequeña del Ateneo estaba de bote en bote.

Primero hemos presentado a Chrystal MacMillan, que se ha portado soberanamente. Ha conseguido explicar en su castellano esforzado, pero entrañable, qué es la *Alianza Internacional para el Sufragio Femenino* y para qué sirve; ha enumerado los trabajos que ésta lleva realizados en sus dieciséis años de existencia, los que de ahora en adelante se propone afrontar y los inmensos resultados obtenidos; pero, sobre todo, ha dejado bien clara la importancia y el significado del próximo Congreso que celebraremos en el mes de mayo en Madrid y, por último, ha pergeñado el plan necesario para llevarlo a cabo.

María Lejárraga, al ver que las mujeres se asustaban un poco por el trabajo ingente que se nos viene encima, ha querido desdramatizar un poco y ha propuesto hacer lo que está en nuestra mano: reunir todo nuestro esfuerzo de buenas sufragistas y de buenas amas de casa para ofrecer digna y cordial hospitalidad a las hermanas del extranjero. Alguna mujer se sonrió con ironía, pero otras casi se regodeaban pensando en los pasteles que les iban a preparar a las visitas.

Todo iba sobre ruedas, pero en este país medieval siempre aparece algún obstáculo que entorpece el mecanismo mejor engrasado: desde la última fila ha levantado la mano María Espinosa de los Monteros (yo no la había visto) y ha preguntado con un pelín de impertinencia:

–Y… ¿sólo tenemos que hacer de amas de casa? ¿No podemos participar de otra manera? ¿Podremos, por ejemplo, votar en este Congreso? –y añadió silabeando lentamente– ¿Cuál va a ser el idioma oficial?

La respuesta de Chrystal MacMillan ha sido clara y sencilla: en primer lugar, en esta reunión las españolas aún no tenemos derecho al voto porque aún no estamos integradas en la *Alianza* y, precisamente, la afiliación se ratifica en el desarrollo del propio Congreso. En segundo lugar, los idiomas oficiales, hasta el día de hoy y por razones de eficacia, son el inglés, el francés y el alemán.

Todo parecía muy razonable, pero yo he oído murmullos al fondo de la sala y luego me han dicho que alguna loca comentaba que, si en el Congreso de Madrid no se hablaba español y eso se consentía en España, "mereceríamos que resucitara Cervantes y nos pidiera cuenta de este ultraje".

María Lejárraga, que tiene el oído muy afinado y ha visto que estaban surgiendo problemas, ha solicitado a miss MacMillan que comunicase a la *Alianza* la petición de que se incluyese también al español como idioma oficial, para poder utilizarlo en todas las deliberaciones. ¡Quizás María ha querido así compensar que muchas de sus compatriotas efectivamente no conocen ninguno de los otros tres idiomas! Chrystal ha prometido intentarlo, aunque yo sé que en puridad eso sólo puede ser concedido por mayoría durante la celebración del propio Congreso, al igual que la afiliación efectiva, que yo tengo solicitada desde el verano.

Alejado, de momento, el escollo del idioma y en silencio la Wamba española, digo María Espinosa, hemos elegido al Comité Español, con María Lejárraga en el cargo más complejo, el de secretaria, y con Pilar Moltó de Arniches como tesorera. Chrystal MacMillan nos ha sugerido formar cuatro subcomités, con distintos cometidos: uno de propaganda, que celebrará los *meetings* y preparará una atmósfera sufragista; otro de prensa, para procurar la traducción y publicación de los trabajos, para preparar la biografía de las sufragistas más notables y tomar contactos con las agencias de publicidad (aquí vendrán bien nuestras amigas periodistas); otro que ha de buscar alojamiento para las congresistas, rebajas en los ferrocarriles, casas particulares para las menos adineradas… y, por fin, el subcomité financiero para promover suscripciones, subvenciones y otros posibles ingresos para pagar los gastos de la organización. Queda muy poco tiempo y el trabajo

pendiente es tremendo, pero ¡estamos todas tan ilusionadas! Confieso que la reunión, para esas alturas, me estaba resultando ya como un carrusel un poco delirante, pero me parece un sueño poder celebrar en Madrid, en mi nueva patria, una reunión internacional tan importante.

Para mover a las asistentes a colaborar yo me he apuntado en la Comisión de Recepción, y Matilde García del Real, que es Inspectora General de las Escuelas de Madrid, en la de Propaganda. A continuación un aluvión de manos ha servido a sus propietarias para apuntarlas "a lo que haga falta" y allí hemos tomado los nombres de Pilar de Arniches; la doctora Aleixandre; María de Maeztu; Mercedes Sardá, de la Escuela Superior del Magisterio; Pilar Oñate; *Celsia Regis*; Graciela V. de Parente; María Priego; Clementina Albéniz; Elvira Cuéllar; Mercedes Casal; Encarnación Mateo; Elvira Cendrero; Esperanza Maquíbar; Concepción Ruiz de Miguel, Marquesa de Rivas; María de Bordas, señora de Tejero; Magdalena Fuentes; Concha Espina; Blanca de los Ríos; María Mexía, Condesa de San Rafael; señora Lanzarote de Riaño; señora de Zulueta; señora de Besteiro y, por último, María Hernández, presidenta del *Grupo Femenino de la Casa del Pueblo.*

24 de diciembre de 1919

Chrystal, cuando se marchaba, parecía encantada. Le ha gustado casi todo lo que ha conocido en Madrid. Bueno, quiero decir casi todo lo poco que hemos podido enseñarle. Después de pasar sólo dos noches aquí, le quedan muchas horas de viaje hasta Londres, pero ha hecho este esfuerzo para potenciar la fuerza del feminismo en "estas tierras meridionales", como ella misma decía. "Si el feminismo triunfa en España y se consolida a la vez en Hispanoamérica, va a adquirir una fuerza inusitada", repetía, y se le encendían los ojos imaginando a las mujeres de América Central y del Sur liberándose de sus cadenas.

Yo no le he querido enseñar el periódico de hoy, que Ramón me ha mostrado, a escondidas, esta mañana. El título de la noticia nefasta ha sido como una puñalada: *El idioma español y el Consejo sufragista*, y la firma, nada

menos que de María Espinosa, como presidenta del *Consejo Supremo Feminista de España*:

> *El* Consejo Supremo Feminista*, integrado por la* Asociación Nacional de Mujeres Españolas*,* La Liga Española para el Progreso de la Mujer*,* La Sociedad Concepción Arenal*,* La Mujer del Porvenir *y* La Progresiva Femenina*, de Madrid, Valencia y Barcelona, respectivamente, hacen saber a sus asociados y federadas que no sólo no toma parte ni se adhiere al proyectado Congreso Internacional sufragista que se intenta celebrar en España, sino que protestará de que se lleve a efecto en nuestro país sin admitirse el español como uno de los idiomas oficiales del mismo, y se conceda a las españolas voz y voto en sus deliberaciones.*
>
> *Y como no es posible concebir sin la más enérgica protesta el hecho de que se piense en España para celebrar un Congreso sin que entre los idiomas convenidos figure el nuestro, se hace saber la resolución del Consejo para que toda feminista española que estime el honor patrio, sepa a qué atenerse sobre este particular*.

¡El maldito *Consejo Supremo*, que es copia envidiosa de mi *Consejo Nacional*, protesta porque el español no sea idioma oficial en el Congreso!

El idioma español… ¿Cómo pretenden que se hable en español si aún no somos parte de la *Alianza*? Ya me acuerdo de los estatutos ridículos de la *ANME*. El primero, que decía que las asociadas se han de oponer a cualquier acto que atente contra la integridad del territorio nacional, y el segundo, que animaba a las madres españolas a inculcar a los niños el amor a la madre patria "única e indivisible".

¿Cuál es mi patria? ¿Cuál es mi lengua? ¿Dónde está el París de mi infancia? ¿Dónde están los jardines de Londres, mi casa en Eaton Square o los palacios de Wentworth? A veces me pregunto qué hago aquí, qué hago siguiendo a Ramón por el mundo, qué hago en este país tan extraño. Ya no sé si suspiro en inglés, en francés o en chino. Quizás en cualquier cosa… excepto

en este idioma español “tan exclusivo”. ¿Cuál es mi patria y cuál es mi lengua? Mi hijo Ramón, militar como su abuelo, ya ha derramado por esta España su sangre en la Guerra del Rif… que es sangre que me duele más que mi sangre… Ya ha derramado su sangre por esta patria, por esa “madre patria única e indivisible”, que a lo mejor sí es la suya.

La lengua de la patria… No comprendo todo eso, ¡no lo quiero comprender! Mi lengua es… ¡cualquier lengua! Una lengua son palabras que hay que usar para hacer lo que queremos ¡y basta! Las mujeres que hablan inglés, francés o español lloran igual: todas han llorado del mismo modo terrible en la guerra ante sus hijos muertos. Y también lloran igual todos los niños… y todos los hombres.

Mi idioma será cualquier idioma y mi palabra, cualquier palabra. Y mi ciudad, cualquier ciudad, cualquier sol, cualquier Madrid frío y ceniciento como este, en el que un periódico trae la noticia de que María Espinosa no sólo no quiere participar en el Congreso Internacional Feminista que se va a celebrar en Madrid, sino que avisa a todas las feministas españolas “que estimen el honor patrio” de que no deben participar en él porque aún no se ha admitido el español como idioma oficial.

Pero no he tenido valor para enseñárselo a Chrystal. Hoy no he tenido valor.

25 de diciembre de 1919

María Lejárraga tiene una paciencia infinita. Dice que no pueden ser tan obtusas, que lo han de considerar de nuevo, que acabarán entendiéndolo si sabemos tenderles la mano.

Me ha enseñado el aviso que acababa de insertar en *La Tribuna*, en *El Imparcial*, en *El Sol*, en *La Libertad*, en *ABC*… Venía con la cara roja y fría de correr por todas las redacciones de los periódicos de Madrid.

–Ya ves que anuncio una cita para mañana viernes en la Cátedra Pequeña del Ateneo: la segunda reunión del Comité español que va a

organizar el Congreso de la *Alianza*. ¿A que es bonito el nombre? ¡Comité español! Esto tiene que gustarles.

–Sí, María. Y también apuntas que MacMillan pedirá a la oficina central de la *Alianza* que incluya el español, pero tú sabes que esa petición no puede ser atendida.

Y María guiñaba los ojos:

–¡Bueno! ¡Tampoco es tan importante! Una vez organizada la gran reunión, son tantos los beneficios que nos va a traer a las españolas, que lo mismo nos dará que sean beneficios en inglés o en francés… ¡Así, hasta nos obligamos a aprender!

Cuando la miro, pequeña, graciosa, viva y alegre, y me la imagino levantándose al punto de la mañana para hacer la compra, preparar la comida de Gregorio, corregir las cuartillas de la última obra, repasar las otras cuartillas de las mil traducciones que siempre se lleva entre manos… pienso que es una mujer especial y me siento demasiado elegante a su lado.

–Mira, Lilly Rose, mira cómo las llamo sin que se den cuenta –y leía conteniendo la risa–: *Por la falta de tiempo en la primera reunión, y para evitar omisiones que, aunque involuntarias, pudieran parecer descorteses, no se hacen invitaciones personales; pero se ruega encarecidamente que asistan a la reunión no sólo a las señoras que han concurrido a la primera, sino a todas las mujeres de inteligencia y buena voluntad a quienes interese la cuestión del sufragio femenino*.

–Sí, María. Seguro que María Espinosa se considera una más entre “todas las mujeres de inteligencia”, pero… ¿tú la consideras “de buena voluntad”?

María se escandalizaba realmente y casi se enfadaba conmigo.

–La duda ofende –decía con gesto de reprobación–, ¡la duda ofende!

Yo he visto en mi vida tantas ofensas… Aunque quizás soy injusta. Seguro que María aún ha visto más ofensas que yo… ¡y las ha querido olvidar!

26 de diciembre de 1919

No ha venido ninguna más. Ninguna otra mujer de inteligencia y buena voluntad. Sólo hemos hecho acto de presencia las mujeres que nos ilusionamos el primer día; y tampoco ha venido ningún periodista. Decía María que es mejor dejar la prensa para los actos importantes, y que ya habrá tiempo de celebraciones. Que es mejor tener tranquilidad para poder organizar todos los comités que tenemos pendientes.

La segunda reunión, por lo demás, ha resultado bastante bien. ¡Todas tenemos tantas ganas de trabajar! La salita de la Cátedra Pequeña del Ateneo, según mi querido Ramón, parecía un palomar lleno de pajaritas locas. Yo le he reído la gracia para que no se enfade. ¡Ya le gustaría a él que sus funcionarios de las embajadas pusiesen tanto entusiasmo como nosotras! ¡Y además en un trabajo gratuito! Los hombres no saben lo importante que es para una mujer sentirse útil, sentirse… algo así tan banal como un pequeño grano de arena en la gran maquinaria que mueve el mundo hacia adelante. Pajarillos caídos del nido, o pajaritas locas… ¿cuándo seremos solamente seres humanos?

1 de enero de 1920

Creo que tendríamos que suprimir definitivamente las fiestas de Nochevieja. O por lo menos el champán de la celebración.

Ramón llevaba todo el mes empeñado en celebrar el último día del año por todo lo alto: dice que no quiere acordarse de que se está haciendo viejo y que para eso tiene que vivir como un jovencito. Así que, en menos de cuatro horas, anoche recorrimos los locales de *couplets* más importantes de Madrid: comenzamos por una visita al *Salón Actualidades* en la calle de Alcalá, y después, casi esquina con la Puerta del Sol, el *Salón Japonés*. Ya no recuerdo cómo fuimos siguiendo arriba y abajo la calle Alcalá, luego la calle Sevilla, de nuevo Alcalá y, antes de confluir con la calle Cedaceros, el *Trianon Palace*, con una fiesta extraordinaria. Para acabar, de nuevo en Cedaceros, el *Salón Madrid*, que ahora se llama *Kursaal*.

Y, además, hicimos todo el periplo vestidos con el traje de la fiesta de disfraces del *Trianon*. Yo iba más o menos *discretita* vestida de mujer cazadora, con una camisa blanca abrochada hasta el cuello y una casaca marrón oscuro con cuello negro y grandes solapas (los filos negros de las mangas resultaban tremendamente elegantes). Lo único realmente llamativo de mi traje era… ¡el perro de caza y la escopeta! Bueno, el perro era un muñeco de trapo y casi toda la noche lo he llevado sobre los hombros como si fuera un cordero, y la escopeta tampoco era real. Sin embargo, Ramón estaba verdaderamente espectacular. Decía que iba a dejar vivir a su otro yo escondido tanto tiempo debajo de su oficio de diplomático, el otro yo de brujo alquimista. No sé dónde se habría agenciado esa peluca con semejante melena pelirroja, los largos bigotes y la barba. ¡Las gafitas pequeñas y redondas le hacían tan gracioso! Pero el invento del siglo era la gran casaca roja hasta debajo de las rodillas, que a ratos se le enredaba entre las piernas. Su amigo Pérez de Miguel, el boticario, fue el que le prestó la probeta y la gran redoma.

La fiesta del *Trianon* fue magnífica. Más champán, más champán… y baile, mucho baile. Allí nos encontramos a Graciela, que estaba horrorosa. Iba vestida más o menos de gitana, con una blusa roja con topos blancos y mangas abombadas, malamente remangadas por encima de los codos. Los faldones de la camisa los llevaba recogidos en un nudo sobre el estómago, y dejaba ver unas partes de la cintura que a su edad ya no se deben enseñar. La falda blanca, con volantes en cascada y dos filas de flecos en la parte de abajo. La melena larga y morena no conseguía taparle el cuello ni la garganta tan poco elegante; en la mano, un caldero de cobre. Yo le dije a Ramón que la sacase a bailar y creo que lo hizo con bastante esfuerzo, porque dice que no le gusta esa mujer, que la encuentra rara. A cambio, su marido, Víctor Parente, que me andaba rondando desde hacía un buen rato, me llevó a mí a bailar unos boleros que me dejaron bastante mareada. Iba vestido de almirante, con un traje azul marino y charreteras doradas. La gorra de plato azul y blanca se le escurría cada poco rato hacia atrás y dejaba ver el pelo del flequillo sudado. En una de las vueltas que dimos, supongo que por resultar gracioso, hizo como

que me miraba al pecho con los prismáticos que llevaba prendidos por una cadena dorada.

Otro encuentro, esta vez inoportuno, ha sido el de Fermín, que también estaba en la fiesta del *Trianon* y creo que con unas amistades muy desafortunadas. Llevaba colgada de su cuello una chica terriblemente mal maquillada y vestida de *cocotte* (aunque creo que en esta ocasión el vestido sí hacía al monje), a la que sujetaba con un exceso de lascivia. Cuando me ha visto, le ha dado un empujón a la malaventurada y ha venido hacia mí con unos modos bastante descorteses:

–¿Dónde está Beatriz? Usted sabe más de lo que aparenta, pero no me lo quiere decir –y a mí me parecía que me gritaba más de lo que la música exigía–. La hago a usted responsable de lo que pueda pasar si sigue callando.

Los pasos vacilantes y la voz pastosa y entrecortada mostraban que había bebido más de la cuenta y yo estaba cada vez más incómoda, así que cuando dos amigos de bastante mala catadura vinieron a arrancarlo de mi lado, me pareció que se me abría el cielo. Lo arrastraron literalmente hacia el lugar donde le esperaba la odalisca, pero el desdichado aún tuvo valor de señalarme con un dedo amenazante:

–No tiene derecho. No crea que puede usted dejarme así. ¡No tiene derecho!

Y después fue de nuevo bailar con Ramón y beber más champán. Al final de la noche, Víctor Parente, en una nueva broma impertinente, se me acercó (demasiado, demasiado cerca) y me dijo con voz aguardentosa, mirando al muñeco de trapo que en esos momentos llevaba abrazado: “¡Quién fuera perro!”. A pesar de estar ya bastante borracha, me dio mucho asco. ¡Quién fuera perro! ¡Menuda impertinencia! Además… me siento ya demasiado mayor para aventuras galantes. No sé si Graciela conocerá esas inclinaciones tan impropias de su marido, pero a mí me parecen realmente desagradables. El pelmazo se pasó casi toda la velada mirándome. En mala hora mandé a Ramón que bailase con su mujer.

3 de enero de 1920

María ha venido hoy a verme. Como siempre, lee todos los periódicos, compra todas las revistas y hojea todos los libros. Hoy traía un número de un periódico católico español, *El Debate*, con una fecha del pasado mes de diciembre, y me ha leído unos parrafitos de un comunicado enviado por la *Liga de Señoras para la Acción Católica* en Cataluña "a las señoras católicas". Trataba sobre feminismo y era un llamamiento para que las mujeres catalanas se uniesen… ¿para luchar por el feminismo? ¡No señor! ¡Para luchar contra nosotras! María se reía bastante cuando leía declamando: *¡Mujeres de Cataluña, os llamamos! ¡Observad cómo al lado del feminismo sano, del feminismo santo, quiere arraigar en nuestra Cataluña el feminismo rojo, el feminismo neutro que puede aumentar, duplicar las fuerzas de los enemigos de la sociedad cristiana!*

Yo conozco en Londres la *Sociedad Sufragista de Mujeres Católicas*, pero ellas trabajan codo con codo con los otros grupos feministas: todas ellas luchan juntas por el sufragismo y participan en la *Alianza Internacional*. Sin embargo, en España parece que las católicas más reaccionarias llevan otro camino. María dice que, de acuerdo con las derechas, están intentando manipular el feminismo desde posturas conservadoras y que ven su triunfo en la destrucción de las ideologías que están a su izquierda.

¿Desde cuándo el feminismo es de izquierdas, de derechas o católico? El feminismo consiste en la dignificación de la mujer y en devolverle los derechos de los que carece. Ningún partido político ni ninguna tendencia religiosa ha de decirnos lo que tenemos que hacer.

Cuando pretendimos extender la *Unión de Mujeres de España* al resto del país no imaginamos que nuestro feminismo iba a merecer ningún calificativo especial, aunque pensábamos que había que desvincular al feminismo de la religión o de cualquier otra ideología política o religiosa. Y lo de "feminismo neutro" no está mal, pero "feminismo rojo" suena realmente exagerado.

4 de enero de 1920

Para comenzar con los actos de propaganda del congreso de la *Alianza* en Madrid no se le ha ocurrido a María otra cosa que iniciarlos con una conferencia en la *Casa del Pueblo*, por encargo de la *Agrupación Femenina Socialista*. Creo que ahora va a ser imposible quitarnos el calificativo de feminismo *rojo*. La verdad es que, como siempre, María ha estado muy bien. Cuando habla y dice las cosas con tanto ardor, pero tan sencillamente, parece que para conseguir lo imposible sólo hace falta seguir ese camino tan llano que ella indica con dulzura. Hay que fundar una asociación nacional para ingresar en la *Alianza*, decía, y en esta asociación pueden integrarse las mujeres de todas las ideas políticas y religiosas. Así de fácil. Y cuando vengan las visitantes para ayudarnos, sólo tendremos que acogerlas como buenas amas de casa.

Cuando ha terminado, la han aplaudido a rabiar. Le han entregado un enorme ramo de flores (las flores le encantan) y ella asomaba la cabeza sonriendo detrás de las rosas y los lazos del ramo.

Al oírla he creído que aún es posible que todas nos unamos en la labor común.

5 de enero de 1920

Graciela estaba muy seria: “Como secretaria general del *Consejo Nacional* necesito saber una cosa”. Yo, que nunca he hablado como presidenta del *Consejo Nacional*, no comprendo esas ínfulas. Pero, antes de decir lo que quería, se ha empeñado en organizar un lío entre el *Consejo* y la *Unión de Mujeres*. Yo soy presidenta del *Consejo* y presidenta de la *UME*, aunque para mí casi son la misma cosa. Para ella, sin embargo, no lo son; así que ha venido a aclarar algo que le preocupa: cuando María habla de crear una asociación para ingresar en la *Alianza*, ¿de qué asociación está hablando: del *Consejo Nacional* o de la *UME*?

Como secretaria general del *Consejo*, Graciela exige (¡exige!) que sea el propio *Consejo* el llamado a relacionarse con la *Alianza*, ya que para ello fue creado. Yo a todo le he dicho que sí: apenas había pensado quién va a entrar en la *Alianza*; supongo que quienes han de entrar son precisamente las españolas. Y después de arrancarme esa promesa (¿puedo yo prometer algo?), ha hecho ademán de marcharse, al parecer más calmada.

Más tarde, desde la puerta, ha venido lo peor. Ha vuelto hacia mí, de nuevo, y muy despacio ha inquirido lo que en realidad quería saber desde el principio, aunque no era una pregunta, era casi un insulto.

–Si la asociación llamada a relacionarse con la *Alianza* es el *Consejo*, ¿por qué pediste el ingreso a nombre de la *UME*? ¿Querías ser la primera o la única en recoger los elogios?

Luego ha hecho ademán de salir y yo, que ya no podía ni hablar, no he conseguido decirle nada. Me he quedado sin palabras. ¿Por qué fue la *UME*? En ese momento ni yo misma entendía por qué. María, cuando se lo he contado, estaba más seria que enfadada:

–¡Qué tontería! Cuando solicitamos el ingreso en la *Alianza*, el *Consejo* aún no existía… No existía el *Consejo Nacional*, ni el *Consejo Supremo*… Acabábamos de volver de Valencia y sólo sabíamos que España tenía que hermanarse con las mujeres que ya están liberadas.

Para María, que es escritora, las palabras tienen un valor relativo. Dice "hay que crear una asociación nacional" y todo es sencillo: una asociación es una reunión de amigas, una reunión de hermanas que se ayudan entre sí. Pero para otra mucha gente las palabras son títulos que empiezan por mayúscula, y una asociación nacional no es sólo un nombre necesario para empezar a trabajar, sino que es una insignia que se quieren prender en el pecho, una insignia brillante que sirva sobre todo para adornar a quien la lleva.

7 de enero de 1920

A las cinco de la tarde hemos celebrado la tercera reunión del Comité organizador, en la Sala Pequeña del Ateneo. Han venido mujeres de todas las

clases sociales, pero entre todas ellas yo he agradecido la presencia de *Colombine*, gran amiga y mujer admirable. Me ha enseñado el artículo que va a mandar al *Heraldo de Madrid*, comentando la preparación del Congreso: en él me felicita por "la iniciativa de tan hermosa idea" y acaba diciendo que espera a las congresistas "como a las libertadoras". Carmen de Burgos es una mujer inteligente y generosa, que brilla por sí misma sin necesidad de otros adornos.

11 de enero de 1920

Hoy ha sido un domingo maravilloso. A las once de la mañana el salón del Conservatorio estaba a rebosar. En el estrado, el Comité español del Congreso de la *Alianza* (¡qué bien suena!) ha celebrado el primer acto de propaganda. Pero no sólo estábamos las mujeres, también hemos invitado al doctor César Juarros y al ex ministro José Francos Rodríguez (iba a venir el ministro de Instrucción Pública, pero como ha recibido graves críticas de las derechas, en el último momento, ha excusado su presencia).

Como presidenta de la *Unión de Mujeres de España* yo he sido la primera en hablar y he aprovechado para deshacer todos los malentendidos. He explicado las intenciones de la *UME* al idear la celebración del Congreso en España: sólo hemos pretendido relacionar nuestro movimiento nacional con el de los demás países civilizados e intentar armonizar las aspiraciones de todas las asociaciones y grupos femeninos de España. Por eso hemos creado el *Consejo Nacional de Mujeres*, para que se federasen todas las entidades que se proponen la emancipación de la mujer, con independencia de programas e ideas. A esta invitación, he insistido, respondió la *Alianza Internacional* y por ello envió a Madrid a su secretaria general, miss Chrystal MacMillan, para colaborar con las españolas. Lo he dicho bien claro: queremos que todas las mujeres, por sentimiento de dignidad y por amor a sus hijos, cooperen con nosotras para el mayor éxito de un Congreso cuyo principal objetivo es, precisamente, pedir el voto electoral.

Después ha hablado el doctor Juarros sobre el tema que más le importa y que comparte con los deseos de muchas mujeres: la mejora de la salud

pública y la prevención de las enfermedades; a continuación, María de Maeztu se ha centrado en los derechos de la mujer y su participación electoral; Mercedes Sardá y María Lejárraga han hablado, cómo no, de la dignificación de la mujer y, por fin, José Francos Rodríguez, después de elogiar a las que habíamos ya intervenido, ha aclarado un asunto que a mí ya me parece cómico, aunque los españoles no lo acaban de entender: que no hay incompatibilidad entre la maternidad y la intervención de las mujeres en la vida social y política.

Ha sido todo un éxito y hoy me siento flotar en el mar del optimismo. Adoro a Ramón por haberme traído a España. Adoro mi *Unión de Mujeres* y creo que, por fin, mis esfuerzos van a tener un gran éxito.

12 de enero de 1920

Ha venido María a buscarme a casa, con la Condesa de San Rafael y su hija Carolina, y de inmediato nos hemos trasladado a la sede de la *UME*. En el portón de la calle una pintada con tiza nos ha puesto los pelos de punta: "Ni son todas las que están, ni están todas las que son". La letra temblorosa parecía de un niño, pero nunca se sabe.

Arriba ha sido peor. Al entrar en la sala que da a la calle enseguida hemos visto que estábamos pisando cristales rotos. En el suelo, una piedra, envuelta en papel de periódico, había destrozado el vidrio de la ventana. Yo no quería tocar nada antes de llamar a la policía, pero Carolina ha recogido el papel, lo ha alisado y nos lo ha leído. Era la página 2 de *El Imparcial* de esta misma mañana y traía un texto titulado *Crónicas madrileñas. La Acción Católica de la Mujer. Congreso feminista*, firmado por un tal *Monte-Cristo*. Naturalmente, hablaba del congreso internacional sufragista y decía, con bastante mala idea, que estaba *patrocinado por una dama de nacionalidad extranjera, aunque ostenta, por su matrimonio, dos títulos de Castilla*. Eso ya me ha puesto bastante triste, pero el resto del artículo parecía explicar la pintada de abajo. Decía que, tras la llegada de miss MacMillan, la Condesa de Pardo Bazán, la Condesa de Gavia y María Espinosa habían negado su

concurso al Congreso porque no se va a hablar en castellano. ¡De nuevo, el asunto del honor patrio y de la lengua española! Al final, el artículo concluía diciendo que si estas intelectuales (María Espinosa y la Condesa de Pardo Bazán) no están en el Congreso Internacional, se nos podrían aplicar los versos malditos: “Ni son todas las que están…”. Para remediar el desorden, ponía como ejemplo a la *Acción Católica de la Mujer*, que es feminista, pero siempre *dentro de los moldes castizos de la raza*.

Yo me he sentado en una silla y me he echado a llorar.

María Lejárraga, sin embargo, parece hecha de hierro. Después de reír entre dientes, yo creo que haciendo de tripas corazón, ha dicho:

–Bah, dos pesetas. El cristal y el cristalero sólo cuestan dos pesetas. Me las quitaré del postre si te hace ilusión, pero no me voy a disgustar sólo por dinero. Tampoco nos viene mal la propaganda, aunque sea en contra. Si se han molestado en hacernos pintadas y en romper un cristal será porque les importamos bastante. Quizás, sin querer, hemos molestado ya a quien quiera que sea… a ese lector o lectora de *Monte-Cristo*, que se siente tan *castizo* como para no soportar que se hable en inglés España.

13 de enero de 1920

La vida es absurda y los seres humanos, a veces, somos marionetas ridículas.

Eso, al menos, me ha parecido la señora de Parente. La secretaria general del *Consejo Nacional de Mujeres Españolas*, sin notificármelo, ha enviado un escrito a la prensa anunciando que ¡ella tampoco está de acuerdo en que se celebre en España un Congreso en el que no se hable español!

Yo no le he podido evitarlo y la he ido a buscar a su propia casa. No he estado, realmente, nada diplomática, sino más bien todo lo contrario. ¿Cómo puedo permitir que desde mis propias filas me traicionen?

–Tendrás que dimitir –la he amenazado–. ¡La secretaria general de una asociación con orientación internacionalista no puede obstaculizar un Congreso por la cuestión tangencial del idioma oficial!

Ella me ha dicho que no. Que no y que no. No piensa dimitir… y yo me voy a volver loca. Ni siquiera se ha enfadado con mis malos modos. Simplemente decía que la visita de las extranjeras es prematura, que eso de hacer de amas de casa no la convence… ¡que no nos corre tanta prisa el voto! Y luego, poniendo cara de hipócrita redomada, todavía decía que hay que esperar, que las virtudes femeninas, la dulzura y consolación que aplicamos a las heridas del mundo conseguirán por sí solas el voto…

¡Eso es lo único que precisamos para reinar: nuestra bondad y nuestra dulzura! Yo en esos momentos no me sentía en absoluto buena ni dulce con ella: estaba hecha un basilisco. Y con sus buenas palabras y esa vocecita aguda y algo ceceante aún seguía diciendo que no es necesario que *nadie* (y aquí creo que he percibido como una segunda intención de ironía) venga expresamente a España a pedir el voto para las españolas; que las españolas ya lo conseguirán… con sus propias fuerzas.

Cuando me iba, me ha repetido que ni tenía la intención de disgustarme, ni era una cuestión personal contra mí: simplemente tiene una opinión distinta a la mía, así de sencillo y aséptico. Yo ya estaba bajando las escaleras cuando algo superior a mis fuerzas me ha hecho volver y, sin más explicaciones, en un arrebato de venganza incontenible, le he gritado a la cara:

–¡Quién fuera perro!

Ella, afortunadamente, no ha entendido nada, pero yo he salido de nuevo corriendo escaleras abajo, bastante avergonzada de mí misma.

Ya no siento rabia, apenas lástima. Graciela nunca debió publicar esa opinión discordante… y muchos menos ahora, precisamente en la prensa, ¡y sin avisarme!

14 de enero de 1920

No soy una mujer especialmente religiosa, al estilo de las beatonas que existen en España, pero, en mi interior, siento muy fuerte la necesidad de justificar ante alguien que debe existir en lo alto aquellas acciones personales que me parecen injustas o inadecuadas y que me arrepiento de haber

realizado. Por eso esta mañana me he llegado a la Basílica de San Miguel para exponer ante el padre Damián, que es un varón de juicio agudo y paciencia profunda, mis titubeos acerca de mi conducta.

Pero, ¿en qué parte de los Diez Mandamientos se encontraba proscrito mi acto? Recordaba con disgusto mi insulto velado a Graciela ("¡Quién fuera perro!"), pero no lo podía clasificar dentro de ninguna de las prohibiciones explícitas del Catecismo. Desde luego que no atentaba contra el deber general de sumisión ante Dios, aunque probablemente sí desvirtuaba el deber de misericordia respecto a nuestros semejantes. Antes de entrar en la iglesia he estado mucho rato paseando por las calles anejas, rumiando el modo de explicar mi falta al buen sacerdote. ¿Es que yo debía confesar previamente también la falta de tacto del marido de Graciela respecto a mí? ¿Su osadía justificaba mi venganza con su esposa? Y ya para acabar, la torpeza de Graciela y su traición para conmigo ¿no me daban derecho a alguna forma de desahogo? Pero no, desde el "¡Quien fuera perro!" hasta el error de Graciela ¡había un abismo!, había un ultraje velado impropio de una mujer de mi altura.

Así estaba meditando por ver si me llegaba la ayuda de los santos Justo y Pastor, cuando me decidí por fin a entrar. De alguna manera me había de llegar la inspiración para exponer ante al padre mis escrúpulos morales. Como otras veces, me he dirigido al confesonario de la izquierda, en el que acababa de ver batir la portezuela, para solicitar confesión.

–Ave María Purísima –he dicho siguiendo el ritual, y el padre Damián me ha contestado con voz apagada.

La iglesia permanecía en penumbra y los cirios, el óbolo de las almas impuras, chisporroteaban en los altares ofreciendo sus vaivenes de luz y de sombra. Todo era paz, como solía, aunque dentro del cubículo de madera del confesonario parecía bullir una respiración agitada impropia de la serenidad del buen padre.

–Padre, yo me acuso, padre… –no iba a ser tan fácil como había previsto en la puerta– yo me acuso de unas palabras adustas…

–No, señora mía, no se acuse usted todavía… –respondió una voz ronca y entrecortada que parecía salir de un abismo angustioso– aún no se puede acusar. Primero debe oír…

El padre Damián tenía una mano pequeña y blanda, una mano como de mujer gordezuela, que solía posar en una esquina de la ventanita del confesonario, bajo la cortinilla que velaba los rostros del confesor y los penitentes. Pero esta mañana la mano absolutoria del padre Damián había huido de su refugio habitual, y en su lugar quedaba el vacío, la oscuridad de una sombra. Yo no conseguía sentir el equilibrio espiritual necesario para liberar los escrúpulos de mi alma.

–Padre Damián, yo he venido para que comprenda…

Y mientras buscaba con la mirada la inspiración que se hallaba escondida en alguna parte del templo, apareció como vomitada por la sombra de dentro una mano enorme, una mano tremenda y peluda que se prendió sin conmiseración de la mía. Por qué estaré tan apegada a las cosas mundanas aún no lo sé, pero sobre todo pensé en mi anillo de ágata, que podía pasar de la mía a la garra simiesca, y supuse que me querían robar. El pánico y el desconcierto me impidieron gritar, y el dueño de la mano aprovechó para hacerme callar.

–Señora Marquesa, no grite, no se asuste, no es lo que piensa –y ahora, sin la distorsión del bisbiseo obligado en la iglesia, reconocí la voz desacordada de Fermín.

Yo, que aún permanecía arrodillada a pesar del susto, me levanté de un salto.

–¡Pero esto es inaudito! No hay justificación para un atropello como éste.

–Señora Marquesa, se lo ruego, debo saber dónde está Beatriz. Es un asunto terrible y yo le suplico…

Aquello era demasiado para mí, era un atrevimiento incalificable que no debía consentir, así que me puse definitivamente en pie decidida a acabar con esa escena imposible. ¡Mancillar la santidad del templo por cuestiones banales! ¡Violentar la paz del espíritu por una cuestión de impaciencia carnal!

He salido indignada del recinto. En la puerta, el padre Damián sonreía abstraído saludando a unas viejas beatas sin enterarse de nada. Esto tampoco me ha gustado. El guardián del culto debe vigilar sus dominios y debe preservar los lugares sagrados de acciones incorrectas.

Otro día volveré a confesar. Hoy, como se ve, no he podido.

15 de enero de 1920

Magda Donato es el pseudónimo de Carmen Eva Nelken, la hermana pequeña de Margarita, que ahora escribe para *La Tribuna*. A sus dieciocho años ya es una mujer prometedora y, además, una feminista inteligente. Como María Lejárraga (ahora tendría que decir "María Martínez Sierra", que así es como se hace llamar en el mundo del espectáculo) me pidió que asistiera a la entrevista que le hizo ayer en su casa por ser secretaria del Comité Organizador del Congreso de la *Alianza*, pasamos una velada realmente memorable.

Nos reunimos a las cinco de la tarde alrededor de una cafetera y tres tazas de café. Al principio *Magda* (no comprendo la causa de este pseudónimo tan extraño) nos miraba con cierto recelo, como si la diferencia de edad la situase en una posición un poco embarazosa. Yo creo que por eso, adoptando la pose de una hija rebelde que quiere enmendar la plana de sus predecesoras, le soltó a María la tremenda parrafada del comienzo de su artículo, apuntada en su libreta de notas y que seguro sabía de memoria:

> *Hasta ahora María Martínez Sierra ha sido para todo el mundo "la mujer de Martínez Sierra". Siendo, más que esposa y aún más que asociada, la colaboradora inteligente y activa del escritor y dramaturgo, y sabiéndolo todo el mundo, ¿por qué ha elegido este momento para salir de su retiro, poniéndose al frente del elenco feminista de España?*

Si me hubiera dirigido a mí semejante retahíla no sé si me hubiera parecido buen comienzo, pero María tiene una virtud especial para conectar

con todo el mundo. Lo primero que hizo, con lo cual se distendió la situación, fue reír. ¡Ja, ja , ja! ¿De qué se reía María? Nunca lo sabré. El caso es que *Magda* la imitó: ¡Ja, ja, ja! La una era risa de madre permisiva, la otra era risa de hija traviesa. Violines contra xilófonos.

Yo, por si acaso, serví más café. María le tomó la mano y suspiró.

–Este es un momento culminante para la mujer española y yo he decidido salir de mi retiro. ¡Voy a emprender la lucha militante por mis ideas!

Y ahí se prendieron de luz los ojos de las dos compañeras, porque, de repente, ya no había diferencia de edad ni de vivencias. La lucha militante por las ideas. El ideal. ¡Qué bien suena en los oídos de todas las que hasta hace poco no tenían nada que las sacase de la humillada postergación a que nos someten las leyes!

María, cuando hablaba para las lectoras de *Magda* de la reunión de la *Alianza*, sobre todo insistió en la gran distinción que supone para España que la celebración del octavo Congreso (el primero después de la Gran Guerra y el primero también celebrado en país latino) sea en Madrid. Por eso, decía, debemos sentirnos honradas por el trato recibido y debemos preparar el evento con todas nuestras fuerzas: los lugares de celebración han de ser suficientes y adecuados, por ejemplo, la sala grande del Teatro Real para las sesiones generales y solemnes, y las demás salas del Conservatorio para las sesiones íntimas de los diversos comités. Y para que las envidiosas no sufran mucho, con su humildad habitual, también ha dicho que su papel como secretaria general del Comité Español no es un cargo de honor (como creen algunas, aunque esto no lo dijo), sino de trabajo, de mucho trabajo.

Magda Donato escribía con saña y María seguía hablando de todas las cosas que tanto le importan y que importan ahora tanto a todas las mujeres: la preparación actual de las españolas para votar, las influencias de la Iglesia, la situación de la mujer casada… Pero el momento grandioso de María, en mi opinión, se ha dado cuando hablaba de la guerra, y eso que ella no la ha visto tan de cerca como yo. Aseguraba con voz tranquila y segura, sin ninguna duda: “La mujer tiene que formar parte de la *Liga de las Naciones* porque es el único medio de llegar a suprimir la guerra”. El mundo ya va estando preparado y es

prueba de ello que en la reciente contienda no ha existido la idea nefasta de heroísmo: el odio tuvo que ser fomentado artificialmente entre los civiles y también entre los soldados, a los que se hubo de emborrachar antes de lanzarlos a las cargas de bayoneta. Por eso, cuando la mujer tenga el gobierno del mundo, suprimir la guerra será su primera misión.

Hermosas palabras: suprimir la guerra, suprimir su dolor. Hoy, que ya ha aparecido la entrevista publicada por *La Tribuna*, voy a hacer un homenaje a mi amiga volviendo a copiar sus palabras. Voy a copiar sus palabras textuales en estos diarios para atraer a la tierra la realidad que invocan. Quiero llamar a esas palabras para materializarlas, para que la realidad se acerque a buscarse a sí misma, en ellas:

> *Los hombres no podrán nunca suprimir la guerra, porque ninguno sufre lo bastante por ella, para encontrar en su dolor la energía y la constancia necesarias. Sólo las madres pueden odiar los crímenes de la guerra lo bastante como para destruirla. Y el día en que todas las mujeres del mundo se unan para fomentar el odio y el desprecio contra todo lo que se relaciona con la guerra y para educar a sus hijos en un ideal de paz universal; el día en que en las escuelas se enseñe la historia sin heroísmo, presentando, por ejemplo, el tipo de Napoleón, no como el de un héroe, sino como el de un bandido, ese día la guerra estará muy cerca de desaparecer del mundo para siempre*.

23 de enero de 1920

María Espinosa ha dado una conferencia en la Academia de Jurisprudencia para hacer de nuevo pública su postura ante el feminismo y ante el Congreso de la *Alianza* en Madrid. Insiste en no apoyarlo a causa del idioma oficial, y además cuenta con la colaboración de la *Liga Española para el Progreso de la Mujer* y los pequeños grupos catalanes y valencianos.

La *Acción Católica de la Mujer*, naturalmente, estará encantada de nuestras disensiones. Cuanto más perdamos nosotras, más ganan ellas,

aunque, a la postre, quienes verdaderamente perderán serán todas las mujeres españolas.

25 de enero de 1920

Magda Donato ha venido a verme y me ha traído desde Londres noticias de primera mano. Ahora comprendo muchas cosas, pero, lastimosamente, ya no son fáciles de arreglar. Una amiga le ha escrito contando el viaje que María Espinosa hizo a comienzos de enero a esa ciudad, que no fue sólo un viaje de negocios, por sus obligaciones con la casa *Yost*, como había anunciado oficialmente. El objetivo de este viaje fue informarse y, si era posible, negociar con la *Alianza*.

¿Qué motivos casticísimos, españolísimos, honorabilísimos y sublimes son los que le impiden consentir en la celebración del Congreso en Madrid? ¿Residen en que, efectivamente, no se utilice la lengua de Cervantes? ¿Nacen de la defensa a ultranza del honor patrio mancillado? (¿Qué será el honor? ¿Es sólo una palabra hueca o tiene dentro algo que siempre huele a podrido?).

No, no. Ninguna de estas paparruchas sirve para hacer tanto ruido. La tremenda negativa de María Espinosa lleva el nombre del artículo tres de los estatutos de la *Alianza*, que dice que en los países en que aún no exista el sufragio no se podrá afiliar a la *Alianza* más que una sola asociación, o bien una federación nacional de asociaciones. Y aquí está el gran problema: hoy por hoy es la *UME* (y no la *ANME* de María Espinosa) la primera y única sociedad que ha solicitado la afiliación, ya en el pasado mes de agosto. En cuanto a la segunda parte, la federación nacional de asociaciones que corresponde a la *UME* es “mi” *Consejo Nacional*. María Espinosa no tenía que inventar ningún *Consejo Supremo* porque la afiliación a la *Alianza*, sin duda, debe ser restrictiva para no complicar su organización internacional. Es normal que la comunicación con las sociedades afiliadas sea bilateral.

Ahora comprendo mejor a mis “enemigas feministas” y sus escrúpulos y recelos para la celebración del Congreso. Han quedado fuera de juego. La *Unión de Mujeres de España* ha sido la primera en ponerse en contacto con los

organismos internacionales, la primera en pedir la afiliación… Hemos ido tan rápido que no nos han podido alcanzar…

Pero ahora les toca a ellas apresurarse y venir a nosotras. Por nuestra parte, ya hemos pretendido la unidad: las hemos llamado una y otra vez para formar parte del comité organizador…

Ojalá tenga María razón cuantas veces dice: "Vendrán con nosotras, vendrán. Tienen que reconocer su fatal error". Yo ahora nada puedo ni quiero cambiar. Ellas deben aceptar las cosas según han sucedido. A nosotras sólo nos queda seguir adelante. Estamos en el buen camino.

1 de febrero de 1920

–No debes ser tan intemperante –me advirtió Ramón. Y yo me di la vuelta y salí de la sala con absoluta dignidad. De momento, había olvidado el *intempérant* francés y sólo tenía en la cabeza el *intemperate* inglés: *excessive in consumption of alcohol*. ¿Cómo podía acusarme Ramón de alcohólica? Al darme cuenta, he vuelto a su lado para reparar los errores.

–Quiero decir –me explicaba el paciente varón al poco rato– que quizás deberías tender puentes a tus "enemigas feministas" y acudir tú también a sus actos conmemorativos. Al fin y al cabo, la causa lo merece.

Ayer, 31 de enero, se cumplía el centenario del nacimiento de Concepción Arenal y las amigas del comité habíamos preparado un acto propagandístico espectacular. Pero la *ANME* había preparado otro… precisamente para el día 30, un día antes de la fecha. Como ya no nos pueden alcanzar en otras cosas, intentan sobrepasarnos celebrando las efemérides con un día de adelanto.

Celsia Regis y María Lejárraga, sin embargo, estaban de acuerdo con Ramón:

–No pasa nada por acudir a los actos que ellas organizan. Si estamos presentes para apoyarlas y para aplaudir, comprenderán que todas estamos juntas en la misma lucha. Hay que predicar con el ejemplo. Si por nuestra parte

les pedimos que se unan a nosotras, también ellas merecen que alguien reconozca sus logros.

–Si tú no vienes, querida, yo acudiré con estas dos hermosas acompañantes –dijo Ramón, y cogiendo a cada una de un brazo para simular una broma, comenzó a canturrear la musiquilla de *La Verbena de la Paloma*–: “Una morena y una rubia, hijas del pueblo de Madrid…”.

Yo no pude dejar de reír mientras él hacía los aspavientos de don Hilarión.

Y efectivamente, los tres juntos, Ramón, *Celsia Regis* y María, fueron anteayer a engrosar el público asistente al acto conmemorativo patrocinado por la *ANME*, que se celebró por la mañana… ¡en el escenario *sugerente* de la Prisión Celular de Madrid! El lugar del homenaje, según contaron, estaba presidido por un severo altar con la imagen del Crucificado, sobre un fondo de damasco rojo. Además de mis amigas y mi querido Ramón (en mi opinión, los espectadores más entrañables), asistieron toda una serie de personalidades relevantes: el Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia, el Presidente de la Audiencia Territorial, el Director General de Prisiones, el Teniente de Alcalde del Distrito y el Director de la Prisión. (Ramón, para torturarme, me explicó que el Teniente de Alcalde, que lo conocía, le saludó antes de comenzar el acto y que, confundiendo a *Celsia Regis* conmigo, le dijo que seguía tan bella como siempre. No sé si el Teniente de Alcalde está ciego o si pensar que es una mentira de Ramón para ponerme celosa). También estaban, junto a estos próceres, Dolores Velasco, en representación de la *ANME*, y María Espinosa, en representación del *Consejo Supremo*, con muchas otras asociadas. Para celebrar el nacimiento de la insigne penalista no se les ocurrió otra cosa que comenzar con una misa solemne y acabar con el discurso del Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia. Todo fue tan *castizo* que acabó con la intervención de la banda municipal. Un acto *feminista* muy serio y muy comedido.

El nuestro ha sido mucho más divertido: María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza nos cedieron desinteresadamente el Teatro de la Princesa (aquí hay que aclarar que María Lejárraga tiene mucho que ver en eso) para

preparar un festival, con la participación de muchos amigos y con actuaciones distintas. Cuando comenzó, a las diez de la noche, el público llenaba el patio de butacas como en los estrenos más taquilleros. Intervinieron José Francos Rodríguez, *Celsia Regis* (en justicia, la iniciadora del asociacionismo femenino en Madrid), la señorita Artigas, el escritor y periodista José Ortega Munilla y Rafael de Torromé. Después aplaudimos la representación del primer acto de la obra de Benavente *Y va de cuento...*, que tantos éxitos está cosechando de la mano de la compañía de María Guerrero; el poeta Manuel Machado leyó una poesía suya original en elogio de Concepción Arenal y volvieron a actuar el hijo de nuestra asociada Lanzarote de Riaño, José Francos Rodríguez y el doctor César Juarros. La velada terminó con los cantos gallegos del Coro Gayoso.

Todo ha sido emocionante y divertido. ¡Debemos tanta gratitud a los amigos que nos han ayudado tan desinteresadamente para organizar el espectáculo!

Pero aún tenemos que proseguir con los actos de propaganda. Es necesario que el mayor número posible de hombres y mujeres nos conozca y participe en la preparación del Congreso. ¡España, en el día de hoy, es un eslabón fundamental para el desarrollo del sufragismo! Nuestra labor es muy importante: el futuro de miles de mujeres, y también su felicidad actual, están hoy en nuestras manos.

15 de febrero de 1920

Muchas veces me he preguntado dónde reside la fortaleza de los seres humanos y en qué lugar del cuerpo (o del alma) se aloja la resistencia a la adversidad, que es prueba incontrastable que sirve para dibujar los caracteres excepcionales. Yo, por mi propia experiencia, pienso que las mujeres, a pesar de ser llamadas “el sexo débil”, son mucho más fuertes que los hombres en las situaciones extremas. Y un ejemplo claro de ello es el pobre Fermín, que ha sucumbido irremediablemente a una fatalidad que, en principio, tampoco le estaba asignada. Cuando lo conocí era un joven apuesto, simpático y enamorado; siempre se mostraba tan bromista y alegre como bien educado.

Hoy, sin embargo, es lo más parecido a un desecho humano. Esta mañana, mientras esperaba la llegada del coche, lo he visto merodeando por los alrededores de mi casa y he supuesto que me buscaba.

En épocas anteriores, si no llegó a ser atildado en el vestir, al menos lo hacía con corrección y pulcritud. Esta mañana, sin embargo, parecía un adefesio: a pesar del frío imperante no llevaba gabán y las arrugas del traje mostraban bien a las claras que había dormido con él puesto; el cabello lo tenía sucio y despeinado; la cara, demacrada, mostraba signos de mala salud o de peores hábitos. Yo creo que quizás estuviera bebido porque caminaba dando traspiés, unas veces con grandes zancadas, otras con pasitos torpes de borracho.

Cuando he salido por la puerta para acercarme al coche, ha iniciado un movimiento para alcanzarme, pero yo, recordando el incidente desagradable del confesonario, he aligerado el paso para cerrar la portezuela antes de que llegase. El portero, creyendo que era un pedigüeño, lo ha apartado sin muchas contemplaciones y yo he aprovechado para partir. He sentido una pena tremenda, pero he llegado a la conclusión de que muchos hombres no saben sufrir con dignidad las pruebas que nos depara el destino.

José Modeiras, por su parte, desapareció después del asesinato y de los interrogatorios posteriores, y no ha vuelto a pisar Madrid en todo este tiempo ni ha intentado encontrar a su hija. Qué ha sido de él, yo no lo sé. Menos mal que Beatriz, según las noticias que cada poco me envía, está bien.

18 de febrero de 1920

Cuando he llegado a casa me he echado a llorar.

Por requerimiento de *Magda Donato* nos hemos reunido en la redacción de *La Tribuna* algunas representantes de la *UME* y de la *ANME* para intentar, de nuevo, aunar posiciones, pero ha salido peor de lo que ninguna esperaba. Por una parte estábamos María Lejárraga, *Magda* (que nos apoya) y yo; por la otra Benita Asas Manterola (a la que guardo cierto rencor por su artículo de diciembre en el periódico de Bilbao), María Valero de Mazas y Dolores Velasco.

Benita Asas Manterola es una maestra nacida en San Sebastián, que ejerce en Madrid y que se ha hecho famosa como periodista. En 1913 ó 1914 fundó una revista, *El Pensamiento Femenino*, que se mantuvo unos años, hasta 1916. Ahora es una de las afiliadas más tenaces de la *ANME*. Su aspecto es serio y agradable, tiene el cabello oscuro, recogido en un moño, y deja caer sobre la frente un flequillo abundante y rizado; los ojos grandes y la mandíbula voluntariosa y decidida no la hacen una mujer atractiva en un sentido sensual, pero da impresión de ser una mujer consecuente. Yo, en un principio, pensé que nos podría comprender.

Magda Donato, después de hacer las presentaciones, ha insistido, de nuevo, en los motivos de la *ANME* para no apoyar el Congreso de Madrid. ¿Por qué María Espinosa prefiere hacer gala de su patriotismo antes que apoyar un proyecto cuya realización reportará beneficios reales a las mujeres de España y dará un impulso nuevo al feminismo español? *Magda Donato* es una joven muy impetuosa y en el acaloramiento de la discusión ha llegado a tachar de inconsiderada la postura de sus oponentes y las ha acusado de "ostentación patriotera". Pero *Magda* es hija de alemanes (sus apellidos son Nelken y Mausberger) y no sabía la que se le venía encima. Benita Asas ha sentado cátedra:

–Lo que hacemos no es, ni puede considerarse, ostentación patriotera, sino campaña patriótica, comprensible sólo para los que tienen Patria y saben amarla. Pero –y aquí miró con rabia a *Magda*–, ¿cómo pedir que un huérfano comprenda en toda su grandeza el amor que una buena madre inspira, si tuvo la desgracia de no conocerla? ¿Cómo pueden definir lo que es patriotismo español las que no son españolas sino porque así les conviene o porque las circunstancias las obligaron a serlo? –Y de nuevo, ampliando el círculo, nos miraba a *Magda* y a mí–. ¡Hablad con más respeto de España y de las españolas las que os habéis acogido, quizás sin merecerlo, a nuestra bandera y a su amparo!

Ya no quedaba nada que decir. Las que somos huérfanas de patria o huérfanas de madre nunca sabremos amar a la una o a la otra como merecen. Las que nos hemos acogido al amparo de una patria adoptiva jamás podremos

trabajar para ella sin resultar censurables. María Lejárraga me ha cogido la mano y, ya en casa, me ha besado en la cara, como una madrecita, como si me acabara de recoger después de una mala caída, después de un malaventurado traspiés que me hubiera hecho darme de bruces con el santo suelo. Pero yo sólo sentía una tremenda lástima.

Una tremenda lástima de mí y, quizás, también de España. Y unas enormes ganas de llorar…

PARTE TERCERA

Fulgor opaco de mediodía

(MARZO DE 1920 – JUNIO DE 1920)

1. Logroño

Aunque hacía frío en la calle, el sol brillante de una nueva mañana anunciaba la primavera cercana. Era bello despertar de nuevo a la vida. Habían pasado varios meses y Beatriz se sentía instalada en una dicha que meses atrás no hubiera podido adivinar. Extendió la mano sobre las sábanas arrugadas y se desperezó con desidia. Hacía rato que Cándida ya había salido para acudir al trabajo, pero aún recordaba, adivinados a través del sueño, los ruidos y gestos cotidianos: los pasos apresurados y el sonido del agua, desde el aguamanil, con breve chapoteo; el pelo negro y rizado que había que alisar y recoger; las enaguas, corpiños y sayas que cubrían en orden su cuerpo; la respiración cadenciosa y tranquila; el gesto de despedida. Beatriz adoraba a su amiga y todo aquello que hacía a Cándida tan distinta de ella misma: su seguridad y su fortaleza, su sencillez y su entrega. Cándida nunca sentía miedo ni tenía dudas, ni temía a nada; y era capaz de darlo todo por un ideal, por una ilusión, por una vana quimera que quizás protegiese en el fondo el empeño de una causa justa. Beatriz se sentía frágil, pequeña y medrosa y, como si fuera parte de un sueño, se recordaba a sí misma viajando de la mano de Louise desde Londres a Madrid y se sentía perdida. Entonces la imagen de su nueva amiga, con el fondo de las campanadas lentas de la Redonda, era como una torre gigante, como una catedral antigua, como una música rotunda que la empujaba hacia la tranquilidad, hacia la serenidad, hacia la paz.

–¡Eres tan hermosa, Beatriz! –la voz de Cándida la había acompañado durante los días de la convalecencia, y sus manos fuertes y seguras la habían arropado, la habían vestido, la habían lavado hasta que la paz y el silencio consiguieron borrar las huellas del desastre en Madrid–. ¡Pero tienes que ser muy valiente!

Y Beatriz la miraba como si el mundo se hubiera vuelto del revés y hubiera amanecido en una ciudad diferente, alejada del miedo y del dolor, y pensaba: “Tú sí que eres hermosa, Cándida. Eres hermosa porque eres generosa y me has rescatado del fondo de un pozo muy hondo…”

Los días discurrían plácidos y serenos, y Logroño se adivinaba una ciudad tranquila y venturosa.

Beatriz se levantó de la cama y se aprestó a realizar las pequeñas rutinas del día con que entretenía una pereza dichosa. Sabía que, ya restablecida, no podía seguir abusando de la hospitalidad sin límites de su amiga y que pronto debería enfrentarse al pasado que la había malherido hacía poco. Desde su escondite debía afrontar de nuevo la vida…

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que una súbita llamada a la puerta la sobresaltó. El cartero traía una carta de Madrid: en su exterior la letra firme y segura de María Lejárraga había dibujado el nombre de las dos amigas. Beatriz, con precipitación ilusionada, rasgó un sobre que contenía dos cuartillas de apretada caligrafía, donde seguramente la amiga común desgranaba las últimas noticias de las mujeres madrileñas y del feminismo español.

> “*Queridas niñas mías, mis mujeres valientes:*
>
> *Madrid sigue estando donde lo dejasteis hace unos meses, pero, aunque el invierno se debería alejar en breve, una ráfaga heladora de la intransigencia más radical acaba de dejarnos congeladas.*
>
> *Ya sabéis de nuestros últimos trabajos, nuestros contactos con la* Alianza Internacional *y nuestra campaña victoriosa en pro del feminismo en España… Recordaréis nuestros desvelos (en sentido figurado, y también en sentido estricto) para que se celebrase en Madrid el octavo Congreso de esta importantísima asociación internacional, nuestras cartas a las feministas extranjeras, nuestros preparativos (los trenes, los alojamientos, los Comités Organizadores, las celebraciones propagandísticas, nuestras discusiones con las “compañeras” de la* ANME*)…*
>
> *¡Hoy todo se ha venido abajo!*
>
> *No va más, señoras mías, ya se acabó la suerte. Ya todo ha rodado por el suelo.*

La Alianza *nos ha escrito diciendo que no viene, que su octavo Congreso no se va a celebrar en España. Lilly Rose está destrozada,* Celsia Regis *ha perdido el habla... todas estamos anonadadas.*

El motivo oficial para que el Congreso no se celebre aquí es que las autoridades españolas (el Ministerio de Instrucción Pública) no nos van a conceder la preciosa sala del Teatro Real para que celebremos las reuniones. No tenemos un local apropiado donde alojar a las pequeñas y frágiles mujercitas feministas. No cabemos en ningún sitio.

Sin embargo, todos sabemos que el motivo verdadero es muy distinto. El cuartel general de la Alianza *–su Junta directiva– ha escrito desde Londres para denunciar la verdadera causa de la denegación de la sala: se ha iniciado en nuestro país una campaña contra las sufragistas que ha difundido la idea de que la* Alianza *es una "sociedad disfrazada" cuyo único fin es conspirar contra la Iglesia Católica. Y, en España, no sólo creen este infundio las esferas eclesiásticas, sino que tal estupidez ha llegado a prevalecer en círculos políticos y religiosos. Ha llegado a los oídos de las inglesas que es peligroso venir a España; que, si se celebra el Congreso, pueden estallar desórdenes y se arriesgan a ser arrastradas por las masas fanáticas. Sólo les ha faltado suponer que las españolas recalcitrantes las quieren asesinar con la navaja que todas llevamos en la liga.*

Miss MacMillan está desorientada y nos pide explicaciones. Se pregunta el motivo de semejante dislate: ¿no apoya el propio Papa el sufragio de la mujer?, ¿no hay en España sociedades católicas femeninas que también son sufragistas?, ¿cómo puede nadie imaginar que su "grande Alianza*" (así la llamaba ella misma) tenga unos fines que no sean honorables? Su preocupación resulta justificable y, para que sigáis informadas de todos los infortunios de vuestras amigas, os copio la parte en que nos pedía, de alguna manera, alguna implicación para buscar el origen del bulo. Decía más o menos: "Es de esperar que aquellos que son responsables de haberlo puesto en circulación*

reconocerán el grave error e injusticia cometidos y que nos darán plena satisfacción, en vista de la falta de fundamento de estas declaraciones..."

Este es un momento muy difícil. ¡No se va a celebrar en Madrid el Congreso que publicite nuestra causa a favor de la dignificación femenina y, además, tenemos la obligación moral de dar alguna justificación a todas las representantes de la Alianza *por el insulto recibido!…*

Pero, ¿por dónde empezar? Me siento en estos momentos sin fuerzas. ¿Cómo llamar a la puerta del arzobispo de Toledo, Monseñor Victoriano Guisasola, y acusarle de utilizar su mano anillada para inventar y enviar falsedades a las altas esferas? ¿Cómo confesar sin vergüenza ante la Alianza *que algunas de nosotras hemos sido acusadas de herejes, de manera unas veces explícita y otras veces más velada, y que se nos ha hecho saber que nos estábamos buscando la excomunión por defender que las mujeres tienen derecho a ser dueñas de su propia vida? ¿Qué peso ha tenido en la difusión del bulo la* Acción Católica *de María Echarri y la Condesa de Gavia?*

Yo no puedo, queridas mías, no puedo. ¡Bastante he tenido con luchar "con las de aquí" para que comprendan "a las de allá"!. Hoy me resulta imposible explicar fuera de España lo que sólo en España se entiende: que las españolas que se precien de serlo no sólo no pueden votar, sino que apenas tienen permiso para callar ante su marido, para obedecer a su confesor y para rezar por sus pecados. ¿Por qué le molesta a la Iglesia española que una mujer sea capaz de pensar por sí sola? ¿En qué empece a la doctrina católica que las mujeres tengan sus propios derechos? ¿Y, por último, por qué extraño motivo alguna mujer inteligente es capaz aún de creer que nuestros elevados ideales están reñidos con el sentimiento religioso? Un buen amigo, miembro honorable de la curia eclesiástica, tras volver de un largo viaje al extranjero, me comentaba su extrañeza de que no hiciera falta predicar en España; me decía que no necesitaba hacerlo… puesto que ya lo hacían por él ciertas damas apostólicas que, creyendo conocer mejor que nadie la doctrina,

dedicaban todos sus esfuerzos a difundir un ideario intransigente y fanático que en nada se acomoda ni a la fe auténtica ni a la verdadera caridad.

Queridas mías, desde aquí, desde este infierno madrileño gobernado por un arzobispo confundido, ministro equivocado de Dios en la tierra, intento mantener sereno mi espíritu y no errar en el timón de una barca que quiere zozobrar. Anhelo la calma, anhelo una placidez que no tengo. Por eso, como despedida, os envío mis más fervientes deseos de paz. Ojalá esta carta os lleve esa paz a mi tierra riojana (nunca olvido sus valles, sus viñas verdes y moradas, sus huertos, el silencio fragante de su campiña de cuento…) Tomad en vuestras manos un regalo que sólo os puedo enviar desde mis deseos: sed felices y vivid en paz.

Vuestra amiga, vuestra madre de corazón,
María Lejárraga".

Cuando Cándida volvió de la escuela, no se mostró tan impresionada como Beatriz había previsto.

–Yo oí las arengas que escuchaban las chicas de la *Acción Católica* en contra de las feministas extranjeras. España sigue siendo la España negra de todos los fanatismos. Por eso no me extraña que suene a pecado todo lo que viene de fuera.

–Pero… ¡es un veto absurdo! Se iba a celebrar en mayo… Hubieran llegado asambleístas incluso desde la India… ¿Cómo es posible que un país hospitalario ponga todos esos obstáculos? A estas alturas todo el mundo debería saber que el movimiento feminista tiene una importancia universal y que el voto de la mujer va abriéndose paso en todas las legislaciones. Cuando yo vivía en Londres…

–Querida… –le cortó Cándida, divertida por la nueva y creciente explosión de enfado que permitía olvidar la recién sufrida enfermedad del espíritu–. ¡Aún existen los Pirineos!

Beatriz se irguió retadora, así que su amiga rió por el cambio operado y después la miró con ternura. Cándida hizo ademán de tomarle la mano, pero temió resultar demasiado cercana y se alejó con timidez contenida. Poco después, se aproximaba con cierta cautela y acariciándole el pelo le preguntó con temor:

–¿Estás ya preparada? ¿Cuándo quieres que volvamos? Dentro de unos días cumplirás los veintitrés años… Tienes que recuperar tu futuro. Tu madre hubiera querido…

Beatriz suspiró profundamente mientras una sombra empañaba su mirada y después, lentamente, con esfuerzo doloroso, sentenció:

–Quizás ya pronto. Muy pronto. Sólo necesito… un poco más de tiempo –y añadió con melindres de niña–. Sólo un poco…

Unos días después Cándida recibió una visita inesperada. Era una mañana de domingo y Beatriz aún no se había levantado de la cama. Cuando cesaron los golpes insistentes en la puerta y la muchacha pudo abrir, la figura de Pedro Forcada se dibujó contra el marco, entre violenta y turbada. Seguramente había tardado bastante tiempo en decidirse a acudir a una cita a la que probablemente no le habían invitado. Cándida le debía la cortesía de una antigua amistad y, aunque se sentía levemente contrariada, prefería que entrase a que los vecinos los sorprendieran hablando en la escalera.

–Me enteré de que habías vuelto… y quería… –el chico buscaba unas palabras que, en realidad, no iba a encontrar.

Cándida lo observaba midiendo cada gesto y sopesando sus intenciones. Pedro Forcada había sustituido el traje arrugado del trabajo por un terno gris de corte anticuado que le oprimía en las sisas y se movía con torpeza como si tuvieran la culpa sus recién embetunados zapatos de los domingos.

–Yo no sabía si estabas esperando… para hablar… Dijimos que a la vuelta…

Mientras luchaba por prestar una fingida seguridad a estos términos, el hombre desvió la mirada hacia la puerta del dormitorio, donde se adivinaba cierto movimiento, y Cándida, sin poder controlar sus impulsos, se interpuso entre su figura y el dintel, como para proteger su entrada u ocultar un misterio.

–Sí, he vuelto –comenzó atropelladamente, deseando que Beatriz no apareciera, como si Pedro Forcada supusiera un peligro–. Pero eso no quiere decir nada. No hay mucho de qué hablar ahora… ¡ni tampoco lo hubo antes!

Pedro oyó estas palabras silbantes como un insulto y una súbita desilusión barrió su timidez como una ola.

–¡Yo te he esperado! Si eso te molesta, lo siento… Quizás yo sea poco para una maestra… pero una mujer sola no tendría por qué disgustarse de que alguien la estime o la quiera acompañar…

Cándida deseaba que se fuera, pero no tenía motivos para hacerle daño, así que procuró serenarse.

–No es eso… Yo te agradezco…, pero en realidad no quiero…, es decir, no necesito ninguna…

Beatriz, al oír las voces, acabó por asomarse a la sala y Pedro quedó aún más desconcertado que si hubiera aparecido la sospechada figura de un hombre: mientras ella sujetaba con una mano muy blanca la suave bata de seda que ceñía sus hombros frágiles, sobre los que caía en cascada su cabellera rubia, él pensó que nunca antes había visto a una mujer tan hermosa y delicada. Por fin comprendió algo que le dolía aún más que los celos.

–Sí, es cierto… Soy poco… En Madrid habrá gente más importante y más fina… Yo sólo soy un obrero…

Cándida intentó detenerlo, pero entonces fue él quien quiso escapar.

Dos semanas más tarde los acontecimientos decidieron precipitarse. Beatriz había tomado la costumbre de acercarse al mediodía a la escuela para ayudar a Cándida a ordenar las sillas y dejar preparada la estufa con la leña que calentaría a las niñas por la tarde mientras se dedicaban a la labor de costura.

–Odio las labores –refunfuñaba la maestra todos los días.

–Sin embargo, ya sabes que a las madres de tus niñas es lo que más les gusta. Si no fuera por las lecciones de costura y cocina –la consolaba Beatriz– a muchas ya las hubiesen obligado a ponerse a trabajar ¡aun sin saber leer!

Al volver a casa encontraron en el portal un gran sobre enviado desde la *Unión de Mujeres de España*, en Madrid. Beatriz, que fue la primera en verlo, lo

cogió presurosa y simuló escapar para leerlo antes que su amiga. Aunque ya había subido cinco o seis escalones, a Cándida no le resultó difícil alcanzarla y arrebatarle el envío jugando a elevarlo por encima de su cabeza de modo que no lo pudiera tocar.

–Querida, eres demasiado rápida y… demasiado alta –reía Beatriz.

Cándida rasgó el sobre y dejó caer sobre la mesa de la cocina el ejemplar de *Ius Suffragii* de marzo de 1920, enviado por las amigas de Madrid. A la vez cayó una carta timbrada con el emblema de la Marquesa del Ter dirigida a Beatriz, de la que se apropió Cándida con presteza.

–Antes es la obligación que la devoción. Léeme primero las noticias de la revista de la *Alianza*. Seguro que Lilly Rose nos quiere comentar su incidencia para la *Unión de Mujeres*.

Beatriz hizo un mohín de enfado gracioso, pero cogió la revista y leyó con voz engolada:

–"*Call to the eighth congress of the International Woman Suffrage Alliance: Geneve, Switzerland, June 6th to 12th, 1920*". –Y siguió ya más pausada– "*Come, fellow suffragists of all lands, send your delegates to the great Congress in Geneva, that we may hear together the marvellous story of our movement*"… ¡El octavo Congreso se va a celebrar en Ginebra! ¡Nuestras amigas no han podido arreglar nada! El llamamiento se hace para los días 6 al 12 de junio. ¡Qué oportunidad desaprovechada!

Cándida reflexionaba:

–No es de extrañar que la *Alianza* prefiera evitar conflictos y no enfangarse en las disputas internas de los países donde se quiere introducir. Para este Congreso, el primero después de la guerra, ya existen demasiados problemas entre las alemanas y las francesas…

Beatriz siguió traduciendo:

–El cuartel general de la *Alianza* dice sufrir un profundo pesar por no haber podido llegar a acuerdos en España: en su opinión, la vitalidad del movimiento feminista, la afabilidad de los habitantes, el interés de las tradiciones españolas hubieran hecho una delicia el viaje…

–Chrystal MacMillan es tan encantadora desde *Ius Suffragii* como en persona –adujo Cándida.

–Al movimiento feminista internacional le conviene ser cauteloso. Más adelante indica que ha recibido noticias de la *Acción Católica de la Mujer*… ¡y que ante ellas también se muestra partidaria de reclamar el sufragio! ¡En España, sin embargo, la *Acción Católica* no parece muy dispuesta a establecer relaciones con las feministas de fuera!

–La condesa de Gavia sabe decir a cada uno lo que quiere oír. ¡Me gustaría haber escuchado sus entrevistas con la curia eclesiástica española antes de atreverme a opinar sobre su ideario feminista!

Beatriz levantó la vista del periódico y recordó las cartas enviadas por María Lejárraga:

–María Espinosa desde la *ANME* tampoco quiso ayudar mucho para el Congreso. Habría que ver cuál es ahora su versión. De momento, la *Alianza* desde aquí da la bienvenida a la *Acción Católica de la Mujer* en España y saluda a la *Unión de Mujeres* y a la *Asociación Nacional*. Dice que espera colaborar con todas ellas para potenciar la fuerza del feminismo en España. ¡Ojalá fuera verdad que todas quisiéramos seguir adelante unidas!

Cándida intervino con un fondo de amargura:

–Sólo saldríamos ganando… todas las mujeres –y las dos amigas quedaron suspendidas pensando.

Un sobre azul, dirigido a Beatriz, había quedado olvidado sobre la mesa. En la parte superior izquierda una corona con cinco picos bajo la que se leía en letra gótica “Ter” mostraba a las claras la procedencia de la remitente. Cándida señaló el papel a su amiga:

–A Lilly Rose le sigue gustando hacer gala de los apellidos de su esposo y de sus títulos.

–¿La envidias?

–No. Una pobre maestra como yo, contenta conmigo misma y con mi propio trabajo, sólo le puede estar agradecida por todas las bondades que ha tenido en mi beneficio.

Beatriz rasgó el sobre y comenzó la lectura:

“*Queridas amigas,*

Ya sabréis que no se va a poder celebrar en Madrid el Congreso de la Alianza*. A pesar de todos nuestros esfuerzos, no hemos podido conseguir los permisos necesarios. La primera desilusión fue tremenda: ¡tanto trabajo para realizar los contactos! ¡Tantas ilusiones rotas!...*

Sin embargo, las españolas nunca desfallecéis. Hace pocos días se presentó nuestra Colombine *en la sede de la* Unión*. Llegaba realmente primorosa, con un tremendo sombrero que acababa de estrenar y que tiró con gesto teatral sobre mi* bureau *recién ordenado; el abrigo de pieles (¿de castor, de zorro, de oso polar?) lo había lanzado sobre la* chaîse longue *del recibidor (creo que alguna socia lo acabaría pisando en algún momento); los guantes, que no estaban emparejados, se le cayeron al abrir el bolso; el aire lo pobló de aromas silvestres y, antes de que ninguna pudiéramos siquiera darle la bienvenida, tomó aliento para soltar una gran carcajada. "¿Qué problema nimio preocupa a mis pobres mujercitas?", parecía decir.*

Parecía decir, y lo dijo. Y, además, tenía razón.

¿Que no se celebra el Congreso en Madrid? ¿Que se celebra en Ginebra? Es igual. No hay problema: ¡iremos!

¿Que no se habla castellano, sino inglés? Es igual. ¡Hablaremos inglés! Hablaremos inglés, o alemán o francés o lo que haga falta.

A Ginebra irán las alemanas, las australinas, las belgas, las búlgaras, las canadienses, las chinas, las danesas, las finlandesas, las francesas, las británicas, las holandesas, las húngaras, las islandesas, las italianas, las noruegas, las portuguesas, las rumanas, las rusas, las serbias, las sudafricanas, las suecas, las suizas y las americanas (estos son todos los países afiliados y Colombine *los citó por orden alfabético, de memoria y sin saltarse ninguno). ¡Bien! Las españolas también iremos. Y diremos lo mismo que hubiéramos dicho en Madrid. ¡Lo mismo!*

Colombine*, "nuestra* Colombine*", tiene razón. Iremos a Ginebra con nuestras hermanas del mundo entero. España acaba de pedir la afiliación, a través de la* Unión*, a la vez que Argentina, Cuba, Uruguay y Grecia, y esto debe ser suficiente como para pensar que estamos triunfando, que seguimos hacia adelante hasta conseguir nuestra dignificación y nuestra libertad.*

Cuando Carmen de Burgos salió de nuestra sede y se llevó el sombrero, se llevó el abrigo, se llevó los guantes, el paraguas y parte del oxígeno que su perfume floral absorbió del ambiente, y quedamos a solas María y yo, pensamos que habíamos sido extremadamente ingenuas al sentirnos vencidas tan pronto.

Viajaremos a Ginebra o al fin del mundo. ¿Vendréis con nosotras? (No hace falta deciros que, por vuestra amistad y vuestra compañía, yo corro con todos los gastos).

Antes de despedirme con el deseo ferviente de veros (necesitamos, como los vampiros, nutrirnos de sangre joven para resucitar una y otra vez en esta tan justa causa), tengo que dar un aviso a Beatriz, que espero acoja con ánimo valiente. Ayer estuvo en mi casa el buen amigo Virtumira Salabert y Solá (el esposo de Elvira González-Lequerica), que quedó, como sabéis, encargado de la tramitación del testamento de nuestra querida Louise. Ya que ahora Beatriz es mayor de edad, es indispensable que se llegue a Madrid para hacerse cargo de los bienes de su madre: acaba de terminar la patria potestad de José Modeiras y ella ya tiene capacidad legal para adquirir bienes y para administrarlos (al menos, mientras sea soltera). Sé que es un momento difícil, pero hay que afrontarlo con valor y entereza de ánimo. Beatriz es una joven muy inteligente que ha de saber esforzarse en rehacer su vida.

Ya sabéis que os quiero y que he de ayudaros en todo con todas mis fuerzas.

Lilly Rose".

Beatriz acabó la carta mientras se le empañaban los ojos, alejada de la alegría con que comenzara a leer, y fue Cándida la que, sujetando el papel, le dijo:

–Ten ánimo. Ya sabes que estoy contigo. Mira, hay una postdata –y leyó–:

> *P.D. Desafortunadamente, también he de daros noticias del desgraciado joven llamado Fermín, que para Beatriz significó mucho en vida de Louise. Después de perseguirme con denuedo para preguntar por el paradero de su novia y quizás a consecuencia de frecuentar amistades poco recomendables, su vida y sus costumbres se han visto lamentablemente resentidas y ha caído en vicios que yo prefiero no describir. Ha sido tan alarmante su deterioro que hoy se encuentra internado en el sanatorio para enfermos mentales de*…

Un grito ahogado de Beatriz interrumpió la lectura y Cándida, sobresaltada, corrió a socorrer a su amiga. Con la mirada extraviada, la joven balbucía palabras incoherentes. Cándida la sujetó con rudeza intentando hacerla volver a la realidad y silbó con angustia las palabras que tantas veces le había susurrado en la convalecencia:

–Pero, ¿qué pasó? Beatriz, ¿qué viste? ¿Qué pasó?

Beatriz, en un ataque de llanto, apenas consiguió articular:

–Al entrar yo en la casa… al entrar yo en la casa… ¡También vi su sombra!

2. Madrid

Después de buscar a una sustituta a la que Cándida entregaba la mayor parte de su sueldo de maestra y tras un fatigoso viaje a Madrid, las dos amigas se instalaron en una pensión que les había facilitado María Lejárraga. Su primera salida madrileña la dedicaron a visitar la nueva sede de la *Unión de Mujeres de España,* en el primer piso del número 5 de la calle Echegaray. Al cruzar el dintel de la puerta se sorprendieron por la sencillez y la eficacia de la decoración, que habían transformado el local de una simple oficina a un salón tan acogedor como elegante.

–¡Cuánto han trabajado nuestras amigas! –suspiró Beatriz mientras leía el cartel que anunciaba las enseñanzas que se impartían: Taquigrafía, Mecanografía, Idiomas, Corte, Calzado…

Varias asociadas departían en pequeños círculos, desde donde apareció María, la secretaria de la *UME*:

–¿Habéis descansado del viaje? ¿Seguro que no necesitáis nada más? ¿Es suficientemente cómodo vuestro alojamiento? Ayer apenas tuve tiempo de saludaros. ¡Estáis las dos muy hermosas!

Y, realmente, tanto Cándida como Beatriz habían vuelto fortalecidas. La primera conservaba el mismo gesto voluntarioso de su primer viaje a Madrid. La segunda, aunque arrastraba en sus ojos claros y su tez pálida cierta languidez, tenía en la mirada el poso de una firme determinación. El empeño de imitar la fortaleza de su amiga la hacía sentirse capaz de avanzar por el camino de la vida.

María Lejárraga, ilusionada con sus jóvenes visitantes, señalaba a todas las damas que se encontraban en el salón:

–Os quiero presentar a las socias más queridas de nuestra Asociación: doña Concepción Maciá, delegada de la Agrupación por Asturias y encargada de la sección de propaganda; doña María Paz Caballero de Rodas, dama ilustrísima, que ha pasado bastante tiempo en Alemania dedicada a enseñanzas hispánicas… También, allí en el fondo, ¡horror! –reía con

socarronería–, ¡un hombre!, el venerable don Rafael Torromé, Subdirector General de Primera Enseñanza. El resto de las señoras son doña Matilde García del Real, Inspectora General de las Escuelas de Madrid; la doctora Aleixandre; María de Maeztu, Directora de la Residencia de Señoritas; Concha Espina; Blanca de los Ríos; la señora de Besteiro y María Hernández. ¿Habéis visto cuánto hemos crecido?

Del gran salón pasaron al despacho de Lilly Rose, a la que alguna de las asistentes calificaba como alma y vida de todo aquel movimiento. Ella, que había oído sus voces a través de la puerta, las esperaba vuelta hacia la ventana. Cuando entraron y abrió los brazos para recibirlas, María Lejárraga observó sus ojos humedecidos. Después de los extremos de la bienvenida le preguntó:

–¿Tanto te emocionas ahora al ver a dos señoritas saludables? O es que…

Respondió Lilly Rose reponiéndose:

–Perdonadme, será que a mi edad las emociones me quieren jugar malas pasadas. Pero no ha sido sólo alegría… –y desplegó el ejemplar de abril de la *Revista Católica de Cuestiones Sociales* mientras se endurecía su mirada–. Mirad el regalo que nos hace María de Echarri. Se encarga de decir a los cuatro vientos, ella sola, lo que nosotras hemos disimulado porque nos producía vergüenza ajena difundir. Dice que la *Acción Católica de la Mujer*, que ya tiene un año de existencia, se ha organizado y se ha fortalecido en este tiempo, que ha hecho un censo sindical, que ha creado también un Círculo de Estudios y que ha cosechado un reciente triunfo…

María Lejárraga tomó la *Revista* y leyó en voz alta un párrafo, firmado por María de Echarri y dirigido a sus lectoras, que la Marquesa había remarcado:

–*¿No os enterasteis de que se pensaba celebrar en Madrid un Congreso Internacional Sufragista, y que se había hecho cargo de organizarlo en España la* Unión de Mujeres de España*, que preside la Marquesa del Ter? ¿No supisteis que en ese Congreso se pretendía, a pesar de celebrarse en España, negar a las españolas y al idioma español el puesto que les correspondía? Un*

Congreso izquierdista, patrocinado por la Marquesa del Ter, y que por añadidura humillaba la dignidad patria, no podía verlo con buenos ojos Acción Católica de la Mujer*. Y he aquí uno de los triunfos mayores suyos: el Congreso ya no tendrá lugar en España, se celebrará en Ginebra*.

Terció Cándida:

–La *Acción Católica*, aunque se muestra con piel de cordero ante la *Alianza*, ¡tiene unos colmillos bien afilados!

–La Condesa de Gavia, como presidenta de la *Acción*, se ha reído de mí –intervino Lilly Rose–, pero tendrá que sofocar esa carcajada ante el extranjero. Déjame –siguió, imperiosa, y le arrebató la revista a María–; aún hay más. Ahora quieren adueñarse ellas del ideario feminista "a la española" y han previsto hacer también otro congreso para tratar… para tratar ellas también el sufragio –y leyó con voz entrecortada–: *…en Mayo, Dios mediante, la* Acción Católica *celebrará una asamblea nacional femenina, en la que se estudiarán y discutirán extremos del feminismo, voto, derechos jurídicos, trato de la mujer obrera, etc., etc.; se discutirá y se estudiará entre españolas, por españolas y en español. Que no necesitamos andadores para marchar con firmeza por estos caminos nuevos, y somos ya mayores de edad para podernos valer sin que de fuera vengan a trazarnos el programa*.

–¡No se va a celebrar el Congreso Internacional Feminista, pero en su lugar se ha organizado una Asamblea Católica Nacional para tratar temas similares! –exclamó Beatriz–. No quieren desaprovechar el trabajo ajeno.

María Lejárraga tomó asiento y añadió con cansancio:

–¿Pedirán para su Asamblea la misma sala del Teatro Real? No me extrañaría que nos arrebatasen hasta el lugar de la celebración. Queridas, en nuestro país el "feminismo católico" se ha vuelto una flor venenosa…

Durante las siguientes semanas, Cándida y Beatriz emplearon el tiempo en reencontrarse a sí mismas en un Madrid que les traía recuerdos de otra vida anterior: visitaron a viejas amigas, acudieron a los actos de la *Unión de Mujeres*, realizaron las gestiones legales para adquirir el legado de Louise. Beatriz mostraba una fortaleza de ánimo que por momentos maravillaba a

Cándida, quien sentía el restablecimiento de su amiga casi como un premio a sus propios desvelos.

–He pensado visitar al padre Damián.

–Pero, Beatriz –se asustó Cándida–, ¿crees que es oportuno? ¿No te hará sufrir de forma innecesaria?

–Ya sabes el cariño que mi madre le profesaba. No me puede hacer daño volver a ver a alguien que la consoló, aunque sus consejos no le sirvieran de mucho. Antes de comenzar una nueva vida he decidido cerrar todas las heridas. Sólo quiero comprender, comprenderlo todo.

Cándida la tomó de la mano y se sintió orgullosa, como si fuera la madre que se ufana de los primeros pasos que van a llevar a su hijo a ser hombre.

–Yo te acompaño… –y añadió simulando una broma–: ya sabes que te seguiré hasta el fin del mundo.

Dos días más tarde, en una clara mañana de mayo, la primera etapa de ese "fin del mundo" se vistió con el aspecto de las dos torres con chapiteles que adornaban la Basílica de San Miguel. Las jóvenes, que llegaban desde la Plaza de la Villa, observaron la fachada de la iglesia y recordaron la estampa de Louise admirando los bajorrelieves de los santos Justo y Pastor sobre la puerta. En el interior del templo, el olor de los cirios y la cera del suelo, el silencio y la luz que se filtraba por las cristaleras daban la sensación de una paz suspendida en el tiempo.

Cándida no se dejó seducir por la calma beata de templo, pero Beatriz suspiraba.

–Ahora entiendo qué encontraba mi madre en este lugar. Este silencio le hacía olvidar sus dolores. Louise nunca se quiso quejar en voz alta, quizás para no hacerme sufrir, y aquí en sus soledades encontraba un consuelo.

–Yo me siento demasiado pequeña aquí dentro –intervino Cándida mirando hacia arriba–. Y además... –añadió con verdaderas ganas de escapar a la calle– me dan miedo esas imágenes de santos dolientes.

–Lo que para ti es opresión fue para ella refugio, Cándida. Hay mujeres que prefieren el consuelo a la libertad…

El padre Damián no tardó en presentarse. Aunque apenas tendría cincuenta años, sus pasos vacilantes, su baja estatura y su complexión delicada le hacían parecer un anciano. Intentaba esconderse tras una sonrisa bondadosa, pero en el fondo de sus ojos las dos amigas vieron que le costaba trabajo representar su papel. No conseguía perdonar los pecados de algunos hombres, según exigía su oficio. A Beatriz le pareció más viejo, más pequeño y más torpe que el recuerdo que conservara del confesor de su madre. Después de los saludos, los pésames y los consejos, cuando las jóvenes vieron que las palabras ya no servían de nada, salieron de la Iglesia. El tiempo, que parecía haberse detenido mientras duró la conversación, volvió a galopar en sus sienes. Mientras se alejaban, el padre Damián, a modo de despedida, como en una salmodia, sentenció:

–Fue una gran mujer, resignada, piadosa, prudente. Y vosotras, las jóvenes, deberíais seguir con su ejemplo.

Beatriz le saludó desde lejos y sonrió con tristeza.

–¿Seguir con su ejemplo? –se dijo en voz baja. Negó con la cabeza y un grito interior la obligó a musitar entre dientes:– No, no… ¡Vámonos! Ya hemos llorado demasiado.

En la misma puerta de salida el día las hirió con su luz y quedaron dos segundos clavadas en el suelo haciendo visera con la mano sobre los ojos, para protegerse del sol. Dos señoras de mediana edad, surgidas de pronto de en medio de la calle, las asaltaron de improviso aprovechando su desconcierto.

–Queridas, ya vemos que son ustedes muy piadosas, pero… no sólo hay que rezar. Las jóvenes tienen también que pensar en muchas otras cosas.

Cándida, sorprendida por el asalto, mientras se dejaba arrastrar hacia una mesita apoyada sobre una pared blanca, observó a las dos postulantas que las empujaban hacia sus dominios. Una de ellas era alta y ceremoniosa, y vestía con elegancia ostentosa; la otra, de menor estatura, tenía mejillas redondas y boca habladora, y parecía obedecer las órdenes de la primera.

–Ya sabemos que ustedes, las jóvenes, reciben influencias de muchos lugares distintos a la Iglesia. Por eso tienen ustedes la obligación de pensar por ustedes mismas y de tomar partido ante las ideas modernas.

Cándida abrió mucho los ojos, aunque todavía bizqueaba por el sol, y asintió, encantada.

–Una muchacha de hoy tiene que enfrentarse a lo nuevo e incluso decidir sobre el futuro de la nación –continuaba perorando la más gruesa, mientras la otra asentía.

Beatriz no conseguía reaccionar ante la intempestiva alocución de las desconocidas, pero Cándida se sentía a sus anchas.

–Por ejemplo, las jóvenes, aparte de asistir a la iglesia, de donde salen ustedes ahora, también tienen que decidir sobre un tema actual totalmente de moda: el voto de la mujer…

–Oh, sí, el voto de la mujer… –interrumpió Cándida con su más abierta sonrisa, pero su interlocutora no le permitió continuar:

–Por eso la *Acción Católica de la Mujer*, que se ha fundado por la necesidad de que exista una agrupación fuerte en el campo del feminismo católico, y para encauzar rectamente las aspiraciones y mejoras de la mujer, la verdadera mujer española, bajo una bandera no sólo social cristiana, sino social católica, oponiendo su actuación a otras más neutras, menos españolas… digo, quiero decir… –se corrigió, viendo que había perdido el hilo– que la *Acción Católica de la Mujer* se interesa por la opinión de todas las mujeres acerca del voto y ha ideado una encuesta, dirigida a todas las señoras de más de veintitrés años, sobre este tema de actualidad.

Y entonces vieron sobre la mesa una fila de papelitos ordenados en bloques y que, al parecer, las dos señoras estaban repartiendo.

–Para ayudar a que el país se decida, deben ustedes rellenar este cuestionario –aclaró la dama más alta, mientras la habladora volvía a retomar la palabra y leía con voz repiqueteante:

–Primero. ¿Es usted partidaria del sufragio femenino? Segundo. En caso afirmativo, ¿a quiénes opina usted que debe concederse: a todas las mayores de veintitrés años, o de más, o sólo a las que sean cabeza de familia? Tercero. ¿Qué sufragio debe concederse: sólo para las elecciones municipales, o también para las de diputados a Cortes? Cuarto. En las que sea electora la mujer, ¿deberá ser también elegible?

Mientras Beatriz callaba y esperaba, Cándida pensó que se le iba la cabeza y tartamudeó:

–¿Cabeza de familia?... ¿Qué familia? ¿Sólo electora o también elegible? ¿Pero de qué me está usted hablando?

La señora alta y elegante, que vio que se estaban produciendo algunas reacciones desordenadas en la mente de las jóvenes, intervino contundente:

–Ustedes, las concursantes, tienen que poner su firma en la papeleta y añadir su nombre entero y su domicilio, para la mejor identificación, y tienen que enviar los votos a la sede de la *Acción Católica* en Madrid…

–O bien a las distintas Juntas del resto de España…

–O bien a sus diócesis respectivas –acabaron con una sonrisa en los labios por el trabajo bien realizado, alargando una papeleta a cada una de las chicas–. Además, si lo creen oportuno, pueden "razonar su voto" y quizás este razonamiento lo podría publicar el *Boletín* de la *Acción*, si se da la autorización.

Cándida las miró de hito en hito, apretó las mandíbulas y comenzó a farfullar:

–¿Pero qué diputadas, digo… qué concursantes? ¿Qué diócesis? ¡Todo esto es absurdo!

Y, presa de un ataque de rabia, arrancó las dos papeletas de la mano gordezuela de la propagandista y las rompió en pedazos, que le arrojó a la cara con furor. La dama alta, por el susto, dio un paso hacia atrás y tropezó con la mesa, de la que cayeron unos montoncitos de papeletas al suelo. Beatriz, en su afán de arreglar el desorden, intentó recogerlas, pero viendo que el viento las arrebataba en distintas direcciones, cogió de la mano a Cándida y la intentó alejar del desastre provocado.

Mientras las damas las increpaban, las dos jóvenes echaron a correr sin volverse a mirar atrás.

–Pero, Cándida, ¡vaya carácter te pone la gran ciudad! Creo que te voy a tener que devolver al campo –bromeaba Beatriz.

Cándida, avergonzada, intentaba explicar:

–Las concursantes… la autorización… ¡No sé qué me ha pasado!

Pocos metros más adelante, cuando el ahogo de la carrera dejó paso a un pulso de latidos más acompasados, las dos amigas estallaron en risas.

–¿Es que no te apetece enviar a la diócesis tu opinión sobre el voto? –insistía Beatriz, divirtiéndose con su propia broma–. ¿Ya no eres tan feminista?

–¡Vaya votaciones amañadas! ¡Qué difícil es, para una mujer, ser libre en España!

Los días pasaban deprisa, las gestiones sucesorias iban adelante (José Modeiras, ausente, había dejado un apoderado) y las dos amigas seguían asistiendo a las actividades de la *UME*. Cándida, en su afán por colaborar, estaba dirigiendo un curso sobre lectura, al que asistían doce o trece criaditas a las que sus señoras permitían ausentarse durante una hora tres días a la semana. Beatriz, aunque decía que no le gustaba enseñar, impartía algunas clases de lengua inglesa. María Lejárraga las animaba constantemente y las quería embarcar en un torbellino de obligaciones venturosas:

–¡Hay que trabajar! Una mujer no puede ser una muñeca graciosa que sólo sirva de adorno. Las mujeres tenemos, aún más que los hombres, la obligación de levantar a la patria. Con nuestro sentido de lo práctico tenemos que llevar a la realidad todos los ideales de los que hablan nuestros compañeros, pero que ellos sólo saben soñar. Hay que enseñar al que no sabe, hay que acercar el pan a la mesa del pobre, hay que arreglar la casa antes de que se hunda… ¡Hay que trabajar! ¡Hay que trabajar!

Cándida, acostumbrada a madrugar terriblemente para ir a su escuela, preparar la leña de la estufa, limpiar su clase y bregar con las cincuenta niñas que estaban a su cargo, oía estas palabras y disfrutaba de sus felices vacaciones. A Beatriz, sin embargo, las admoniciones de María Lejárraga le caían como un jarro de agua fría que la hiciera despertar de un sueño que había resultado extremadamente plácido.

La tercera semana de mayo el salón de la *UME* presentaba gran actividad. La Marquesa del Ter desplegó un ejemplar de *El Debate* sobre la mesa de reuniones:

–Hasta *El Debate* se preocupa ahora de las mujeres. ¡Menudos titulares!: *Florecimiento social. Actuación femenina*. Dice que, aunque todavía

la mujer no interviene en la política, ha surgido “un campo nuevo de acción social”, sancionado por el Papa Benedicto XV, que defiende la conveniencia de implantar el voto femenino. Y ahora es cuando aparecen, providencialmente, nuestras colegas de la *Acción Católica* –la Marquesa se caló las antiparras y continuó leyendo–: *De ahí que la actuación de la mujer en la vida pública necesite ser dirigida. Y a eso, a dirigirla, aspira noblemente, loablemente, la* Acción Católica de la Mujer*…*

María Lejárraga interrumpió con ironía vehemente:

–¡Qué alegría! ¡Aspirar a dirigir! ¿Y por qué no aspiran, como todo el mundo, a trabajar?

Lilly Rose la miró, indulgente.

–Sigamos, sigamos.

Una de las asistentes intervino:

–Es que se han celebrado los primeros actos de la Asamblea de la *Acción Católica*. Mi prima, que está afiliada, me ha contado que ayer comenzaron con una misa del Espíritu Santo que ofició nada menos que el Obispo de Madrid-Alcalá.

Fueron varias las exclamaciones que interrumpieron el relato:

–¡Un Obispo!, ¡un Obispo!

Pero la Marquesa no quería perder el dominio de la situación, y continuó, periódico en mano, alzando la voz:

–Eso mismo iba a decir yo. Sigamos, sigamos. A esa misa asistieron asambleístas de todas las provincias de España. Aquí están los nombres de las –pronunció con retintín– *traidoras*: Isabel de Maqua, de Oviedo; Teresa Villalta de Prado Palacio, de Jaén; Julia Montero, de La Coruña; la Condesa de Colombí, de Sevilla; María Godoy, de Almería; Concepción Lacasa de Lasa, de Zaragoza; Manuela Bedoya, de Valencia; Sofía Gómez Acebo de Ortega, de Santander, Purificación Arias, de Santiago…

Pero hacía un rato que casi ninguna atendía a la enumeración, ya que preferían el calor de lo vivido a la lectura fría de los diarios.

–…la condesa de Gavia habló sobre la actuación de la *Acción* a favor de las obreras y por la tarde don Antonio Maura dictó una conferencia en sesión pública en la Real Academia…

–¿En sesión pública? A mí me han dicho que no admitían a cualquiera…

–Es que era pública, pero onerosa. ¡En la *Acción Católica* no hay muchas cosas gratis! Mi prima, que presume de sus dineros, también asistió. Luego me volvió loca con eso de que Maura había dicho que el feminismo aceptable era el del término medio…

–¿Un feminismo de término medio? ¿Qué es eso?

–Maura decía que es el feminismo que da importancia a la mujer, pero sobre todo por su labor de madre, como educadora de sus hijos… También criticó la desigualdad ante la ley, como hacemos nosotras, pero añadía que antes de suprimir esa desigualdad había que defender el hogar cristiano y, si hay disensiones en el matrimonio, la mujer debe elegir mantener…

–Pero lo más vistoso será lo de mañana: el concierto en el Teatro Real.

Lilly Rose dio un respingo y cambió de color. Todas las asistentes la miraron con precaución, pero María Lejárraga dijo con dulzura:

–Querida, hay que saber ganar y hay que saber perder. Nos han robado las ideas y nos han robado también el escenario… Un concierto en el Teatro Real… Habrá que apurar también ese cáliz.

–¿Apurar ese cáliz? ¿Qué quieres decir?

María Lejárraga la tomó de la mano y le dijo lentamente mirándola a los ojos:

–No rompas tus invitaciones. Seguro que el Marqués del Ter, que es un diplomático muy conocido, las ha recibido… Alguien tendrá que asistir para contarnos… –y añadió con voz sugerentemente modulada–: Hay que conocer al enemigo para saber combatirlo. Sólo es un concierto…

Todas las mujeres se miraron a la vez, pero ninguna quiso hablar. Imperceptiblemente habían agrandado el círculo que formaran al principio y, después de algunos pasos atrás, quedaron en el centro, absolutamente despistadas, Cándida y Beatriz.

–En Madrid vosotras pasáis bastante desapercibidas… –sonrió ladinamente María mirándolas–. Seguro que Lilly Rose tiene alguna ropa que os pueda prestar para vestiros como conviene a los fastos del Real…

Al día siguiente, 25 de mayo, Don Ramón Cabrera acompañó a las dos jóvenes hasta la puerta del Teatro.

–Amigas mías, hasta aquí llegan las instrucciones de mi querida esposa. Ahora las abandono a ustedes a su suerte femenina. Tengo otras muchas cosas que hacer.

Beatriz, que advirtió el guiño burlón del caballero, sonrió:

–¿Esas obligaciones no se llamarán "naipes en el Casino"?

Don Ramón Cabrera rió la broma mientras se alejaba:

–Menos mal que sólo he tenido un hijo varón. Si hubiera sido niña, como usted, yo no hubiera conseguido reservar para mí ningún secreto.

Cándida y Beatriz, deslumbradas al principio por el lujoso hall, pronto encontraron el camino hacia sus butacas en la sala del Real. Admiraron la tremenda lámpara del techo con sus mil lucientes lágrimas, las alfombras rojas y las butacas forradas de terciopelo, las cinco hileras de gradas que circunvalaban, siempre hacia arriba, el gran patio de butacas y, al fondo, en la parte opuesta al escenario, bajo un enorme palio rojo y gualda, el palco real.

–Mira, Cándida, ya ha llegado la familia real: don Alfonso, doña Victoria y doña Cristina, los infantes doña Isabel y don Fernando…

Sin embargo, la joven riojana no quería dejarse embaucar por la asistencia de ninguna de las personalidades.

–Me impresionan más los objetos de lujo que los personajes de adorno. Pero no porque me parezcan hermosos o los quiera poseer. Me asombra pensar en cuántos jóvenes obreros han cortado la madera para tallar estas sillas, cuántas mujeres han cosido y han bordado estas telas, cuántos trabajadores han sudado sangre para levantar estas paredes y colgar esa lámpara…

Beatriz miró las manos de Cándida, de dedos fuertes y ásperos, de uñas anchas y cortas, y ella, un poco avergonzada, escondió las suyas.

La vecina de butaca de la derecha parecía conocer a gran parte de los asistentes y recitaba ante su compañera, que probablemente era su hija:

–Mira, en el palco de la derecha: la del sombrero de plumas es la Duquesa de Talavera, y a su lado está la Duquesa de San Carlos y los Marqueses de Bendaña y de Castell-Rodrigo. En el palco inmediato al de los Infantes, yo creo que en representación de la Junta Central de la *Acción Católica*, la presidenta, la Condesa de Gavia; también la vicepresidenta, que es la Marquesa de Rafal, y la secretaria, la Marquesa de Castromonte. En el palco contiguo, la Duquesa del Infantado y la Duquesa de Medina de Rioseco. Esa que tenemos dos filas por delante es doña Dolores Pidal, que está sentada al lado de la Condesa de Cerrajería y las señoras de Luca de Tena y Cierva. En la penúltima fila, la Duquesa de Medinaceli con sus hermanas, las señoritas de Camarasa, la Duquesa de Terranova con sus hijas, las Duquesas de Luna, Sotomayor y Almazán, las Marquesas de Lema y Almaguer, las Condesas de Villapaterna…

La hija, que prefería buscar rostros masculinos, también señalaba:

–Mamá, también está en otro palco el Presidente del Congreso, señor Sánchez Guerra y, a su lado, el Obispo de Madrid-Alcalá.

Cándida y Beatriz se entretuvieron observando la ostentación en que se hallaban los que constituían una interminable lista de duques, duquesas, marquesas, vizcondes y vizcondesas, baronesas, señoras y señoritas, hasta que dio comienzo el concierto, a cargo de la Orquesta Benedito: la obertura de *Ifigenia en Aulide*, el andante del cuarteto en *re* de Tchaikowsky, las *Escenas pintorescas* de Massenet y la *Melodía religiosa* de Arregui. A continuación, el señor José Ortega Morejón leyó una retahíla de versos enalteciendo la fe de la mujer española y el señor José María Sanz Audaz otros tantos sobre el cristianismo de la mujer. Todas las asistentes aplaudían con entusiasmo.

Por último, apareció en escena el político carlista Juan Vázquez de Mella. Iba impecablemente vestido: frac abrochado por un solo botón, chaleco blanco, camisa también blanca de cuello duro y puntas redondas, los puños impolutos bajo las mangas, y la corbata adornada por el brillo de un diamante. Su cara era ancha, con un gran bigote de puntas levantadas y perilla

puntiaguda. Velando los ojos oscuros, los cristales sin montura de las gafas prestaban a su gesto cierto aire espiritual que contradecía la reciedumbre de su figura. El público le saludó con una salva de aplausos y el orador comenzó a decir:

–Agradezco esos aplausos y los recojo con gusto para ofrecerlos –y añadió dirigiéndose teatralmente a la Reina– a la majestad de la belleza que tiene derecho a presidirnos.

Mientras una nueva salva de aplausos acogió estas palabras, Cándida miraba a Beatriz con gesto escéptico. Poco después, entrando ya en el tema de su discurso, Vázquez de Mella anunció que fue el cristianismo el primero que redimió a la mujer, elevándola de la condición de esclava al más alto nivel moral, y por eso a continuación protestaba de que las nuevas ideas pretendieran apartar a la mujer de la Religión:

–¡Hay que hacer un intenso movimiento femenino contra la propaganda revolucionaria que inspira tales ideas!

Cándida insistió:

–¿Tú crees que en realidad se refiere a la *Alianza Internacional*? La *Alianza* nunca ha predicado nada de eso…

–Respecto al voto de la mujer –siguió clamando el orador carlista– yo soy partidario de que se conceda, pero que se conceda por clases. No me explico, por ejemplo, que a damas como la Marquesa de Castelló, que dirige a centenares de obreros en Barcelona, al frente de una industria, no pueda otorgársele el voto…

Cándida murmuraba:

–¿Es que una marquesa empresaria vale más que una maestra? ¿Vale más que la mujer que hurta el dinero al marido borracho para dar de comer a sus hijos?

Pero una nueva salva de aplausos las ensordeció: el orador ahora clamaba contra el separatismo y daba vivas a favor de la unidad de la patria, a favor de las sanas doctrinas de la Iglesia y del engrandecimiento de España.

Beatriz señaló hacia uno de los palcos de más arriba, cercano al que ocupaban las representantes de la *Acción Católica*, desde el que se asomaba una anciana de mejillas carnosas y pelo completamente blanco.

–Mira, Cándida, aquella señora… ¿no es doña Emilia Pardo Bazán?

Cándida dio un respingo y exclamó sin percatarse de su tono de voz:

–¡La autora de *Los Pazos de Ulloa*! Desde que comencé a leerlo no podía quitármelo de las manos. El Marqués de Ulloa, Sabel y Perucho… Esa sí que es una obra interesante. ¡Y vaya personajes degradados, igualito igualito que en la realidad!

La señora de la butaca de la derecha y su hija no tomaron a bien la interrupción y protestaban siseando, así que Cándida tuvo que bajar la voz.

–También ha escrito muchos artículos sobre feminismo. Dice que la culpa de la ignorancia de las mujeres la tiene la educación que reciben, y se empeña en que hay que educar por igual a los dos sexos.

Beatriz contestó en voz baja:

–Entonces, ¿qué hace aquí?

Doña Emilia, como si adivinara que estaban hablando de ella, se balanceó hacia adelante en un saludo distraído. A sus sesenta y nueve años hacía tiempo que ya no gozaba de muy buena salud y esto le suponía un obstáculo para disfrutar de todas las cosas que tanto le habían interesado a lo largo de su vida. Las organizadoras de la Asamblea la habían animado a presentar una conferencia, pero, temiendo que toda aquella mascarada no coincidiera exactamente con sus ideales, había rechazado la ocasión alegando que tenía un compromiso anterior. Desde su palco, a ratos semiescondida, observaba un poco desdeñosa el desarrollo del acto. Antes de asistir ya se había percatado de que sólo participaban los oradores de la derecha más recalcitrante… “Si a los del centro y de las izquierdas –se decía a sí misma–, no les interesa la causa de la mujer, que es la que afecta a mayor número de seres humanos, tanto peor para ellos. ¡Pobres mujeres españolas! Sólo han merecido la defensa de Mella y Maura, entre todos los jefes de las distintas agrupaciones políticas…”

Cuando, por fin, acabó el acto y salieron, Cándida y Beatriz se cruzaron con Luis de Zulueta, periodista de *La Libertad*, que había asistido acompañado de su esposa, vieja amiga de la Marquesa del Ter. Los saludaron con efusión, como si por fin encontrasen a unos amigos en la puerta del infierno. Luis de Zulueta ponderaba con un matiz de ironía jocosa:

–La fiesta ha sido suntuosa, por supuesto. Luces, pedrería, nombres aristocráticos, sotanas prelaciales y morados alzacuellos, buena música, versos de futuros académicos… y, como final, ¡sinfonía oratoria a cargo del señor Vázquez de Mella!

Respondió Beatriz con un poso de tristeza:

–No ha faltado nada, ¿verdad?

El periodista dejó escapar una carcajada burlona:

–¿No ha faltado nada? Quizás sí… Parece que, entre tantos ilustres varones como tomaron parte en la solemnidad, no hubiera estado de más una voz femenina que expresara, por cuenta propia, el pensamiento de la mujer ¿no es verdad? –y volvía a reír mientras observaba cómo se alejaban presuntuosos los asistentes al acto–. Limitarse las distinguidas damas católicas a oír, admirar y aplaudir es, ciertamente, poca intervención… tratándose de una Asamblea *feminista*.

Cándida y Beatriz, consoladas en su fuero interno por la ironía del periodista, se despidieron y se fueron.

La última jornada de la Asamblea fue la sesión de clausura, que se celebró al día siguiente, 26 de mayo. Estuvo presidida, de nuevo, por un hombre, el Obispo de Madrid-Alcalá, que apareció acompañado de unas cuantas damas importantes: la Duquesa del Infantado, la Marquesa de Castromonte, la Condesa de Gavia y las señoras de Cierva y Luca de Tena. El acto concluyó con la intervención del Consiliario de la *Acción Católica* de la junta diocesana de Oviedo, la del Consiliario de Madrid y la del Obispo de Madrid.

Al día siguiente, en la sede de la *Unión de Mujeres de España*, las feministas trocaban su mal humor por la risa al releer la información de Luis de Zulueta, que insistía de nuevo en la circunstancia de que entre tantos píos

varones como tomaron parte en la velada no hubiera habido una voz de mujer para reflejar los verdaderos deseos femeninos. María Lejárraga leía para las asistentes:

–Al otro día se verificó la sesión de clausura. ¿Quién resumió las aspiraciones, los ideales del alma femenina que quiere llegar al libre y pleno desarrollo de su vida jurídica y de su personalidad espiritual? No fue tampoco una mujer. La señora secretaria leyó las conclusiones que habían sido redactadas. Y en seguida habló un señor canónigo. Luego, otro señor, clérigo también, si no estamos equivocados. Después un tercer sacerdote, el Obispo de Madrid, quien pronunció la homilía final y cerró la Asamblea con la llave de oro de su pastoral bendición.

Beatriz intervino:

–Bien está San Pedro en Roma, pero esas tres pláticas eclesiásticas habrían estado mejor en otro lugar, pienso yo.

–Esto es lo que dice el amigo Luis de Zulueta –aclaraba María–. Que el feminismo consiste en el desenvolvimiento propio, genuino, autónomo, del espíritu de la mujer. No en mantenerla, eterna menor, bajo una paternal tutela. ¡Es ella misma la que debe manifestarse y no los varones, por muy prelados que sean!

Cándida y Beatriz asentían y la Marquesa del Ter intervino:

–Eso es lo que vamos a hacer en Ginebra desde el 6 al 12 de junio: vamos a ser nosotras mismas, nosotras, las mujeres solas, las que expongamos nuestras verdaderas reivindicaciones: la igualdad de derecho al sufragio, la abolición de la esclavitud femenina, la igualdad de derechos de nacionalidad para la mujer casada…

María Lejárraga la interrumpió:

–La igualdad de derechos de tutela sobre los hijos, la igualdad de normas morales para los dos sexos, la igualdad de salarios…

Mientras subía el tono de todas las voces y se enardecía por sí solo el ambiente feminista, Beatriz tomó de la mano a Cándida y la apartó suavemente:

–Ya sabes que Lilly Rose quiere que las dos la acompañemos a Ginebra, pero, antes de partir, aún necesito que me hagas otro favor. Si tú no me acompañas, aunque sólo sea hasta la puerta, no sé si voy a poder…

–¿Qué estás pensando?

–Tengo que cerrar todas las heridas. Y para eso… tengo que ver a Fermín.

Un sentimiento de angustia oprimió el corazón de Cándida. Por una parte, temía las consecuencias de esa visita dolorosa para la recuperación de su amiga, pero por otra, en el fondo de su alma, también le asustaba que el encuentro reavivase el amor que había existido entre ellos. En realidad, desde entonces, todavía no había pasado mucho tiempo.

–Yo no quiero que sufras y… –se le escapó– ¡no quiero perderte!

–No es lo que piensas. Una duda espantosa no me deja vivir. Quiero saber si él… ¡No sé qué hacía en mi casa! ¡He imaginado tantas cosas horribles!

Cándida sintió el deseo arrebatado de abrazar a su amiga. Un impulso violento y extraño que no consiguió comprender la empujaba hacia ella y, en seguida, asustada de sí misma, sofocó sus deseos. Por fin, luchando en su interior, acercó a su mejilla la mano, pero la retiró al notar que temblaba. No se podía permitir, ni siquiera ante Beatriz, mostrar ningún atisbo de debilidad. Se obligó a contestar con rudeza, intentando sobreponerse a los celos y al miedo:

–Mañana te llevo. Me dijeron que está en la calle Príncipe de Vergara.

Beatriz asintió e intentó sonreír para tranquilizar a su amiga, aunque pensó que los ojos de Cándida nunca le habían parecido tan profundos.

El sanatorio del Rosario era un edificio triste en una calle tranquila. La parte exterior constaba de un pequeño pabellón de una sola planta con una pesada puerta de madera labrada a la que se accedía subiendo tres escalones. A cada lado de la puerta dos grandes ventanas enrejadas conferían al edificio un aspecto intermedio entre cárcel o convento. A la izquierda del pabellón una tapia amplia de ladrillos rojos, coronada por una verja de hierros en punta, sugería la presencia en el interior de jardines arbolados y fuentes. La acera era también ancha, jalonada por acacias en hilera.

Después de hacer sonar varias veces la campana, una criada les abrió la puerta y las acompañó a una sala fresca y oscura. Como era la hora del paseo, Cándida quedó esperando en la salita mientras Beatriz, que prefirió entrevistarse a solas, buscaba a Fermín en el jardín. Las monjitas que acompañaban a los enfermos, con grandes tocas blancas, eran todas iguales y a la joven le parecía que estaba viviendo el sueño de una obsesión. En su imaginación había supuesto que en el sanatorio abundarían mujeres desgreñadas y locos vociferantes; sin embargo, los pacientes permanecían sentados en los bancos tomando el sol o paseaban de la mano de alguna monja sin prestarse gran atención unos a otros. Beatriz dudaba si un silencio opresivo reinaba en el ambiente, o si, en realidad, aquello era la paz.

Apenas había transcurrido un año desde la última vez que lo viera, pero Fermín estaba bastante cambiado. Beatriz lo reconoció en un extremo del jardín, agachado en el suelo y escarbando con una ramita en la mano como si buscara un tesoro improbable. Aunque parecía más delgado y el cabello rubio y desvaído le prestaba un aspecto melancólico, no aparentaba tener mala salud. Beatriz se acercó y lo llamó por su nombre mientras él la reconocía. Los ojos de Fermín seguían teniendo el mismo brillo metálico, pero, al acercarse, la joven vio que en realidad estaba llorando. Beatriz murmuró suavemente su nombre como queriendo exorcizar el espanto que ambos sentían, mientras Fermín, impotente, la miraba y callaba. En su cabeza pensamientos y temores se atropellaban en un caos mudo y angustiado, que se ahogaba en la garganta:

Tantas veces he deseado este encuentro… Como un cobarde, lo he imaginado para pedir tu perdón… Lo he buscado para olvidar mi pecado, pero los días pasaban terribles… La arrancó de mis brazos con los ojos inyectados en sangre. En la loca carrera no quise escuchar los insultos, me tapaba los oídos para no oír, me puse las manos sobre la boca para no gritar y poder huir como un cobarde, como un ladrón, como un asesino… Hacía tiempo que la deseaba aún más que a ti. Ella estaba triste, muy triste, la abracé y noté su temblor entre mis brazos… sentí un gran consuelo. Me miraba desde el fondo del mundo y parecía haber llorado mucho tiempo. Y yo, como si fuera su hijo, o

su amante, creía que la comprendía, la adoraba, la necesitaba… Después de lo que pasó, el remordimiento y el nefando recuerdo ya no me han dejado vivir. Me he vuelto loco esperando explicarte. No oímos nada, no oímos sus pasos en la escalera, no oímos la puerta, no oímos el grito de tu padre cuando nos sorprendió. Ya es tarde y no puedo pedir tu perdón… Cuando te conocí, yo era joven, yo era un joven casi recién nacido. ¿Qué sabía de mujeres? ¿Qué sabía del amor? El amor a una mujer es igual que el amor a una madre. Y Louise era tan bella, era tan dulce, era tan triste su rostro, ¡el sufrimiento de una dolorosa esculpido en su carne!… Para mí era tentadora y atractiva como el deseo puro de ser un hombre. Yo la veía y soñaba con una madre muerta, con una novia abandonada que se encuentra tras un viaje largo y que espera llorando… Ocurrió todo rápido… o quizás fuese lento… o lo que ha sido lento es el recuerdo de las horas malditas. Huí. Huí. Me he vuelto loco esperando explicarte. Ya sé que me odias y debes hacerlo. Una gran sacudida me la arrancó y salí huyendo… La abandoné, la dejé caer, miserable, en las garras del hombre salvaje que acababa de romper nuestro abrazo. Bajé las escaleras como si hubiera un incendio. No quise ver lo que luego pasó… Ella estaba triste, muy triste… Cuando te miraba, quería verla a ella; cuando oprimía tu mano, quería que fuese ella la que midiera mi fuerza; cuando yo te consolaba, quería que fuera ella la que me respondiese como a un niño al que había que mimar… Aquella noche se me ha disfrazado de bruma de tanto pensar… Caí al suelo como si me hubieran abierto la cabeza con un mazo, quedé desconcertado, huí… Tantas veces me he arrepentido de ese mismo gesto. Ódiame por lo que pasó. Ella también debe odiarme… como me odio yo. Salí corriendo como un ladrón, como un asesino que no necesita un arma para matar, como un asesino cobarde… Sé que tú me viste. Puedes culparme. Aún no he llorado bastante. Tú has perdido a tu madre. Yo me he perdido a mí mismo...

No hicieron falta palabras: Beatriz comprendió. Fue a poner la mano sobre su hombro, pero una náusea profunda se lo impidió. Alzó la cabeza y se alejó sin mirar atrás.

3. Ginebra

Clap, clap, clap. Una zancada, dos, y tres: esos son los pasos necesarios para inspirar. Clap, clap, clap. Un paso, dos y tres pasos también para espirar. Los botines de Cándida resonaban rítmicos a lo largo de la calle Almagro, mientras notaba su corazón bombeando acompasado y poderoso a pesar de la carrera. Bajó hacia la calle Zurbarán y allí, sorteando un grupo de niños que jugaban en la acera con una pelota, cruzó Santa Engracia y enfiló la calle Nicasio Gallego; después de empujar sin querer a un anciano, giró a la derecha por Covarrubias hasta Manuel Cortina, donde tenía alquilada la habitación con Beatriz. Clap, clap, clap, inspirar; clap, clap, clap, espirar. Aún le quedó suficiente resuello como para subir de dos en dos las escaleras hasta el tercer piso, sacar la llave del bolso mientras aspiraba por la nariz todo el aire posible y, notando el golpeteo de la sangre en las sienes, abrir la puerta de la pensión.

–Pero, señorita –le reconvino la patrona al verla correr de forma tan inapropiada–, ¿cómo es usted capaz de semejante inconveniencia?

–Es que hoy no me he puesto el corpiño, doña Adela –contestó Cándida riendo y resoplando mientras entraba en su habitación como una exhalación, y añadió antes de cerrar la puerta del todo–. ¡Por eso respiro bien y no me ahogo!

Beatriz, que estaba sentada junto a la ventana, guardó precipitadamente entre otros papeles una fotografía que tenía en las manos. Cándida, despeinada y sudorosa, sin percatarse de lo que su amiga estaba escondiendo, exhibió ante sus ojos unos billetes de tren.

–Primera etapa: Madrid-Barcelona y, sin dormir, segunda parte del viaje: Barcelona-Marsella. Allí descansaremos una noche, y al día siguiente, hacia Lyon. Desde allí, muy cerquita, en el camino hacia Berna: Ginebra y su octavo Congreso Internacional. Este es el regalo de cumpleaños que nos hace la Marquesa del Ter por tu mayoría de edad.

Beatriz miró con curiosidad a su amiga.

–Pero… ¿por qué vienes corriendo?

–No sé, no sé. Deben de ser las ganas de vivir, las ganas de que el tiempo me traiga toda la felicidad que yo le estoy pidiendo –respondió Cándida, arrebolada por la carrera.

Beatriz sonreía divertida.

–¿Qué más novedades traes de tus correrías mañaneras?

–He comprado *La Tribuna*. Hoy *Magda Donato* vuelve a hablar del Congreso y propone que las feministas nos unamos…

–¿Todavía?

–Dice que hay que formar un nuevo comité para llegar a acuerdos sobre las reivindicaciones de todas españolas. Ya sabes, lo que siempre pedimos: la participación de la mujer en los consejos de familia, la igualdad ante la ley, el divorcio, la indagación de la paternidad, la reforma de la posición del hijo ilegítimo, el derecho de la madre a la tutela del hijo natural…

–Sí, ya sé… –contestó Beatriz distraída– y, a lo mejor, también pide que el Estado sufrague parte de los gastos del viaje de las representantes oficiales, como cuenta la doctora Paulina Luisi que han hecho en Uruguay.

–¿Cómo lo sabes? ¿Te parece un absurdo? –abrió los ojos, sorprendida, Cándida.

Beatriz abandonó del todo sus propios ensueños y se extrañó de que su amiga fuera a veces tan empecinadamente optimista.

–Ya ves –dijo con cierta amargura–, en este país las autoridades aún tienen mucho que aprender del extranjero. No creo que a las feministas nos vayan a brindar facilidades. Aquí la mujer no existe. Bueno, sí existe… ¡existe para el castigo!, pero no existe cuando hay que defenderla…

–Beatriz, no te tortures más… –le aconsejó Cándida acercándose para acariciarle la cara, pero la joven la esquivó con un ademán y se encerró de nuevo en sus pensamientos.

Al día siguiente, en la sede de la *UME*, la Marquesa del Ter corroboró que el llamamiento de *Magda Donato* para formar ese nuevo comité que representase a las distintas asociaciones tampoco se podía llevar a cabo.

–Es imposible ponerse de acuerdo. ¡Ni siquiera somos capaces de reunirnos para hablar con tranquilidad! Por nuestra parte, Graciela y yo viajaremos a la vez como representantes de la *UME*, y como Presidenta y Secretaria del *Consejo Nacional de Mujeres de España*; por eso he comprado los cuatro billetes.

–¿Los cuatro billetes? –preguntó Beatriz, que aún no se había enterado de todas las condiciones del viaje.

Cándida se encogió de hombros y le guiñó los ojos.

–Nosotras viajaremos con ellas. El trayecto es muy largo… y, como amigas de Lilly Rose, no podemos permitir que cometa ningún acto violento del que después pueda arrepentirse. Tendremos que colaborar para que la Presidenta y la Secretaria lleven a cabo una reconciliación venturosa.

La Marquesa del Ter no rió la broma, pero tampoco opuso reparos: tenía muchas cosas importantes en las que pensar.

–Ya sabéis que María Lejárraga, que no quiere resultar onerosa a nuestra organización, ha conseguido que la contrate *ABC* como cronista, y que a *Magda Donato* la envía *La Tribuna*. Saldrán un día antes que nosotras. Gracias a ellas las españolas van a conocer con detalle todo que suceda en el Congreso –y añadió con tristeza– …casi lo mismo que si se hubiera celebrado aquí.

Cándida se compadeció de su pena, pero no vio la forma de buscarle consuelo.

Al poco rato, *Celsia Regis*, que había acudido al local de la *ANME* para conocer sus proyectos, trajo noticias:

–Ellas también piensan ir cada una por sus propios medios. Isabel Oyarzábal de Palencia va como corresponsal del periódico *El Sol* y firmará sus artículos con el pseudónimo de *Beatriz Galindo*, y Ana Picar se ha comprometido a enviar crónicas para *EL Mundo*, con el pseudónimo de *Eugenia*. Salen de viaje con Luisa Gorostidi, en representación del *Consejo Supremo*. María Espinosa no irá. Dice que su trabajo en la casa *Yost* por ahora no se lo permite.

–En esto tienen tan mala suerte como nosotras: han de arreglárselas como puedan –añadió Lilly Rose–. Ojalá el gobierno español hubiera decidido enviar algún representante oficial. Otros lo han hecho: el gobierno de Uruguay ha enviado a la doctora Paulina Luisi, y el de Francia a M. Justine Godard, presidente del grupo defensor de los derechos de la mujer francesa. ¡Y eso que España no ha tenido que afrontar los gastos de reconstrucción del país después de salir de una guerra, como las otras naciones europeas!

***

No quedaba mucho tiempo para preparar las maletas y en los días siguientes cada una se ocupó de sujetar sus emociones para poder recoger las pocas cosas que querían llevar: los útiles de aseo, alguna ropa cómoda y un montón de ilusiones. Las periodistas ultimaron los detalles con los diarios a los que deberían rendir cuentas y todas ellas, representantes de asociaciones, delegadas en funciones, simpatizantes y colaboradoras, se despidieron de amigos, familiares, conocidos y curiosos (a veces un poquito desdeñosos) que no dejaban de sorprenderse de que las mujeres solas se atrevieran a realizar un viaje que hasta hacía poco sólo había sido apropiado para los hombres.

El tercer día de junio cuatro figuras dispares aguardaban la llegada del tren en la estación de Atocha: la Marquesa del Ter y Graciela de Parente, que rivalizaban simulando ademanes de mujeres de mundo, y la hija de Louise de Modeiras, con Cándida, quien sentía que estaba a punto de comenzar la aventura más importante de su vida. Las jóvenes eran conscientes de que una parte de su cometido consistía provisionalmente en realizar una suerte de arbitraje diplomático entre las dos señoras, recientemente enfrentadas, así que procuraban limar las desavenencias que cada poco surgían entre ellas con motivo de cualquier nimiedad. Cándida se ocupaba de todos los aspectos prácticos del viaje: vigilaba las maletas y disponía el orden en que darían cuenta de las viandas preparadas; mientras que Beatriz procuraba endulzar la aspereza del periplo con una conversación que a la postre resultaba más bien lánguida. Sin embargo, a medida que se alejaban de Madrid, y especialmente cuando se adivinaba el mar Mediterráneo en las cercanías de Barcelona, Beatriz fue animándose progresivamente, hasta que al llegar a la frontera con

Francia parecía haber recobrado el primer buen humor con que llegara de Logroño a Madrid. Cándida la observaba con cierta precaución. Se alegraba de que su amiga recuperase las ganas de vivir, pero también le daba la impresión de que, al hacerse más fuerte, se alejaba, y corría el riesgo de perderla.

Lilly Rose, que no podía disimular sus estados de ánimo, miraba a Graciela con verdadero disgusto y se molestaba por cada una de las quejas con que ésta salpicaba los inconvenientes del viaje. La primera etapa, entre Madrid y Barcelona, resultó relativamente enojosa, pero la segunda, el trayecto entre Barcelona y Marsella, pareció a todas de una lentitud exasperante. A la Marquesa, que intentaba distraerse lo máximo posible con la conversación de las jóvenes, por los azares del destino y del buen gusto que llevaba grabado a fuego en la sangre, le resultaba injustificablemente odioso el sombrero que Graciela había elegido para el viaje. Era un minúsculo casquete en rosa, adornado por una pluma con irisaciones azuladas, que, si en un principio parecía ajustarse como anillo al dedo al cráneo de su portadora, poco a poco comenzó a derrengarse sobre la oreja izquierda sin que nadie lo devolviese a su sitio. La Marquesa del Ter miraba el adminículo con aborrecimiento malhumorado, pero se abstenía de advertir a Graciela ninguna indicación.

Fuera por azar o porque la dama percibiese la mirada insistente de Lilly Rose, tras uno de los traqueteos del tren, Graciela se llevó las manos a la cabeza y se recolocó el adorno:

–Es uno de los primeros regalos de Víctor –sonrió–. Ya veis que va a juego con el traje de viaje. Bueno, la verdad es que me hice este vestido a propósito para acompañar al sombrero, que debió resultarle a mi marido carísimo, pero… ¡es precioso! ¿A que sí?

Lilly Rose hizo un gesto ambiguo, mientras que las jóvenes ponderaban el conjunto y la conversación se deslizaba hacia el terreno de la moda.

El revisor apareció por el pasillo y Lilly Rose le preguntó, por matar el tiempo, las estaciones que faltaban.

–Perpignan, Narbonne, Béziers, Montpellier…

El mar aparecía en ocasiones asomado a las ventanillas del pasillo y las damas, cansadas de estar sentadas, hacían viajes alternativos para visitarlo.

Lilly Rose se levantó en varias ocasiones para admirar el paisaje: el campo, el mar, el campo, mientras resonaba en sus oídos la cantinela en francés del revisor (Perpignan, Narbonne, Béziers, Montpellier…). De pronto, una idea súbita y jocosa la asaltó y un diablillo travieso y desbocado se le metió en el cuerpo. Abrió la ventanilla del pasillo y asomó su cabeza despeinada hasta que el salitre del mar se le metió por las fosas nasales.

–Graciela. ¡Corre! ¡Mira! Allí, allí. ¿Qué será? ¿Perpignan, Narbonne, Béziers, Montpellier?

Y Graciela, que venía de paso por el corredor, sorprendida, se asomó por la ventana para ver la lejanía del mar, la lejanía de Perpignan, Narbonne, Béziers, Montpellier… El sombrerito rosa, como un pájaro recién nacido, cayó en brazos del viento, que lo acunó levemente al principio para enviarlo después desairado hacia la campiña. La Marquesa del Ter, los ojos entornados, recurrió al francés para disimular su travesura:

–*Quelle pitie, mon amie! Le vent est un enfant très espiège quand il vient de travers*.

El resto del trayecto transcurrió lento y exasperante, pero ya no ocurrieron más calamidades. El hotelito de Marsella, sin embargo, fue perfecto para las cuatro viajeras. Descansaron de las incomodidades anteriores y al día siguiente el viaje hasta Lyon y después a Ginebra se les hizo muy halagüeño.

***

Cuando la Marquesa del Ter, Graciela, Beatriz y Cándida llegaron a la estación Cornavin de Ginebra, María Lejárraga y *Magda Donato*, que habían llegado el día anterior, las estaban esperando cargadas con sus blocs de notas y sus mapas de la ciudad. Todas sabían que iban a compartir una ocasión inolvidable. María les advirtió:

–En nuestro mismo hotel están alojadas Benita Asas Manterola, Isabel Oyarzábal de Palencia y alguna otra de nuestras *rivales*, pero ¡ojo! aquí ya no somos representantes de asociaciones *enemigas*. Aquí somos tan distintas de las alemanas y de las japonesitas, que todas las españolas nos parecemos, sobre todo, a nosotras mismas. Además… hay que evitar volver a dar esa imagen tan deplorable que conseguimos ofrecer en España.

Magda Donato intervino intentando convencerse a sí misma de lo que decía:

–Veréis por alguna parte a Luisa Gorostidi y Ana Picar, con las que, de momento, he conseguido guardar las apariencias. Aunque en España me querían sacar los ojos y me acusaban de no ser española, aquí, delante de mistress Chapman Catt, me besaron como si fuéramos hermanas. Y lo peor es que hasta a mí me parecieron sinceras… Tendremos que empezar a querernos un poquito más las unas a las otras.

Lilly Rose habló desdeñosa, con un fondo de ironía:

–Todavía nos queda por ver a mi amiga la Condesa de Gavia dándoselas no sólo de sufragista, sino también de muy, muy feminista…

María Lejárraga guiñaba los ojos entre divertida y resignada:

–La verás, querida, la verás. Además… aquí, a lo mejor, también te besa…

–Habrá que arreglar lo que se pueda –añadió *Magda Donato*–. Debemos ofrecer, al menos ante las extranjeras, el espectáculo de una perfecta concordia y de una unión fraternal.

–Espero que aquí no haya llegado ese chiste que aparecía en los periódicos de Madrid –intervino Beatriz–. Aquel en que junto a varias de nosotras riñendo…

–Aparecía un hombre que exclamaba en el pie de foto: "¡Qué pasará cuando gobiernen las mujeres!" –interrumpió Cándida, con un exceso de hilaridad.

Lilly Rose la miró con severidad y *Magda Donato*, para cambiar las tornas, sentenció, suspirando:

–¡Hala! Vamos a trabajar…

Mientras la Marquesa del Ter, Graciela y María Lejárraga iban a solucionar algunos asuntos oficiales, Beatriz y Cándida se pegaron a las faldas de *Magda Donato*, que revoloteaba por los pasillos de los hoteles para cumplir con su trabajo de periodista. Después de unas cuantas llamadas desde varias recepciones, consiguió la primicia que buscaba, y dijo a sus acompañantes con gesto goloso:

–He conseguido que me reciba mistress Carrie Chapman Catt, la ilustre fundadora y presidenta de la *Alianza*, la que ha sabido fundir en esta obra inmensa las aspiraciones y los ideales de todos los feminismos.

La fundadora de la *Alianza* se alojaba en el Hotel de la Paix, así que las tres amigas se dirigieron rápidamente hacia el 11 de la Quai du Montblanc. El hotel, inaugurado en 1865, estaba situado junto al lago, y tenía una elegancia decadente que consiguió impresionar a Cándida y Beatriz. Cuando se presentaron ante la recepción para anunciarse, *Magda Donato* les dijo en voz baja y con un gesto cómicamente doctoral:

–No la voy a entrevistar como profesional, sino como española. Quiero "pedirle cuentas" por no haber venido a Madrid para celebrar el Congreso.

Mistress Chapman Catt las recibió en un pequeño despacho anexo a su habitación, desde cuya ventana se adivinaban a lo lejos los Alpes. Las muchachas quedaron admiradas por la distinción de su porte y de sus ademanes, por la espiritualidad de su frente adornada por una blanca cabellera, por el ensueño de sus ojos de lejana mirada y la energía de sus mandíbulas, pero lo que más les sorprendió fue que a esto se añadiera un ingenio que parecía sutilmente latino y que dibujaba por momentos una sonrisa maliciosa en sus finos labios.

Hablaron un poco de la *Alianza Internacional*, de su marcha gloriosa, de los veintiséis países ya afiliados y de la lucha por el voto.

–El voto, compañeras –insistía la americana–, no deber ser nunca un fin, sino un medio para la realización de cuanto puede y debe hacer la mujer por el bien de la Humanidad –y la palabra "humanidad" en sus labios no sonaba como una palabra hueca, sino que tenía el acento amable que usaría una madre para dormir a sus hijos.

Dado el buen cariz que presentaba la entrevista, *Magda Donato* se aventuró por terreno peligroso y se atrevió a indagar los sentimientos de la dama por el fiasco de Madrid.

–Dígame, para mis lectoras de España, por qué no ha querido la *Alianza* celebrar este Congreso en Madrid.

–El único motivo que ha impedido la celebración del Congreso en Madrid –respondió firme y serenamente– es la negativa a ceder las salas del Teatro Real.

–¿Y no hubiera sido posible contentarse con la sala de otro teatro?

Mistress Chapman Catt dudaba y se escudaba en evasivas:

–No, porque era indispensable para las sesiones generales…

Por fin, la periodista se arriesgó a preguntar, insinuando más con la mirada que con las propias palabras:

–¿Conoce la verdadera causa de la negativa que les ha sido hecha?

Magda Donato esperaba angustiada la respuesta, con temor a que la conversación se agriase por el contacto con la realidad, pero la dama contestó tranquilamente:

–Esa causa la hemos sospechado, pero no tenemos ninguna seguridad sobre ese particular.

–Pues bien –declaró la muchacha en un golpe de efecto–. La misma sala que ha sido negada a la *Alianza Internacional* acaba de ser concedida para otro congreso feminista: ¡el congreso de la *Acción Católica de la Mujer*!

Un asombro inmenso se reflejó en el rostro de mistress Catt, así como en el de miss MacMillan, que había entrado en la habitación hacía unos minutos, y ambas intercambiaron miradas significativas. *Magda Donato* indicó con vehemencia:

–Nosotras nos creímos desdeñadas por la *Alianza* y seguro que ustedes se creyeron rechazadas por España. ¡Pero todo ha sido provocado por la ciega intolerancia de unos pocos!

Sin embargo, las representantes de la organización internacional callaron. No les interesaba ahondar las desavenencias entre las españolas.

Al despedirse, *Magda Donato* aún insistió:

–¿Cuándo vendrán ustedes a Madrid?

Miss MacMillan y mistress Catt se miraron y la segunda declaró, pausadamente, con un leve matiz de ironía en su voz dulcemente enérgica:

–Cuando todas las feministas españolas lo deseen conjuntamente.

Cándida, Beatriz y *Magda Donato*, en el pasillo, aún junto a la puerta de la habitación 216 del Hotel de la Paix, se miraron de nuevo. No iba a ser un reto fácil de lograr. La *Alianza* no aspiraba a discutir con los países afiliados ni a mediar en disputas internas, sólo quería trabajar con eficacia y aumentar las relaciones de hermandad. Antes de estrechar la mano a las extranjeras, antes de buscar la armonía entre todas las mujeres del mundo, las españolas debían aprender una primera lección: debían comenzar a aceptarse las unas a las otras, a respetarse y a conseguir un verdadero sentimiento de fraternidad.

Cuando bajaron por las escaleras y visitaron los salones del hotel, la impresión recibida hasta entonces de que las mujeres se habían reunido en Ginebra para conseguir una concordia universal y para trabajar por la paz se fue acrecentando todavía más: un nutrido grupo cosmopolita de mujeres invadía las estancias. Había mujeres indias, con sus trajes orientales, de vivos colores y ricos bordados en oro y seda, engalanadas con valiosas joyas y con un brillante deslumbrador en el ala izquierda de la nariz; mujeres japonesa, con sus kimonos; muchachas de Islandia, con sus níveos trajes, con blancas tocas y flotantes velos, ceñidos a sus frentes con aros de oro; también había latinas morenas, anglosajonas rubias y desgarbadas, departiendo todas en inglés o francés…

–¡Qué hermosura! –exclamó Beatriz–. Todas se olvidan de que pertenecen a distintas nacionalidades, de que sus razas difieren en color. Sólo un ideal se agita en sus cerebros: la felicidad para el mundo y la justicia para las mujeres. Ese es el único sentimiento que late en sus corazones.

–Ante nuestros ojos se dan la mano las delegadas de los países que hace dos años eran combatientes –reflexionaba *Magda Donato*–. Han venido alemanas, polacas, italianas, rumanas, rusas, americanas. Seguro que alguna ha perdido a sus hijos o a su hombre en combate… y ahora, olvidando la desdicha más grande, trabajan en común. ¡La mujer va a unir lo que la guerra separó con un mar de sangre!

–La unión definitiva de los pueblos quizás no sea un sueño irrealizable –suspiró Cándida–. ¡Y somos las mujeres las que lo tenemos que lograr!

Al fondo de la sala, en una esquina, tecleando frenéticamente sobre su máquina de escribir, divisaron a otra periodista española, Ana Picar, que estaba redactando la crónica de la llegada a la ciudad para su periódico, *El Mundo*. *Magda Donato*, contaminada por el ambiente de hermandad que se respiraba, la saludó efusivamente agitando los brazos, mientras hablaba con sus amigas. Ana Picar, cuando casualmente levantó la vista y vio a su colega sonriendo y gesticulando, sorprendida, miró con curiosidad hacia los lados y a la gente que se mantenía a su espalda. No consiguió adivinar que esas efusiones desmedidas estaban dirigidas a ella.

***

El día 6 de junio amaneció espléndido en la primera ciudad de la Confederación Helvética. María Lejárraga se presentó como un torbellino en la habitación de Cándida y Beatriz para empujarlas a los actos de inauguración del octavo Congreso: una misa a las nueve de la mañana en la iglesia católica de Notre Dame y otro acto religioso a las 11 en la Catedral protestante de San Pedro. La misa quedaba a cargo del reverendo Hawl, enviado por las autoridades eclesiásticas católicas de Westminster; el sermón de la Iglesia Protestante, a cargo de una mujer, miss Maud Royden.

–Primero un hombre predicando, y después una mujer… –ironizaba María Lejárraga–. Habrá que estar atentas al diferente punto de vista.

–¡Si vieran esto en España! –exclamaba Beatriz, con más enfado que curiosidad–. ¡La Iglesia Católica en el acto de inauguración del sufragismo no confesional!

El reverendo Hawl, aunque era inglés, por deferencia hacia la ciudad de Ginebra predicó en francés, y leyó con claridad y mesura un texto que traía escrito y que comenzaba con una metáfora para explicar el movimiento feminista:

–Un gran signo ha aparecido en el cielo: una mujer vestida de sol… Este gran signo de los tiempos que nace es el llamado movimiento feminista…

–¡Una mujer vestida de sol! ¡Qué hermoso! –comentó Cándida a la salida.

María Lejárraga reía:

–¡Qué tuno el reverendo Hawl! Este es el símbolo que ha tomado para sí *Ius Suffragii*, la revista de la *Alianza*: una mujer con la balanza de la justicia en la mano y que tiene a su espalda el nacimiento del sol.

–En Ginebra, según el padre Hawl, la Iglesia Católica quiere ponerse al frente de feminismo por amor a la justicia y la caridad –añadía Beatriz malhumorada–. ¿Por qué no le concertamos una entrevista con el Arzobispo de Toledo a ver si llegan a un acuerdo?

Las tres amigas dejaron atrás la pequeña iglesia de Notre Dame y acudieron acompañadas de muchas otras mujeres a la majestuosa Catedral de San Pedro para presenciar la segunda celebración religiosa.

Las españolas asistieron asombradas al evento.

–¡Una mujer en la cátedra de Calvino! –exclamaba Cándida.

–Es una luchadora místicofeminista muy célebre –aclaró *Magda Donato*–. Es la primera pastora protestante.

–Ha venido a ocupar el púlpito de San Pedro para probar que las mujeres también pueden desempeñar cargos religiosos –concluyó María Lejárraga.

En la iglesia sombría, iluminado por una lámpara colocada sobre el púlpito, se dibujaba netamente el rostro de miss Maude, que apareció severamente vestida de negro, con un cuello blanco. Su voz enérgica celebró el culto en francés y en alemán, y después también predicó en inglés. Entre las mujeres que la escuchaban había católicas, judías, protestantes y mahometanas, pero todas ellas la oían con arrobo.

–¡Está hablando a todas las mujeres que para reunirse han tenido que atravesar mares de dolor y de llanto! –susurró María Lejárraga con voz entrecortada, y las dos jóvenes vieron que tenía los ojos arrasados por las lágrimas.

Mientras tanto, la oradora desgranaba la parábola del hijo pródigo y seguía su sermón con una petición que enviaba, a través de un gesto, a lo alto:

–¡Tú, que has redimido con tu sangre a todas las naciones de la tierra, ayúdanos a nosotras, las mujeres, a luchar por nuestro ideal de universal fraternidad, a conseguir que no haya nunca más pueblos crucificados por la

guerra, divididos por odios y temores! Ampara a las mujeres del mundo entero que aquí se han reunido con un mismo ideal: la reconstrucción de la tierra en la perfección de una civilización nueva. ¡Caridad, fraternidad, justicia, paz, sobre todo paz! Haznos ser fieles a nuestros muertos, pero piadosas con nuestros vivos, sobre todo con los que aún son inocentes, los niños que se mueren de miseria por los dolorosos errores del pasado…

Cándida miraba alternativamente a Maud Royden y a María, que susurró:

–Tiene razón: la obra de los varones es efímera. El hombre ha levantado civilizaciones y todas han caído, porque en su obra siempre ha faltado el amor. Por eso tenemos que gobernar las mujeres, para que prevalezca nuestra forma de ver el mundo, basada en el amor.

Beatriz la miraba levemente incrédula.

–¿Tan diferentes somos las mujeres de los hombres?

María le contestó con arrebato:

–La familia, que es la creación femenina del hogar, siempre ha sobrevivido a todas las tragedias. La familia es un pequeño estado fundado en el amor. ¡La mujer, sobre todo, es madre, y una madre siempre ama a sus hijos!

–¡El amor! ¡La única fuerza creadora del mundo! –intervino Cándida–. Seguro que tienes razón.

Maud Royden seguía desde el púlpito:

–Mujeres que ahora escucháis la parábola, pasados los siglos, perdonad los agravios, edificad la gran unión de amor. La *Liga de Naciones* que están intentando formar los hombres no durará, porque está basada en sospechas, temores y egoísmos; pero vosotras, por mucho que hayáis sufrido y visto sufrir a los que amabais, por mucha violencia que os hayan hecho, por muchas lágrimas que hayáis llorado, perdonad, perdonad, perdonad; unid y uníos, imponed al mundo vuestro gran ideal.

María Lejárraga, haciendo un esfuerzo supremo, sacó su cuaderno de notas y comenzó a escribir frenéticamente para su periódico:

> *Miss Royden hablaba sin énfasis ni alarde ninguno de oratoria […] y sus palabras […] adquirían un sentido de heroísmo trágico cayendo desde el púlpito sobre un auditorio formado por mujeres alemanas, francesas, inglesas, austriacas, checas, rusas, búlgaras, serbias, italianas; las que han visto a sus hijos despedazados, las que ahora los ven morirse de hambre; las huérfanas, las viudas, las que han perdido no sólo los bienes del mundo, no sólo la felicidad, sino muchas hasta la esperanza… Perdonad, olvidad, paz, paz a toda costa y para siempre…*

Acabado el oficio, todas salieron en silencio. María tenía los ojos brillantes y el pulso sereno. Sintió un gran cansancio: ¡Había bebido el dolor de tantas mujeres! ¡Había domeñado tantas lágrimas!

***

El programa previsto para la tarde sirvió para que los ánimos que tanto habían ardido por la mañana se calmasen un poco, ya que se dio la recepción de las oficiales y presidentas de las asociaciones afiliadas. El comité suizo de bienvenida, encabezado por la presidenta de la *Sociedad Suiza Sufragista*, Mme. Gourd, hizo los honores a todas las asistentes. La Marquesa del Ter, que recordaba sus gestiones para que el Congreso se celebrase en Madrid, pasaba por distintos estados de ánimo, desde el desencanto hasta la resignación. “Yo podía haber sido la anfitriona”, pensaba mirando a Mme. Gourd, y lamentaba la ocasión desaprovechada y el esfuerzo realizado en vano. Pero todavía quedaba una sorpresa reservada para las españolas: tras esta presentación general, la presidenta de la *Alianza* convocó a las representantes de España provisionalmente admitidas a una pequeña reunión privada en una de las salas del Plain Palais. A esta reunión asistiría, junto a mistress Chapman Catt y Chrystal MacMillan, la Presidenta del Comité de Admisión de la *Alianza Internacional*, Anna Wicksell.

Mistress Wicksell, noruega de nacimiento, pero residente en Suecia desde su matrimonio, era una mujer alta, de aspecto decidido. Su cara ancha, de labios finos y pómulos aplastados le confería cierto aire oriental. Llevaba el cabello oscuro recogido firmemente en un moño, con raya en medio, y con su

traje oscuro, de cuello abrochado hasta arriba y cerrado por un botón, parecía rezumar una seriedad abrumadora, que por otra parte desmentía su media sonrisa tímida. Su aspecto eficiente hizo tragar saliva a las españolas, que se sentían un poco intimidadas.

Una gran mesa de madera en el centro de la habitación sirvió para distribuir a las asistentes, que por afinidad personal o por causa del azar, se sentaron en dos frentes: a un lado Isabel Oyarzábal de Palencia, Luisa Gorostidi y Ana Picar (que venían en representación del *Consejo Suprem*o y sus sociedades filiales); enfrente la Marquesa del Ter, Graciela de Parente y *Magda Donato* (como emisarias de la *UME*); y en la presidencia, las representantes de la *Alianza*.

–Amigas mías –comenzó miss MacMillan intentando romper el hielo en una situación que se preveía bastante tensa–, ustedes saben que la afiliación a la *Alianza* se realiza durante la celebración de sus congresos, así que las hemos llamado para perfeccionar esta afiliación a partir de la fecha actual. Este año, aparte de ustedes, también han solicitado su incorporación Argentina, Grecia, Palestina y Uruguay.

Sonaron varias toses nerviosas y miss MacMillan, la secretaria inglesa de la *Alianza*, continuó:

–Según el orden cronológico de sus peticiones, han solicitado la admisión en nuestra organización la *Unión de Mujeres de España*, en primer lugar, y después el *Consejo Supremo Feminista de España*.

Isabel Oyarzábal y la Marquesa del Ter, que habían quedado frente a frente, se miraron con cierta acritud. Anna Wicksell repitió reordenando sus papeles:

–Efectivamente, en el caso de España son dos las sociedades solicitantes: el *Consejo Supremo Feminista de España* y la *Unión de Mujeres de España*.

Mientras Chapman Catt callaba, miss MacMillan intervino con un tono amable, pero tajante:

–Sin embargo… los estatutos de la *Alianza* son muy estrictos en este aspecto. Para evitar malentendidos en las relaciones futuras y para sentar las

bases de un trabajo eficaz y de una comunicación eficiente, la *Alianza* ha establecido que en los países que todavía no disfruten del sufragio sólo se puede afiliar… una sola asociación… o bien una federación nacional de asociaciones sufragistas.

Mientras las españolas seguían en silencio procurando disimular su encono, Anna Wicksell tomó de nuevo la palabra.

–Así es. El primer párrafo del artículo tres de los Estatutos es tajante en este sentido. La *Alianza* se relaciona con los países afiliados a través de una sola asociación. Este requisito es necesario para garantizar que las comunicaciones se realizan a través de un interlocutor válido…

La Marquesa del Ter tomó la palabra con firmeza:

–En este caso, la asociación que merece afiliarse en primer lugar es la *UME*. Ustedes saben que la *Unión de Mujeres de España* fue la primera en ponerse en contacto con la *Alianza*… ¡E incluso procuró la celebración del Congreso en Madrid!

Pero Isabel Oyarzábal intervino de inmediato:

–El *Consejo Supremo* tiene mayor representatividad, ya que en él están integradas –enumeró, mostrando progresivamente los cinco dedos de la mano–: la *Asociación Nacional de Mujeres Españolas*, la *Liga Española para el Progreso de la Mujer*, la *Sociedad Concepción Arenal*, *La Mujer del Porvenir* y la *Progresiva Femenina*, de Madrid, Valencia y Barcelona. ¡El *Consejo Supremo* es una federación de asociaciones!

–¡La *Unión de Mujeres* también es una asociación con implantación nacional! –exclamó Lilly Rose con tono de voz impaciente.

–¡Nosotras contamos con mayor extensión geográfica! –interrumpió Luisa Gorostidi.

–Quizás… –decía *Magda Donato* con un deje de ironía en la voz– pero en nuestra asociación figuran mujeres de todas las clases sociales y de todas las ideologías políticas…

–Señoras, señoras, por favor, no discutan ustedes tanto –intervino Anna Wicksell mordiéndose los labios y moviendo los papeles de un lado al otro de la mesa–, veamos qué solución podemos encontrar… La sección primera del

artículo dos… Mejor, la sección segunda… ¡Humm! El apartado a) indica que las sociedades peticionarias, según los Estatutos, han de tener como único objetivo la liberación de la mujer a través del sufragio…

De nuevo, Isabel Oyarzábal y la Marquesa del Ter se miraron retadoras. Anna Wicksell, después de levantar los ojos de sus documentos y de observar el peligro, volvió a enfrascarse en su búsqueda afanosa:

–Bien, bien. Ya veo que en ambos casos se cumple suficientemente. Sigamos. Según el apartado b) deben asimismo tener distintas ramificaciones o bien algunas socias afiliadas en diferentes lugares del país…

Las españolas se removieron en sus sillas, pero mistress Chapman Catt parecía divertida y, después de sonreír a ambas partes, hizo un gesto con la mano a la presidenta del comité de afiliación para que siguiera.

–Sigamos, sigamos. ¡Humm! El apartado a), el apartado b)… Aquí está, aquí está. Según el apartado c), cuando hubiera más de una sociedad solicitante se admitiría la afiliación en el caso de que estas difirieran en cuanto a su política… –Wicksell levantó los ojos hacia las españolas, que negaron con la cabeza– o bien en cuanto a su religión…

Las asistentes se empecinaron en un profundo silencio esperando otra opción más halagüeña.

–O bien en cuanto al sexo de sus miembros… ¡Ejem! Veo que aquí tampoco… O bien en cuanto a otras importantes distinciones o tácticas… Señoras… –concluyó– ¡ustedes dirán!

Ante el silencio provisional de las dos angustiadas facciones, miss MacMillan, ceremoniosamente, resumió en tono neutro e imparcial las circunstancias enumeradas:

–Son dos las sociedades peticionarias: una sociedad con implantación nacional y una federación de sociedades. Y bien… los planteamientos políticos son similares… al igual que su metodología, su constitución… e incluso –miró a izquierda y derecha interrogante– su religión. ¿Cómo afiliar a la vez a dos sociedades idénticas? ¡Es imposible llegar a un acuerdo justo y útil para la *Alianza* sin contravenir los estatutos!

–El caso de España está resultando bastante peliagudo –concedió la presidenta de la *Alianza* buscando un lugar común de encuentro–. Sin embargo, el joven movimiento feminista hispano merece un apoyo. Sería un buen augurio que España, como madre del resto de países hispanohablantes, ingresase en nuestra organización internacional…

–Yo deseo vivamente que las dos asociaciones triunfen –intervino MacMillan con energía dirigiéndose a ambos lados de la mesa–, pero habrá que buscar una vía que satisfaga todos los intereses.

Las representantes españolas, que en ninguna de las partes estaban dispuestas a ceder, se enrocaron en un denso silencio y, después de unos segundos angustiosos, intervino Anna Wicksell:

–Por ahora, propongo como solución provisional posponer el trámite de la afiliación hasta el final de la semana, de modo que haya tiempo para estudiar las dificultades.

–E incluso… –terció miss MacMillan, sugerente– para modificar, si fuera necesario, los estatutos de la *Alianza*, hasta adoptar las debidas soluciones.

Ante el gesto afirmativo de mistress Chapman Catt, concluyó la presidenta del comité de afiliación:

–Mientras tanto, para no perjudicar a las delegadas españolas, propongo también que éstas mantengan sus derechos durante todo el Congreso y les asigno el número de seis representantes, tres para cada asociación, tal y como en un principio se previó.

Miss MacMillan interrogó con la vista alternativamente a Isabel Oyarzábal y a la Marquesa del Ter, que se miraban mutuamente resignadas, y concluyó sonriendo:

–La *Alianza* sólo aspira a ampliar sus fronteras para favorecer al mayor número de mujeres. Por eso no quiere ni puede excluir la participación de ninguna. ¡Sólo triunfaremos si trabajamos de común acuerdo!

–Todas somos hermanas –añadió dulcemente mistress Chapman Catt–. Por ahora se levanta la reunión. ¡Vayamos a trabajar!

Cuando todas ya se estaban poniendo en pie, miss MacMillan llamó de nuevo su atención.

–Todavía hay algo más que deberán solucionar ustedes solas. ¿Cuál de las dos asociaciones correrá con el cometido de elaborar el Informe que cada país presenta ante a la *Alianza*?

Las seis representantes españolas se miraron por un momento: todas deseaban arrogarse la responsabilidad de redactarlo, ya que era una estupenda oportunidad para ampliar la influencia de cada una de sus asociaciones y cobrar el protagonismo que buscaban. Sin embargo, una mirada serena pero tajante de la presidenta de la *Alianza* las desanimó.

–Propongo que nos reunamos durante la mañana del jueves para acordar el contenido del Informe que defendamos por la tarde –propuso la Marquesa del Ter.

–De acuerdo –admitió Isabel Oyarzábal–. Mientras tanto, cada una irá preparando sus aportaciones.

La Marquesa del Ter, Graciela y *Magda Donato* salieron casi de la mano, mientras Isabel Oyarzábal, Luisa Gorostidi y Ana Picar se hacían a un lado para dejarlas pasar. Cuando todas se alejaban, las mujeres de la *Alianza* las observaron en silencio. Al parecer, una espesa cortina de niebla separaba a un grupo del otro irremediablemente. ¡Españolas ardientes y vocingleras! Era preciso que se reconciliaran si querían poder comenzar a trabajar…

***

El lunes día 7 de junio comenzó el vértigo de las actividades del Congreso de la *Alianza*. Por la mañana hubo sesión de trabajo, con presentación de credenciales y de los informes de los distintos comités (de admisiones, de financiación de *Ius Suffragii*…); y a partir de ese día y los siguientes, se sucedieron las discusiones sobre distintos temas: el trabajo de las mujeres, la relación de la *Alianza* con la *Liga de las Naciones*, la petición de igual salario para igual trabajo, el análisis sobre el estado civil de la mujer… Uno de los asuntos que más interés suscitó entre todas las asistentes fue el del futuro de la *Alianza*: en 1920 el sufragio ya se había conseguido en muchos de los países fundadores, por lo que las alemanas plantearon la disolución de la asociación, alegando que la gran extensión que había alcanzado propiciaba su ingobernabilidad, aparte de los gastos necesarios para mantenerla. Las

francesas y las latinas, que aún no habían alcanzado el voto, pidieron la ayuda y la solidaridad de las más afortunadas, y las inglesas, por boca de miss Corbett Ashby, propusieron la opción triunfadora:

–¡Hasta que la última mujer del último país no haya logrado su derecho, la *Alianza* no puede disolverse!

Las españolas, que habían visto peligrar sus ilusiones, respondieron como un eco:

–¡No se disolverá! ¡No se disolverá!

Así, en el Congreso de Ginebra se modificó el objetivo de la *Alianza*, que a partir de este momento sumaba a la extensión del voto el procurar las reformas que fueran necesarias en los distintos países para establecer una real igualdad en libertad y oportunidades entre hombres y mujeres.

Al finalizar las sesiones las asistentes se reunían en sus alojamientos para comentar las novedades del día. A pesar de los buenos propósitos teóricos de colaboración que habían acordado las españolas, los dos grupos apenas coincidían en tertulias ni se buscaban para los ratos de ocio. En el círculo de las asociadas de la *UME*, al cabo del tercer día, María Lejárraga, incansable, estaba exultante:

–Tres días pensando, discutiendo, estudiando, con el apresuramiento sereno y tenaz de quien verdaderamente quiere dejar cumplida la tarea.

–Yo estoy agotada –suspiraba Beatriz.

–*Festina lente* –recitaba María Lejárraga aferrada a su cuaderno de notas–. *Apresúrate despacio*. Este es el lema de los centenares de mujeres que aquí estamos reunidas.

–¡Despacio! –canturreaba Cándida, que disfrutaba del ritmo implacable del trabajo y lo sentía adaptado a su inagotable energía como una segunda piel–. Dos sesiones de trabajo: una por la mañana, de nueve a doce; otra por la tarde, de dos a cinco; reunión por secciones: muchas veces, de cinco a seis, conferencias sobre asuntos especiales; por la noche, de ocho y media a once, mítines de propaganda. Esto es estupendo.

–¡Lo mejor, la discusión implacablemente ordenada por la autoridad suave e inflexible de la presidenta!

–Cinco minutos para la ponencia, tres para cada una de las opiniones, votación por sí o no, recuento inmediato, decisión rápida. ¡Así se hacen las cosas!

María calló un momento y, después de abstraerse ligeramente, escribió en su cuaderno con rapidez vertiginosa la que iba a ser su crónica del Congreso para *ABC*:

> *Cinco minutos… tres… Parlamentarios de España, hombres discutidores del mundo entero, ¿qué les parece a ustedes? Lo admirable es que, en ese breve espacio, hay tiempo para todo, hasta para el apasionamiento, hasta para el ingenio. ¿Lo hubieran ustedes creído antes de que las mujeres hubieran venido a demostrarlo?*

–Con todo –reflexionaba Cándida–, la impresión más persistente que me produce esta reunión es la de una infinita cordialidad… Han venido mujeres de todo el mundo… un mundo que aún no ha olvidado la trágica desgracia de la guerra.

–Es que este Congreso –intervino María Lejárraga con ardor– es la cruzada femenina contra la insensatez del odio masculino. ¡Y a costa de cuántos sacrificios, por qué caminos tan largos y tan ásperos han llegado algunas!

–Las checoeslovacas, las finlandesas, las del Japón, las de Turquía, las de Islandia… –enumeró Beatriz–. ¡Qué difícil habrá sido venir desde Tokio a Ginebra en las condiciones actuales!

–¡Y los madrileños protestamos cuando no encontramos asiento en el tren al volver el domingo de Cercedilla! –ironizó en voz alta María, aunque en su fuero interno le parecía aún más sangrante la falta de relación que tenían en Ginebra con el resto de las españolas.

Al concluir la risa general, Cándida advirtió un ligero contacto en el brazo. Graciela de Parente se había acercado a ella con sigilo, recién llegada de la calle, y le dijo con acento misterioso:

–Mírelo usted, ¡por ser de Logroño seguro que entiende!, y dígame después qué le parece.

En una maniobra que no escapó a la perpetua vigilancia de la Marquesa del Ter, Graciela le había dejado un paquetito en las manos a la vez que escapaba presurosa hacia el fondo del salón. Cándida miró el envoltorio con aprensión. ¡Qué extraño era que alguien pidiera su opinión de “entendida”! Con todo, educada en un acendrado sentimiento del deber, no tenía otra opción que investigar el encargo y cumplir con lo solicitado.

Se dirigió a su dormitorio y allí deshizo los nudos que envolvían el misterio. Dentro del paquetito apareció una prenda extraña, a mitad de camino entre minúscula mantita de cuadros y bufanda o pañuelo, con una textura algodonosa y cubierta de cintas y lazos… Cándida la miró absolutamente extrañada. ¿Qué era aquello? Con cuidado aprensivo la tomó entre las manos intentando descubrir su utilidad y la miró por un lado y por el otro… De los costados sobresalían unas correítas adornadas con hebillas doradas… ¿Para qué serviría aquel extraño adorno? ¿Cómo había podido imaginar Graciela de Parente que Cándida entendía de objetos de moda? Por probar su utilidad, la muchacha ensayó a utilizarlo como manguito (no era posible: los manguitos siempre son una especie de cilindro cerrado), como bufanda (las correas molestaban en el cuello) o como sombrero… Precisamente las hebillitas doradas se podían atar debajo de la barbilla para evitar que el sombrero escapase, como cuando Graciela se asomó por la ventanilla del tren en marcha, recordó Cándida con hilaridad…

Mientras tanto, al otro lado de la puerta, la Marquesa del Ter se retorcía las manos. No podía soportar la suposición de que había un secreto entre una chica sencilla y sincera, como Cándida, y su insufrible compañera Graciela de Parente. ¿Qué se llevarían entre manos? Quizás Graciela le había hecho un regalo por causa de favores desconocidos… o quizás la quisiera embaucar para algo secreto o indebido… Ella no lo podía consentir: al fin y al cabo, si Cándida estaba en Ginebra se debía a su exclusiva generosidad, y por eso le debía lealtad y respeto…

La Marquesa del Ter estaba a punto de irrumpir intempestivamente en el dormitorio de Cándida para exigir las debidas explicaciones. Sin embargo… espiar las relaciones o las amistades entre dos personas adultas no era propio de alguien de la rectitud moral de la Marquesa. ¿Qué hacer? Lilly Rose no podía sufrir su propia impaciencia, pero le parecía humillante pedir unas justificaciones que, en puridad, no le correspondían.

Finalmente, decidió que era mejor explicarse: hablando se deshacen todos los malentendidos... La Marquesa del Ter empujó suavemente la puerta, que había quedado entornada, y ante el asombro redondo de sus ojos abiertos, como en un espejo, se encontró la sorpresa del susto en los ojos de Cándida, graciosamente cubierta con el estrafalario tocado de la manta de cuadros. Durante tres segundos ninguna habló, pero por fin Cándida justificó a trompicones su extraño atavío:

–Graciela me pidió que probara…

La Marquesa del Ter ahogó una especie de tos que encubría un gemido hilarante, se recompuso dignamente el cabello y se ajustó los puños de su elegante chaquetilla de raso para ganar tiempo. Antes de salir y evitando la risa en esfuerzo improbable, le indicó sugerente:

–Querida, es una manta para perros…

Cándida se atragantó entre la vergüenza y la indignación, mientras Lilly Rose salía. Indudablemente, lastimaba su sentido del pudor el cómico espectáculo que había representado ante la Marquesa, pero todavía le resultaba más hiriente la petición de Graciela, con todas las presuposiciones que la habían causado. ¡Por ser de Logroño, seguro que entiende!, le había aclarado. Aquello era infamante. ¿Cómo se atrevía a juzgar a su querida ciudad provinciana y tranquila esa señorona cursi, ilustrada en presunción y coquetería trasnochada? Cándida envolvió torpemente la mantita con todos sus adminículos, correas y cintas. Aquello merecía una pequeña venganza, una venganza acordada a las virtudes de la dama, una venganza basada en la sutileza y el insulto elegante… Le iba a sugerir que la manta le sentaría fenomenalmente… “a ella”.

La muchacha, encendida de ira, buscó a Graciela de Parente entre las damas de la reunión fraterno-feminista y se acercó con el paquete en la mano ensayando el insulto, que se le escapó de la boca a borbotones:

–Es una manta magnífica, absolutamente apropiada al color de sus ojos…

Graciela de Parente sonrió complacida:

–¿Usted, incluso, también lo ha notado? Es cierto… es exactamente igual al color de "sus ojos". ¡Por eso compramos ese perro! ¡También su pelaje es similar al color de los ojos de Víctor!

Antes de que Cándida, poco interesada en las sutilezas cromáticas, fuera capaz de comprender los intrincados motivos de Graciela de Parente para elogiar la tonalidad de los ojos de su marido o de la mantita del perro, la llegada de *Magda Donato* distrajo su atención. Después de saludar a todas y desembarazarse de los bolsos y cartapacios que llevaba entre manos, se sentó a descansar mientras las otras la rodeaban y anunció:

–Ya se ha ultimado la "Carta de la Mujer". ¡Creo que va a ser lo más importante de este congreso!

–¿La Carta de la Mujer? –se interesó Beatriz.

–Ha habido ya varias reuniones para redactarla. Son trece artículos que compendian los primeros derechos de las mujeres y que se han de extender al mundo entero. Yo los he traducido al castellano y los voy a titular "La proclamación de los derechos de la mujer y del niño".

–¡Muy bien! –aplaudió María–. Cuando las mujeres pedimos nuestros derechos siempre lo hacemos para favorecer a nuestros hijos. Aunque nos llamen feministas impúdicas, en realidad, somos, sobre todo, madres.

Magda Donato sacó de sus carpetas un papel escrito a máquina. Bajo el título de "Carta de la Mujer" se enumeraban los artículos que la periodista comenzó a leer con voz decidida y acento implacable.

–Que el sufragio sea concedido a las mujeres, y que sus derechos sean reconocidos iguales a los del hombre...

–Que la mujer tenga en el matrimonio derechos personales y civiles completos –la interrumpió Beatriz, leyendo por encima de sus hombros, y

atenazada por el recuerdo doloroso de su madre añadió:– incluso el derecho a disponer de su propia ganancia y de su propia fortuna, ¡y que no esté bajo la tutela de su marido!

–Que la enseñanza general, técnica y profesional sea accesible a los hombres y a las mujeres en las mismas condiciones… –leyó María Lejárraga.

Pero cada una tenía sus ilusiones preferidas:

–¡Que las mujeres puedan tener acceso a los mismos puestos que los hombres! –exclamó Cándida, totalmente olvidada de la aventura anterior–. ¡Que corresponda igual salario para trabajo igual!

–Que el Estado reconozca el valor social de la maternidad –seguía María–. ¡Y que se encargue del gasto de manutención de los hijos de viudas sin recursos!

–Que el padre del niño nacido fuera del matrimonio tenga la obligación de asumir sus gastos de educación y manutención –siguió Beatriz–. ¡Que la soltera embarazada y sin recursos tenga el derecho a exigir una pensión del padre del niño!

A María Lejárraga se le ocurrió:

–¡Llevaremos la “Carta” a la *Liga de las Naciones*.!

Y a la Marquesa del Ter, que acababa de incorporarse al grupo, se le encendieron los ojos: recordando las misiones diplomáticas de Ramón, también se veía a sí misma como embajadora en un mundo nuevo.

–Este Congreso no va a ser una reunión de mujeres desocupadas, ni un deshogo de inquietas: tiene un sentido social mucho más amplio.

María, sin darse cuenta de que hablaba ante el grupo, casi gritó:

–¡Este Congreso ha de servir para cambiar el mundo!

Después de su fogosa intervención todas se quedaron mirándola. A sus compañeras siempre les sorprendía que una mujer tan menuda y de aspecto tan dulce llegase a encenderse con tanta vehemencia. María las miró y, sin advertir la sorpresa que había producido su pronunciamiento anterior, proclamó todavía más entusiasmada:

–¡El porvenir es nuestro!

Y ahora sí que el ardor de sus palabras optimistas hizo estallar una risa común. Las más allegadas palmearon su espalda y se hermanaron.

A partir de aquí, cada vez que las amigas españolas se cruzaban en la calle o coincidían en algún acto, recordando la arenga vehemente de María, tomaron como consigna risueña su última exclamación.

–¡El porvenir es nuestro!

Ante tal afirmación de optimismo, Cándida reflexionaba intentando serenarse. Recordaba su cohibida infancia y su juventud provinciana, con el fantasma de la soledad y el hambre a sus espaldas. Había dedicado todo su esfuerzo a convertirse en maestra para poder llevar sólidamente las riendas de su existencia. Y ahora recordaba a las niñas de su escuela (eran casi cincuenta) aprendiendo a leer a trompicones, empuñando el pizarrín con denuedo, comenzando las ilusiones de una vida que las haría felices o desgraciadas sin que casi ninguna lo pudiera decidir o evitar. A la vuelta, ella misma, como oficiante de una nueva religión, tenía el deber de explicar a sus alumnas la doctrina feminista para que exigieran sus derechos, para que se hicieran dueñas de sus propias vidas…

Hubiera deseado acompañar a mistress Chapman Catt, a miss Macmillan, a las famosas mujeres sufragistas a cualesquiera foros mundiales, pero sabía que tenía que ahogar este anhelo y contentarse en emplear su fuerza voluntariosa en redimir simplemente a sus alumnas o a las mujeres humildes de su entorno.

Mientras se anticipaba a este futuro, entrevió a Pedro Forcada en la sombra de la escuela… ¿Qué significaba su figura en ese sueño? A medida que la imagen del chico se hacía más densa en su mente, sintió una punzada de temor. ¿Qué sería acercarse a su recia figura y depender del afán masculino de sus manos callosas? Un escalofrío de disgusto la estremeció… No deseaba someterse ante un hombre…. Pero, ¿cómo sería ese amor que empuja a las mujeres a doblegarse ente nadie? Y más tarde, dudando, pensaba: ¿qué sería tener hijos? ¿cómo y cuánto dolería llevarlos adentro y empujarlos a la vida a costa de la propia sangre? De nuevo un repentino temor la hizo negar. No, ella no… Apartó de su mente la figura de Pedro. Se

conformaría con ser maestra, hermana, amiga… Se conformaría con dar luz, dar saber o consuelo a otras vidas. ¡Ayudar y enseñar a las mujeres iba ser su nueva doctrina!

***

Las sesiones del Congreso continuaron implacables a lo largo de la semana. Siguieron los informes de los diferentes comités y también las conferencias sobre distintos temas: la mujer y los partidos políticos, la organización de la propaganda sufragista, la posición económica de las viudas y madres, la lucha contra la prostitución y las enfermedades venéreas, la nacionalidad y el domicilio de la mujer casada, el estatus femenino y los hijos, el movimiento feminista en los países del Este…

Beatriz, aunque disfrutaba de las novedades del Congreso, se sentía a veces cansada de tal despliegue de energía, así que una tarde no quiso asistir a las reuniones.

–Quiero descansar un poco. Necesito una tarde para mí sola –le explicó a Cándida, que la miraba con la incredulidad de quien no comprendía que nadie tuviera deseos de perderse una mínima parte de la aventura–. Aprovecharé también para hacer unas compras…

Cuando, por fin, se sintió sola, Beatriz pensó que estaba llegando ya al final de alguna parte de su vida. Para aclarar sus ideas salió en un paseo moroso y sin rumbo por las calles y plazas que ya conocía. Comenzó, de nuevo, con una visita a la Catedral de San Pedro, que tanto le impresionó el primer día, y desde allí siguió por la Place Neuve y la Rue de la Croix Rouge hasta llegar a un parquecito, la Promenade des Bastions. Allí visitó el Muro de los Reformadores, construido en 1909, en el 400 aniversario del nacimiento de John Calvin. Beatriz leyó las inscripciones y las dedicatorias a los cuatro reformadores: John Calvin, Théodore de Bèze, John Knox, Guillaume Farel. Se preguntaba a sí misma quién era aquella joven que paseaba por el parque ginebrino, y qué la había llevado hasta allí. Mirando hacia atrás, su vida se le aparecía como una sucesión de imágenes en blanco y negro. Su infancia en Londres había transcurrido lánguida, bajo los cuidados de su madre, que siempre le ocultó sus desavenencias matrimoniales. Era una niña mimada y

casi feliz, aunque a los 23 años aún no sabía dónde se había perdido ese *casi* a lo largo de su infancia. Recordaba las habitaciones cálidas y ordenadas por las manos suaves de su madre, las mantas de la cama, los vestidos bonitos que solía utilizar y en la imaginación sentía, como entonces, sus cabellos estirados en trenzas; pero también recordaba una especie de amenaza perpetua de la lluvia fría de afuera. De niña siempre había vivido asustada por si se rompía el paraíso caliente del que cuidaba amorosa su madre.

El viaje a Madrid fue el detonante de un desastre que había estallado en mitad de sus vidas. Su padre se había vuelto violento en un ambiente más permisivo para los excesos del varón, y su madre parecía haber despertado de un sopor húmedo y se había hecho valiente. El calor de Madrid y la sequedad del ambiente, o quizás la lejanía del amparo de su tierra, habían propiciado que Louise quisiera, por fin, defender algunas parcelas de vida, de una vida que hasta entonces había sido entregada al marido con una sola excepción, con el solo límite de la defensa de Beatriz: que no viera, que no sufriera, que adivinase apenas, que consiguiera escapar…

Hasta que el precario equilibrio se rompió en pedazos. Beatriz quedó sola en un país que no comprendía y todo fue una vorágine de desesperación. En medio de aquel dolor Cándida fue la única guía. De nuevo, la mano amorosa que ordena las sábanas, la mano segura que enciende la lumbre, la mano que compone la ropa y que peina. En cierta parte de su convalecencia Beatriz sentía recuerdos confusos que aunaban la lluvia de Londres con la habitación de Logroño, en una especie de nuevo nacimiento o infancia que camina no hacia el mañana, sino hacia un ayer nebuloso.

Y después la amistad… La amistad y aquello que a veces le había parecido algo así como… ¿algo así como amor?

Beatriz paseaba cada vez más rápidamente. Rue du Mont-Blanc, Rue Cornavin, Rue Coutance, y de nuevo, después de recorrer ansiosamente varias calles de la ciudad, Promenade des Bastions. Había caminaba mucho y se sentó en un banco. Apoyó la frente en las manos e hizo el gesto de despejar de cabellos las sienes. Debía crecer, pensó. Ya no podía seguir siendo una niña a la que hubiera que guiar y proteger. Debía crecer. Tenía que aprender a tomar

las riendas de su vida… Volvió a levantarse y se dirigió, de nuevo, a la zona comercial. Tenía que hacer unas compras…

Cuando regresó al hotel aún tuvo tiempo de volver a mirar y ordenar el fajo de papeles y fotografías que la acompañaban en todos sus viajes. Entre varios recuerdos y estampas se demoró sobre una fotografía arrugada. Bajo una dedicatoria con letra angulosa aparecía la imagen de un joven con un abrigo con cuello de pieles, que miraba a la cámara esbozando una sonrisa en los labios. Beatriz observó su cara alargada, la frente despejada y las cejas finas y suspiró con un recuerdo de melancolía, pero la media sonrisa de labios gruesos del joven le hizo suponer que su poseedor, un amigo de hacía años, quizás no se correspondía con el carácter imaginario que ella le adjudicaba. Oyó la voz de Cándida que se acercaba riendo y guardó rápidamente papeles y fotografías en la maleta que acababa de comprar metiéndola debajo de la cama.

María Lejárraga, la Marquesa del Ter y Cándida venían bastante risueñas de la reunión de la tarde.

–La señora Annie Furuhjelm, que es diputada en Finlandia y además también es segunda vicepresidenta de la *Alianza*, dice, al igual que nosotras, que el porvenir es nuestro, y ha puesto de moda nuestra máxima entre las sufragistas de Ginebra –anunció María Lejárraga a modo de saludo.

–Annie Furuhjelm es una mujer de aspecto venerable, de cabellos blancos como la nieve…

–Que ha criado hijos, ha luchado en la vida por sus derechos… Que pasa de los sesenta y, a pesar de su edad, ¡es hermosa!

–Ha sido todo precioso –se atropellaba Cándida–. La sala del Congreso, además de ser tan grande, estaba completamente llena. La presidencia se alzaba sobre un estrado adornado con verdes ramas de pino y ciprés, con macetas de geranios rojos. En la mesa, junto a la austeridad de los papeles, que trataban graves temas sociales, había… ¡vasos de cristal con rosas!

–¿Por qué no? –exclamó la Marquesa del Ter, que sólo podía comprender la vida en un entorno agradable.

–El sol, entrando por las amplias ventanas, refulgía en las cabezas de las diez mujeres que oficialmente representan el recién nacido universo de la aspiración femenina –resumió la escritora María Lejárraga.

–Mistress Chapman Catt, de Norteamérica, presidenta y alma de la *Alianza*, tenía los cabellos de plata –declamó Cándida.

–Madame de Witt Slumberger, que representa a Francia, tenía los cabellos de blanca y fina seda –intervino Lilly Rose ahuecando la voz.

–La luz de la luna –añadió María riendo de sus propias palabras poéticas– se enredaba en los blancos cabellos de la señora Stanton Coit, inglesa… aún quedaban leves reflejos de oro en la abundante plata que sirve de corona a Frau Lindenmann, venida de Alemania, y Chrystal MacMillan también conservaba alguna hebra de acero entre la rebelde blancura de sus cabellos…

–¿A qué seguir? –concluyó Cándida pidiendo a María su libreta de notas–. Te voy a leer el texto que va a enviar María a su periódico con la crónica de hoy.

Después de pasar varias páginas, leyó:

> *Por toda la sala cae el sol sobre los cabellos de nieve, y la nieve refulge […] Nunca he visto reunidas tantas cabezas blancas. Y lo admirable y lo inesperado es que no producen sensación alguna de ancianidad. Una hermosura nueva, una vitalidad, una inmortalidad gloriosas parecen desprenderse de los blancos cabellos, y los ojos arden como a los veinte años, de esperanza. Y tal es la expresión radiante de los rostros, que nadie se detiene a reparar en ellos la huella de los años.*
>
> *Mujeres de España, esto va con ustedes. ¿Por qué envejecer? Y sobre todo, ¿por qué tenerle miedo al tiempo que pasa? Pasados los cincuenta, el porvenir es nuestro. Después de medio siglo, el porvenir es nuestro, el gran trabajo es nuestro, la serenidad es nuestra*.

La Marquesa del Ter, que ya frisaba los cincuenta y cinco, suspiraba:

–¿Por qué tenerle miedo al tiempo que pasa? María, eres genial, te voy a nombrar mi asesora confidencial para toda la vida.

Cándida se extasiaba:

–¡Una hermosura nueva, una vitalidad y los ojos que arden como a los veinte años! ¡Es lo más precioso que he oído nunca acerca de las mujeres! –y miraba, sin darse cuenta, a Beatriz.

–Queridas –se azoraba María– no se miran ustedes al espejo con suficiente buena voluntad. Las mujeres siempre son hermosas, sobre todo –añadía con picardía–, las que viven con ilusión, las que encienden la hoguera inmarcesible de su entendimiento…

***

El tiempo pasaba deprisa, y el plazo previsto para la elaboración del Informe que habían de presentar las españolas se había agotado, así que el jueves día 10 de junio la Marquesa del Ter y Graciela de Parente, como Presidenta y Secretaria del *Consejo Nacional*, se reunieron en una de las salas de su hotel con Luisa Gorostidi e Isabel Oyarzábal, representantes del *Consejo Supremo*, para llegar a acuerdos. Todas habían ponderado en reuniones públicas y privadas la hermandad que reinaba en el Congreso entre las mujeres de todas las razas, pero, a decir verdad, la única excepción a esta regla la protagonizaban ellas mismas. Lilly Rose se sentía traicionada por la campaña organizada por la *ANME* en contra de la celebración en Madrid y, además, no podía perdonar que la hubiesen desacreditado achacándole no ser española. Isabel Oyarzábal y Luisa Gorostidi aborrecían a la Marquesa porque pensaban que se había querido apropiar del movimiento femenino español para su propio encumbramiento y que había utilizado sus relaciones personales con las inglesas para favorecer la entrada de su propia asociación en la *Alianza*. En suma, la culpaban de haber realizado maniobras encubiertas para alejarlas a ellas de las relaciones internacionales. La única que parecía no acusar la tensión de la reunión era Graciela de Parente, quien frívolamente suponía que lo más interesante para todas era conformarse con estar presentes, ya que los términos del Informe seguramente serían irrelevantes. Al

ser la más serena, fue la primera en hablar. Dijo dirigiéndose a todas las presentes:

–Habrá que comenzar con algún comentario general; por ejemplo, podemos felicitarnos por haber llegado las españolas a ponernos en contacto con la *Alianza*…

Isabel Oyarzábal, con gesto automático, sacó su libreta y comenzó a redactar en perfecto inglés, mientras retaba con la mirada a la Marquesa:

> *En primer lugar, querríamos expresar nuestra satisfacción por encontrarnos entre el grupo de mujeres valientes que, al igual que hicieran los pioneros en las tierras incultas, han puesto a disposición del mundo entero los más altos pensamientos y la mayor justicia…*

Graciela asintió complacida y Luisa Gorostidi continuó, magnánima para con su amiga:

–Ha quedado estupendo. Ahora habría que aclarar que, si no hemos venido antes a congresos anteriores, no ha sido por nuestra culpa… Nuestras costumbres tan españolas nos lo han impedido un poco, pero ya estamos dispuestas a sumarnos a la moda…

Y, de nuevo, Isabel Oyarzábal escribía:

> *España, tal y como prueba su historia, siempre ha estado lista para luchar en pos de altos ideales, aunque en esta ocasión ha sido un poco remisa al aprestarse a integrar el gran ejército internacional de mujeres…*

Miró a sus interlocutoras con gesto interrogante antes de continuar:

> *La fuerza de sus costumbres seculares, que tiene mayor impacto que las normas hechas por ley, y no la falta de simpatía, ha sido la que nos ha impedido ponernos en contacto con anterioridad.*

La Marquesa interrumpió con aspereza:

—¡Pero ahora ya estamos listas para hacerlo sin más pérdida de tiempo! ¡De hecho, ya estamos trabajando en ello!

Isabel, aunque de mala gana, apuntó las palabras de la presidenta de la *UME*, y la Marquesa, que ya empezaba a sentir que era necesario adueñarse de la situación, continuó con firmeza:

–Vamos muy bien, pero ahora habría que comenzar con las reivindicaciones de nuestras asociaciones.

Las tres la miraron interrogantes y Lilly Rose continuó:

–Habrá que explicar que en España el hombre goza de un poder legal absoluto sobre su esposa, que tiene en exclusiva la patria potestad, que el Código Penal le permite asesinar a su mujer si le es infiel, que los hijos ilegítimos…

Isabel Oyarzábal la interrumpió:

–No veo necesario buscar lo peor de España en un foro como este… No se puede desacreditar así a las españolas…

–¡Van a pensar que somos un país tan atrasado! –añadió Luisa Gorostidi.

–Pero hay que decir ante el mundo entero que en España deben cambiar tanto las leyes como las costumbres, para que la mujer salga del atraso secular que…

–Querida –interrumpió Graciela con hipócrita mansedumbre–, no vamos a decir sólo las cosas malas…

–Si tanto le disgusta a usted España –añadió Luisa Gorostidi silabeando el “usted” de manera retadora– ¿por qué ha venido a nuestro país? ¡No se atreva a insultar a la nación generosa que la está acogiendo!

La Marquesa del Ter la miró sin entender, como si por un golpe repentino hubiera quedado sin sentido. Pensó hablar, pero en el fondo vio que le habían ganado la partida. Graciela, que simulaba no haber comprendido el insulto, continuó:

–Vamos a ser optimistas. En España las cosas están cambiando y yo creo que muy pronto, sin apenas darnos cuenta, los hombres nos darán el voto.

Isabel Oyarzábal continuó escribiendo como si Lilly Rose no existiera:

Nuestra patria es un país de contrastes, donde puede suceder lo más inesperado. No sería sorprendente que, inopinadamente, nos ofrecieran el derecho al voto en fechas próximas. Es más, esto ya casi ha sucedido.

Graciela aplaudió con alegría infantil, viendo sus propuestas aceptadas, e Isabel, por primera vez, sonrió y escribió de nuevo dedicándole una cálida mirada:

–Tal vez nuestro país sea el primero que obtenga el voto en adelante. ¡Quizás, si nosotras lo anunciamos, se cumpla!

La Marquesa del Ter se levantó lentamente y dijo con voz apagada:

–Ya que ustedes se entienden tan bien, podrán acabar el trabajo sin mí. Ya veo que no soy necesaria –y salió.

Graciela de Parente se percató de que se había quedado sola y pensó que no resultaba adecuado seguir adelante. Temía el enfado de la Marquesa del Ter si permanecía con ellas, de modo que se excusó:

–Siento tener que marcharme yo también… Comprenderán mi incómoda situación… Por mi parte, me adhiero en todos sus extremos al Informe que ustedes elaboren… Ya nos veremos en la presentación…

Luisa Gorostidi e Isabel Oyarzábal asintieron y, cuando quedaron solas, se miraron con complicidad.

–Parece que la *UME* no tiene ganas de presentar en sociedad esta tarde sus peticiones… –dijo Luisa Gorostidi–. Va a resultar que no necesita mucha propaganda… porque ya la consiguió cuando quería apropiarse del octavo Congreso en Madrid.

–¡Entonces nos toca a nosotras! También hemos trabajado mucho y merecemos nuestras compensaciones… –dijo Isabel Oyarzábal, y escribió directamente sin apenas pensar:

> *El feminismo era una doctrina casi desconocida en España hace apenas dos años. Desde entonces han surgido numerosas sociedades y organizaciones. Nosotras hemos venido en representación del Consejo Supremo Feminista de España, formado por seis sociedades y dos delegaciones, cuyo objetivo común es la obtención de la independencia política, económica y social de las mujeres a través del voto, la petición de igual salario para igual trabajo, la derogación de todas aquellas leyes que restrinjan los derechos de las mujeres en relación con los de los hombres…*

Luisa Gorostidi tradujo en palabras los sentimientos que albergaba cada una de las dos.

–¿Qué mejor ocasión que el octavo congreso para publicitar nuestra asociación?

Por la tarde la sala de reuniones del Plain Palais era un hervidero de mujeres de todas las nacionalidades. La diversidad de atuendos y de lenguas, las idas y venidas, los saludos y encuentros, el desorden ilusionado, confirieron a la presentación de los Informes de los distintos países el aspecto de una pequeña torre de babel, donde era más importante la semejanza en la variedad que las disquisiciones particulares. Las asociadas de la *UME* buscaban a la Marquesa del Ter, que parecía haber sido tragada por el monstruo multiforme, y a medida que se acercaba el turno de la exposición todas se aproximaron para oír a las delegadas de las naciones precedentes.

Suzanne Grinberg, representante de Francia, leyó un elaborado estudio de los progresos feministas en su tierra desde el Congreso de 1913; Gran Bretaña reclamó el desempeño de funciones públicas por parte de la mujer y, sobre todo, el estudio de todas aquellas reformas necesarias para asegurar una verdadera igualdad de estatus, libertades y oportunidades; Grecia habló de sus distintas sociedades sufragistas y, de parte de Italia, intervino la famosa Margarita Ancona, que presentó un detallado informe sobre la situación de las mujeres italianas.

Cuando Isabel Oyarzábal leyó las cuartillas de su Informe en inglés, casi ninguna de las espectadoras españolas comprendió lo que acababan de oír.

–Pero, ¿y la petición del voto? –se sorprendía Cándida.

–¿Y la igualdad en el matrimonio? ¡No ha dicho nada de la patria potestad! –exclamaba Beatriz–. ¿Por qué no ha hablado de la igualdad laboral o del derecho a una misma educación?

–¡Tampoco ha nombrado a la *Unión de Mujeres*! ¡Únicamente ha citado a su propia asociación, como si nosotras no existiéramos!

–¡Las verdaderas peticiones de las sufragistas se han quedado en el tintero! –concluyó *Magda Donato*–. Además, ¿dónde se ha escondido Lilly Rose?

Graciela de Parente, que aún no había dicho nada, les advirtió:

–Me parece que ha habido algún pequeño inconveniente… –y, en medio de confusos circunloquios, tuvo que relatarles lo mejor que pudo el "malentendido".

***

La semana en Ginebra pasó rápidamente. Desde su comienzo el domingo día 6 hasta el viernes 11, las mujeres reunidas habían tratado en un ambiente de máxima eficacia los temas acuciantes que allí las habían reunido. A última hora sólo quedaba la proclamación de las representantes oficiales en los distintos países, la elección de los miembros del Cuartel General y la resolución de algunos asuntos pendientes.

Anna Wicksell, en la tarde del último día, tenía la obligación de emitir el dictamen sobre la admisión de las nuevas naciones asociadas, así que, en compañía de miss MacMillan, citó a las españolas para notificarles su resolución. Primero les informó del curso de otras solicitudes: Argentina, Uruguay y Grecia no habían tenido problemas al pasar su supervisión; pero Palestina no pudo ser admitida porque aún no había sido reconocida como estado. Las otras dos nuevas asociaciones inglesas tampoco habían tenido suerte, ya que no se habían encontrado diferencias sustanciales entre ellas. Sin embargo, en el caso de España… eran necesarias ciertas matizaciones.

–Seguimos constatando que en España –indicó Anna Wicksell a las asistentes– son dos las asociaciones peticionarias, ambas con domicilio en Madrid: la *Unión de Mujeres de España* y el *Consejo Supremo Feminista de España* y que, de observar estrictamente los estatutos de la *Alianza*, sería imposible aceptarlas…

Las españolas se volvieron a mirar con un renacido aborrecimiento, pero miss MacMillan estaba decidida a proporcionarles una agradable sorpresa, a la vez que les enseñaba una difícil lección de confraternidad.

–No obstante, es tan firme nuestro deseo de apoyar al naciente feminismo hispano que… –añadió con gesto triunfal– ¡nos hemos propuesto admitir a las dos asociaciones!

–Hemos decidido aceptar a ambas en el mismo régimen en que se admitió anteriormente a las sociedades danesas de Julia Arenholt y Elna Munch –aclaró Wicksell–, de forma que las comunicaciones con la *Alianza* se puedan realizar directamente y sin pasar a través de un comité federal.

Mientras mistress Wicksell y miss MacMillan hablaban, las españolas habían callado expectantes, oyendo latir sus acelerados corazones. Por fin, las asociadas al *Consejo Supremo* sonrieron satisfechas, sintiéndose triunfadoras, y las de la *UME* se empecinaron en un terco silencio. La Marquesa del Ter no acusaba en su rostro emoción alguna.

–El número de representantes se decidirá según el número de miembros de cada asociación –y miss MacMillan dirigió una mirada significativa a todas las presentes–, de modo que a cada una de ellas corresponden hoy por hoy tres delegadas.

–Las delegadas aceptadas por la *Alianza* –concluyó la encargada del comité de admisión– son, de acuerdo con sus solicitudes, la Marquesa del Ter, Graciela de Parente y *Magda Donato*, en representación de la *Unión de Mujeres de España*; y, por parte del *Consejo Supremo*, Isabel Oyarzábal de Palencia, Luisa Gorostidi y Ana Picar.

La *ANME,* a través del *Consejo Supremo*, había conseguido embarcarse en la aventura del feminismo internacional como pareja de la *UME*, que estaba obligada a aceptarla. Las representantes de la *Alianza* sabían lo que hacían:

habían uncido en un mismo yugo dos voluntades que, en adelante, deberían caminar a la par.

–Espero que nuestro trabajo en común sea altamente productivo y deseo firmemente que todas ustedes obtengan grandes triunfos –concluyó Chrystal MacMillan a modo de despedida.

Por fin, las mujeres fueron saliendo después de besar calurosamente a las representantes de la *Alianza*. Cuando llegó el turno a la Marquesa del Ter, miss MacMillan se demoró en un abrazo más cálido.

–Lo importante no son las palabras, sino los hechos… y tú has obrado bien –y Lilly Rose la miró a través de la niebla melancólica que anegaba su corazón.

–Yo no soy la que ellas han visto… ¡No merecía esa traición!

Chrystal entendía el desencanto de la Marquesa y sabía que había actuado sin doblez, pero también pensaba que los sufrimientos y los sacrificios personales, en la causa por la que luchaban, no contaban: no existía ninguna recompensa personal y el único saldo era el beneficio para el sexo femenino.

–Olvídalo –le dijo, indicando con un gesto que aquello no tenía importancia–. Nuestra causa es mucho más elevada que esas nimiedades. Cuando se lucha por la libertad no debe importar ningún dolor, ninguna desilusión personal. Quiero verte de nuevo y quiero ver que sigues batallando, aún más que antes.

Lilly Rose, que en el fondo se sintió comprendida, oprimió las manos de la inglesa, que tenía entre las suyas, y contestó con un suspiro profundo:

–No lo dudes. Volveré. Yo nunca puedo dejar de luchar…

Y, al salir, sonrió.

***

El sábado, día 12, aún continuaron algunas reuniones para acabar los trabajos pendientes, aunque muchas mujeres comenzaban su viaje de regreso. Quedaba la triste obligación de la despedida.

Cuando volvieron al hotel para recoger, por fin, sus pertenencias, Cándida advirtió que Beatriz dejaba a un lado el baúl que compartían y sacaba una pequeña maleta de debajo de la cama.

–No vuelvo a Madrid. No deseo seguir en España. Mis recuerdos más felices… no están allí.

Cándida sintió una especie de punzada, dolorosa y profunda, pero, por vergüenza, calló. Recordó los días entrañables de amistad en Logroño, y la alegría de volver a casa al salir de su escuela y encontrar a Beatriz. El piso de la calle de Portales, heredado de sus padres, había sido un refugio silencioso durante los primeros años de orfandad y, después, el convento recoleto donde se encerraba a leer y a pensar en su soledad. Cuando llegó Beatriz, al principio fue hospital y fue iglesia en silencio donde sanar a un enfermo, pero luego se convirtió en huerto de risas, en concierto: las campanas de la Redonda y la risa de Beatriz, el repiqueteo de la Iglesia de Palacio y de San Bartolomé, y otra vez la risa y los juegos. Había sido la época más feliz de su vida. Pero no había ya nada que decir. Nunca se rebajaría a pedir o a suplicar… La compañía, el amor, la amistad se encuentran cuando el destino lo ordena. La vida sigue sus propias leyes. No se puede pedir más de lo que la vida quiere dar.

Delante de Beatriz no quiso mostrar su tristeza y se esforzó por evitarle una despedida enojosa. Nada debía turbar los tiempos felices. El recuerdo común había que protegerlo en el hueco de las manos para que durase toda la vida. "Yo soy más que eso" se decía cuando se notaba flaquear, "yo soy más… y por eso no voy a llorar". Y no lloró. Recogió con desesperación contenida sus vestidos, sus notas, sus objetos de aseo. Lustró con denuedo sus botines de largos cordones… y se ofreció a acompañar a Beatriz al tren que partía hacia París para llegar, desde allí, hasta Londres.

Al volver al hotel se encontró con María Lejárraga, que acabó por adivinar lo que Cándida nunca le hubiera podido contar.

–Es muy pronto para que las riojanas volvamos a casa –le ofreció la escritora–. Te propongo un pequeño viaje por la vecina Alsacia. *ABC* me paga otra crónica, esta vez sobre una fiesta local francesa, y necesito una secretaria que además de simpática sea inteligente...

Cándida, por primera vez en su vida, se sentía flotar en una apatía mortal que le anulaba todas las facultades de la voluntad, así que agradeció que María le ofreciera una alternativa, aunque fuera provisional, y una

compañía. No tenía fuerzas suficientes para seguir de inmediato su vida en soledad.

Cuando salían del hotel el recepcionista las alcanzó en la calle para mostrarles un cuaderno que tenía en las manos. Alguna de las españolas lo había dejado olvidado en su habitación y se lo mostraba a las últimas visitantes para que lo devolvieran a su propietaria. En la portada, la caligrafía ampulosa de Lilly Rose había dibujado un título con una fecha, *Diario, agosto de 1919-febrero de 1920*, posteriormente semitachado por el aspa de dos trazos entrecruzados.

–Tú la has de ver primero –dijo Cándida–, guárdalo tú.

Pero María Lejárraga sonrió.

–No, si lo ha olvidado, es porque ella ya no lo quiere. Lilly Rose ha abandonado al destino una parte de su vida que no debiera haber ocurrido. Es una forma de dejar atrás algo doloroso para que ya no la asalte de nuevo y para poder olvidarlo. Guárdalo tú. Quizás te sirva para mitigar alguna pena.

Cándida ojeó el cuaderno, repleto de fechas y palabras misteriosas y pensó en lo extraño que era que una mujer tan afortunada tuviera un dolor escondido tan hondo. La Marquesa del Ter no solía demostrar sus debilidades… En eso las dos se parecían bastante.

***

Por fin, María y Cándida iniciaron su viaje. Mientras la mayoría de las españolas ya había vuelto a sus lugares de origen, las dos mujeres tomaban un tren en la estación Cornavin de Ginebra para seguir esta vez un camino distinto, ahora hacia el oeste: María, pequeña y graciosa, y Cándida, más alta y más desgarbada que nunca. Sin embargo, la nueva aventura no iba a resultar del todo halagüeña.

María intentaba animar a su compañera, aunque este cometido no resultaba sencillo:

–Veremos Estrasburgo y Colmar, las dos ciudades más importantes de Alsacia. Va a ser un viaje muy interesante. La cuenca del Rin… la Selva Negra… ¡Estoy dispuesta a tirar la casa por la ventana!

Al ver que Cándida no se animaba, María atacaba a través de otros bajos instintos:

–Seguro que no has probado el *choucroute* ni tampoco un cocido alsaciano excelente que se llama *baeckeoffe*.

Cándida agradecía los desvelos de su amiga, pero pensar en comer le resultaba insufrible.

–También están las *tartes flambés*, el *pain d'épice*…

Y la joven contestaba con un hilo de voz intentando no dejarse llevar por las náuseas:

–Seguro que todo eso está buenísimo…

–El símbolo alsaciano más hermoso es la cigüeña blanca. Alsacia está plagada de cigüeñas, aunque antes todavía había más. Allí se da anualmente un gran congreso de cigüeñas que se juntan en el centro de Europa antes de sus migraciones a África. Las elegantes portadoras de los niños simbolizan en esta tierra la fecundidad y la felicidad. ¡Las cigüeñas son buenas amigas de las mujeres!

Cándida sonreía forzadamente y se dejaba guiar. La primavera estaba siendo calurosa y los viñedos que se extendían plácidamente a los lados de los caminos mostraban a las claras que los caldos alsacianos debían ser deliciosos.

Colmar, la capital del vino alsaciano, en una primera ojeada les pareció un hermoso lugar, con sus casas pintadas de colores pastel. María tenía el cometido de escribir un artículo para su periódico sobre la fiesta del 21 de junio y se alegró cuando vio a un grupo de jóvenes ataviadas con el traje tradicional, con el enorme tocado en forma de *papillon* o alas de mariposa.

–Esto va a resultar muy interesante.

Sin embargo, cuando se dejaron llevar por el barullo de la muchedumbre vieron que algo no iba bien. Las calles estaban llenas de gente y la alegría oficial hacía lo posible por exaltar la fiesta: sonaban clarines de victoria y mucha música militar, estaban anunciados bailes al aire libre y, sobre todo, se exhibían banderas, muchas banderas de todos los países aliados en los edificios públicos, en los bancos y en los grandes almacenes. Había banderas

infinitas y de todos los tamaños: inmensas para los torreones y diminutas para los palilleros. La alegría oficial era completa, pero… el pueblo circulaba despacio por las calles engalanadas sin conseguir entusiasmarse. Cándida y María, que miraban a la gente pasar sentadas en los veladores de un café, entablaron conversación con un matrimonio de la mesa contigua:

–¡Ay, señora, es que todos tenemos tanta tristeza en el corazón! –comentó la mujer.

–Precisamente, en esta fecha, hace dos años –indicó el marido bajando la voz– pocos días antes del armisticio ¡cayeron tantos!

–En cada aldea de Francia hay una placa conmemorativa o un modesto monumento con los nombres de los hijos del pueblo que han muerto en el campo de batalla. Hasta en el villorrio más mísero esos muertos pasan de veinte…

–¡Francia se ha quedado sin juventud! –concluyó el hombre con la mirada velada, como queriendo ocultar un doloroso recuerdo.

Un camarero se afanaba entre las mesas y, cuando se acercó, observaron que tenía tremendas señales en el rostro, deformado por cicatrices, al igual que las manos.

–Y los que quedan… –siguió la mujer de nuevo en voz baja– los que quedan, ya lo ven ustedes, son lisiados, hombres débiles, a veces sin brazos, sin piernas… y trabajan en oficios que exigen poca fuerza y que apenas dan para vivir…

María se encendía de indignación:

–¡Malditas las guerras! Estoy convencida de que el patriotismo que engendra las batallas es el nombre mendaz que encubre el negociar desenfrenado. El dinero de unos cuantos, que ya tenían mucho, ha exigido "picadillo de hombre" para seguir engordando.

–¡Y qué dolor de la vida malgastada, de la juventud sacrificada! ¡El tesoro y la gloria del mundo hecha pedazos!

–La bolsa que engordó con su carne ahora les olvida… –dijo Cándida.

–¡O les da una limosna miserable disfrazada con el nombre de pensión de guerra –aseveró con tristeza la señora!

–Y esto no sólo ha pasado con los pobres –intervino el marido–. Los balnearios también están llenos de inválidos más acomodados… ¡y hasta las niñas ricas tienen que jugar solas al tenis!

–Saturno ha devorado a sus hijos, y el negocio ha exigido tanto que le ha sido preciso echar la propia carne al infierno –concluyó María, mientras pensaba que no podía soportar tanta lástima.

Cuando volvían al hotel vieron en una librería la primera edición francesa de *Los hombres en guerra*, del austriaco Andreas Latzko, y María lo compró para Cándida, que se había mostrado interesada.

Después de leer el primer capítulo, ambas lo comentaban en la penumbra de su habitación.

–Latzko echa cierta parte de culpa de la guerra a las mujeres –explicó Cándida–. Dice que ellas, por querer ser valientes, han dejado marchar al hombre a la guerra o lo han empujado hacia ella, por ignorancia o por necedad, cuando el hombre estaba esperando el alarido de protesta de su esposa para no marchar.

–Las sufragistas han abofeteado ministros –recordaba María–, o se han encadenado a las farolas para pedir el sufragio… pero, es cierto, han sido valientes y no se han opuesto con toda el alma a que sus hombres fueran a la guerra.

Cándida meditaba.

–¿Crees que, realmente, han sido responsables las mujeres por dejarles marchar? ¿Por tener… la valentía de dejarles marchar?

Y María asentía.

–Nosotras aún tenemos el sagrado derecho a ser cobardes. ¡Cobardes a mucha honra!

–¿Cobardes? –dijo Cándida con tristeza–. Creo que yo misma tampoco hubiera sabido ser cobarde: no hubiera sabido impedir marchar a la persona querida.

Y se acordó de otra partida, de un tren que se alejaba implacable y de otro tipo de valentía. Dejar marchar, dejar marchar… La vida decide ella sola hacia dónde va. Después suspiró y recordó las voces vibrantes de las niñas de

su escuela, el calor de la estufa de leña, el aula limpia y ordenada, la ilusión de enseñar a vivir a los que empiezan…

–Marchar lejos, o regresar… ¡Volver a casa! –dijo de nuevo la chica a María–. En algunas ocasiones, es el futuro el que nos viene a buscar para llevarnos consigo. Sólo nos pide tomar la maleta y estrecharle la mano… Sin embargo, otras veces, lo único que se puede elegir es… volver a casa.

María Lejárraga miró con ternura a su joven amiga, cuyo rostro, velado en la sombra, parecía sereno. “Volver al hogar, cuando se tienen raíces, cuando se tiene un hogar…”, pensó la escritora, pero no se atrevió a dar cuerpo de voz a su idea. “¿Por qué cuesta tanto aprender a vivir? ¿Por qué resignarse a perder una parte del alma cada vez que se pierde un anhelo?”.

–Duerme, querida –concluyó, y le hubiera gustado arroparla como si fuese una hija.

PARTE CUARTA

La sonrisa triste

(31 DE MAYO DE 1921)

Me llamo Cándida, Cándida Sanz Pedriza, y el traqueteo del tren parece que quiere repetir en letanía mi nombre: *Cándida Sanz, Cándida Sanz*. Me miro los botines con largos cordones bien ajustados para sujetar los tobillos: podré así cargar con la maleta, que pesa bastante, tan llena de libros comprados en Madrid. El tren cabecea y aún no hace mucho calor este día de comienzos de junio de 1921. Vuelvo a casa, de nuevo vuelvo a casa… vuelvo a casa. A una estación donde nadie me espera, a mi trabajo en la escuela, a la rutina diaria, endulzada por la lectura de libros, periódicos, noticias de Madrid, noticias del mundo. Fueron María Lejárraga y la Marquesa del Ter las que me escribieron para que me sumara a *su fiesta*. Y yo me decía: ¿irá también ella? ¿Vendrá a Madrid a encontrarse con todas nosotras? Una letra ampulosa en un sobre con un anagrama, otra cuartilla con letra pequeña y la firma de María. Y abrazos, saludos, recuerdos, y besos y abrazos. "Por primera vez en España vamos a organizar una verdadera manifestación feminista. Seremos tantas, tantas… Has de venir el 31 de mayo". Y sí que había muchas mujeres, muchas. A la cabeza Carmen de Burgos… más Carmen que nunca, tan *Colombine* como siempre, con su gran sombrero, con sus guantes de hilo tan finos, con su bolso y sus flores, con su título de presidenta de la *Cruzada de Mujeres*, la nueva asociación que fundó el año pasado para relacionarse con las portuguesas, y con las americanas de la América del Sur… Y la Marquesa del Ter, sobria y elegante, como presidenta del *Consejo Nacional de Mujeres*, y la doctorcita Aleixandre, que es ahora presidenta de la *Unión de Mujeres de España*, y la Marquesa de Argüelles y, sobre todo, maestras, muchas maestras, miles de maestras entre las que yo me encontraba, y unas cuantas *Federaciones de Obreras* de Barcelona, de Alicante, de otras provincias, y allá en una esquina (creo que eran ellas, por fin eran ellas) las mujeres de la *Asociación Nacional de Mujeres de España*, y muchas otras estudiantes, y muchas, muchas obreras, y todas, todas las profesoras de la Escuela Normal, y todas las intelectuales… ¡y hasta Pastora Imperio! Casi todas estaban, casi todas. Y el tren que repite ahora *Cándida Sanz, Cándida Sanz* me duerme y me trae el recuerdo de la voz estentórea de Carmen de Burgos en la Carrera de San

Jerónimo alzándose ante el Congreso de los Diputados: “La Cruzada de Mujeres Españolas*, en nombre de todas las asociadas, y creyendo interpretar los sentimientos de renovación social de la mujer en España* –y los niños reían, mientras sus madres les increpaban y les amenazaban con algún capón, y los viejos sonreían con ojillos burlones– *ha acudido al Congreso para hacer entrega de sus reivindicaciones*”. Y, de pronto, yo tampoco lo esperaba, algunas mujeres que me habían parecido tan gordas, de pronto, sacaron de debajo de las chaquetas todos aquellos panfletos que empezaron a volar hacia arriba, hacia arriba… hacia abajo, hacia abajo. Sorpresa asombrosa. María Lejárraga, divertida y traviesa, reía; Lilly Rose sin perder la compostura (tan seria) entregaba a todos los que pasaban un panfleto feminista con el mismo gesto displicente con que les hubiera saludado en la ópera (“ustedes que son tan inteligentes como yo, ya saben que las mujeres tenemos razón”). Y muchas otras, por las calles cercanas, Cedaceros, Marqués de Cubas, Echegaray o la calle del Prado, asaltaban a los curiosos y a los paseantes y les enjaretaban el panfletito. *Las sufragistas españolas en el Congreso* titularon los periódicos nuestra algarada al día siguiente y los vendedores lo voceaban para aumentar las ventas. Algunos miraban por encima del hombro, pero muchos curiosos nos animaban con gritos, y hasta alguno que otro nos piropeó. *Muchachas jóvenes y bonitas* decía de nosotras el *Heraldo de Madrid*. “Será que cada uno ve lo que quiere”, bromeaba María Lejárraga, que ya no es tan joven. Cuando ya se había juntado mucha gente, Carmen de Zulueta y su hija, una niña preciosa de diez años, comenzaron a leer el panfleto alternándose en cada uno de los artículos, mientras la muchedumbre aplaudía. “*Igualdad completa de derechos políticos para ser electoras y elegibles lo mismo que los hombres*”, decía la madre, y la hija contestaba con su voz cantarina: “*Igualdad de derechos civiles y reforma del Código Civil*”; “*Que sean derogadas las leyes que cierran a las mujeres determinadas carreras o empleos*” y la madre miraba con ilusión a su hija; “*Igualdad con el hombre en Derecho Penal*”; “*Que el jurado sea constituido por individuos de los dos sexos y no sólo por hombres*”; “*Que exista la investigación de la paternidad*”; “*Que tengan los mismos derechos los hijos legítimos y los ilegítimos*”, “*Que el Estado proteja a los centros de instrucción*

moral y cívica de la mujer"; "*Que desaparezca la prostitución reglamentada*"... Una madre y una hija y cuántas ilusiones para el futuro. Una voz cantarina y otra voz más gastada. Tantas veces ha dicho María Lejárraga que lo que anima a las *feministas furiosas* es el futuro de los hijos, el pan de los hijos (los legítimos y los que no tienen padre), la felicidad de los hijos, la justicia para las hijas… "*Y todas estas demandas están contenidas en los artículos de la* Carta de la Mujer*, que se firmó el año pasado en el Congreso Internacional de Ginebra*", subrayó María al terminar la lectura. Se acercaba la hora del comienzo de las sesiones y seguíamos en la puerta, pero los diputados tenían que trabajar, así que comenzaron a aparecer uno tras otro. El Presidente del Gobierno, Manuel Allendesalazar, con bigote y perilla blanca, al llegar se detuvo a conversar un ratito; al poco el Conde de Romanones, de nariz grande y cara alargada, nos saludó con gran efusión: "*Tendrán ustedes el voto, ¡qué duda cabe!*"; Alejandro Lerroux, corpulento, con el sombrero en la mano, las gafas redondas y el bigote de puntas levantadas, prometía: "*Yo seré quien se lo conceda*"; el Vizconde de Eza, Ministro de Guerra, guiñando los ojos a *Colombine*, se las daba de galanteador contumaz: "*Con sufragistas así, somos nosotros los que debemos pedir*"… Y muchos otros diputados también ofrecían su apoyo… ¡Incluso Francisco Bergamín me tomó de la mano el panfleto! En la calle seguía la gente pasando y les dábamos el manifiesto sobre todo a los hombres. Alguno, asustado, no se atrevía a acercarse y cuando un lechuguino rechazó el papel la gente reía y gritaba: "*¡Ese no sabe leer!*". Yo casi era feliz, aunque… ella no estaba. Miraba buscando al final de la calle, pero ella no aparecía; y en el fondo de mi alma pensaba que no había encontrado lo único que había venido a buscar. Al cabo del rato *Colombine* anunció con gran ceremonia: "*Y ahora ha llegado el momento de entrar: haremos entrega de nuestras reivindicaciones a todos diputados en el lugar de reunión de nuestra representación nacional*". La salva de aplausos y de gritos nos ensordeció, y yo seguía mirando todavía a los lados, al fondo, a lo lejos, ¿vendrá?, ¿vendrá?, y no me di cuenta de que María me cogió de la mano y me empujó hacia adentro y me dejó de tapón entre la muchedumbre y el *grupo selecto* que ingresaba al Congreso. Quedé en el dintel protegiendo con mi cuerpo la entrada hasta

cerrarse la puerta a mi espalda. La muchedumbre, en olas concéntricas, se acercaba y se alejaba, me empujaba o me olvidaba, y yo sentía que era como la parte de un mar denso y espumoso, como la parte de un mundo cálido y laborioso, cuyas manos y pies se movían al compás de una voluntad ajena a cada miembro. Yo soy Cándida, yo soy la multitud que respira y que vive… pero ella no estaba. Caramelos. Les dieron caramelos. Y cuando a la salida aplaudimos a Carmen de Burgos, a la Marquesa del Ter, a María Espinosa, todas se mostraban risueñas después de haber entregado nuestras peticiones. "*Se lo dimos en mano a José Sánchez Guerra, el Presidente del Consejo de Ministros*", decían. "*El comunicado se ha cursado al Congreso y al Senado y aquí está el sello del Congreso y va a salir en el Diario de Sesiones: igualdad completa de derechos civiles y políticos*". Los periódicos del día siguiente se ufanaban de que los diputados les hubiesen dado a las mujeres caramelos. "*En el extranjero* –decían–*, a las sufragistas las llevan a la cárcel, pero en España, los caballeros del Congreso les han dado caramelos*". España, España… Estamos guapas en la fotografía. El *Heraldo de Madrid* y *El Liberal*, el suplemento gráfico de *El Imparcial*… Una gran fotografía con mujeres que muestran panfletos y sonrisas orgullosas. La niña de Zulueta, preciosa, con los calcetines altos, blancos, el sombrerito gracioso; el Presidente del Congreso con su gran sombrero de copa, *Colombine* y su sombrero de flores. Estábamos muchas, casi todas. Y en un momento en que ya no pude más, acabé por gritar lo que llevaba tanto rato callando: "Pero, ¿no va a venir Beatriz?". Lilly Rose contestó como quien anuncia una verdad sabida por todas: "No ha podido venir: ¡es feliz!" (¿No puede venir porque es feliz?, ¡qué extraño!). Y María Lejárraga se encogía de hombros: "Es que tiene novio; ahora tiene novio de verdad…". Estamos casi guapas en la fotografía, aunque yo me veo una sonrisa triste. El tren cabecea y me miro las botas con largos cordones. Tiene novio y es feliz, tiene novio de verdad. Veo mi maleta y me miro las manos. *Cándida Sanz, Cándida Sanz*. Letanía de un nombre.

Epílogo nocturno: cola de cometa

Cuando me operaron de cáncer de mama dio un vuelco mi vida. Yo sabía que era una enfermedad que aquejaba a muchas mujeres y que, diagnosticada a tiempo, solía tener muy buen pronóstico, pero se ve diferente si se vive en la propia piel. Ya al salir del hospital me sentía bastante bien, pero carecía de fuerzas para retomar mi vida anterior. Por eso decidí comenzar con el voluntariado. Quizás si ayudaba a los demás vería de nuevo nacer en mí el deseo de vivir. Elegí acompañar a los ancianos por propio egoísmo. Pensaba que alguien que ya había vivido mucho acaso sería capaz de enseñarme el deseo de agarrarme a la vida. Me aconsejaron una residencia de ancianos en las afueras de Logroño y allí la conocí a ella.

–Le podemos asignar a esa señora del fondo. Nunca la visita nadie

Así fue como conocí a Cándida Sanz. A lo largo de más de diez años la he estado acompañando durante dos tardes a la semana y la he visto arrastrar penosamente su vida hasta el día de su muerte, con ciento cuatro años. Si al principio comencé las visitas como un acto más bien altruista, con una especie de contenido social, poco a poco fui cobrándole tal cariño que sentía que ya no la podría abandonar. Nunca la visitaba nadie.

Cándida era una anciana muy solitaria. Cuando la conocí tenía más de noventa años, pero no era una viejecita encorvada ni decrépita, sino que conservaba una gran fortaleza física. Se la veía pasear sin bastón, subir escaleras sin apenas cansarse y nunca se quejaba de dolores ni parecía aquejada de ninguna enfermedad importante. ¡Cuántas veces la fui a visitar sintiéndome enferma mientras que ella siempre gozaba de una salud envidiable! Las tardes de primavera y verano la encontraba paseando por el jardín, la cabeza altiva, el cabello completamente blanco, erguida y ausente, como si en vez de hollar las veredas de la residencia de ancianos estuviese realizando una misión importante.

Sin embargo, aunque su cuerpo no parecía acusar profundamente el paso del tiempo, a partir de los noventa años había comenzado a perder facultades mentales. Pasaba muchas veladas sin hablar, apenas tomando el sol y respirando el aire de la tarde. Yo procuraba contarle pequeñas anécdotas

para que su mente no se alejase del mundo, le decía palabras sencillas para conjurar el olvido. Muchos días, ella me repetía su nombre: "Me llamo Cándida Sanz Pedriza y he nacido en San Millán de la Cogolla, provincia de Logroño". Siempre añadía "provincia de Logroño" como una cantinela aprendida de memoria y yo se lo hacía repetir una y otra vez para que no se extraviase a sí misma en los intrincados laberintos de los recuerdos perdidos.

En una ocasión en que estaba especialmente risueña me dijo:

–Te voy a enseñar mis secretos.

Me llevó a su habitación y allí comenzó a sacar toda su ropa, apilada ordenadamente en el armario.

–Mira, mira –me decía, mientras me mostraba unas viejas enaguas–. ¡Qué vestido más bonito me han regalado!

Yo asentía a sus desvaríos para que siguiera contenta y la animaba a seguir. Cuando ya no quedaba nada, apareció en el fondo del armario una pequeña caja de madera. La señaló y dijo gravemente que allí se encontraba su vida. Después suspiró en una queja:

–Mi vida… ¡una rosa de espinas!

Aquel día no me atreví a sugerir que la abriera, pero a partir de entonces muchas veces me acordé de ella y hasta llegué a fantasear con un contenido misterioso.

A medida que se repitieron nuestros encuentros fue aumentando el mutuo cariño. Yo comprendía sus silencios y notaba que, algunos días, Cándida, perdida en la niebla de su mente gastada, apenas me distinguía de las cuidadoras que la atendían, pero en otras ocasiones me mostraba una amistad deferente. Fue así como una vez, en una tarde de mayor lucidez, le volví a preguntar por la caja misteriosa. Cándida me miró y asintió con la cabeza. La acompañé hasta el armario y, con gestos pausados de oficiante, la sacó de su escondite y la abrió. Dentro, se disputaban un lugar contra el olvido los recuerdos preservados en su lucha por la vida: recortes de periódico apilados en un escrupuloso orden cronológico, cartas con fechas antiguas, un viejo diario de tapas gastadas con la letra de Cándida, un cuaderno de la Marquesa del Ter y, al fondo del todo, en testimonio nebuloso de lo que no

pudo ser, una fotografía con la firma de un amigo: un hombre de recia figura –pantalón marrón, chaqueta cruzada de pana y visera de paño– sonreía a la cámara protegiendo a una mujer de mirada sumisa y a media docena de niños de distintos tamaños.

Desde aquel momento, la curiosidad por desentrañar el sentido escondido de su vida se convirtió en mí en una obsesión, así que muchas tardes conseguí convencerla para visitar su secreto y releer aquellos textos que ella, en fragmentos inconexos, sabía de memoria. De este modo compartimos sucesos antiguos y de este modo conocí la historia de Cándida en la época más feliz de su vida, sus contactos con la *Unión de Mujeres de España*, su visión del Madrid de 1918, su amistad con María Lejárraga, Clara Campoamor y la Marquesa del Ter, su viaje a Ginebra, su vuelta a Logroño… La historia que antecede a estas páginas ha nacido de la revisión de los documentos que Cándida guardaba en su caja escondida, que muchas veces recojo en su forma textual, a partir de las noticias de los periódicos de la época y, especialmente, a partir de los manuscritos de su propio diario y del texto de la Marquesa del Ter.

Fue pasando el tiempo y, cuando casi llegaba a los cien años, mi vieja amiga ya no quería recordar. Sus ojos se fueron quedando completamente blancos por el avance de las cataratas y su mente iba perdiendo poco a poco el registro de aquella su vida anterior. Hubo días en que apenas me habló. Unas veces me tomaba la mano y la acariciaba y otras, como por un gran sufrimiento o enfado interior, me la apretaba con tanta fuerza que acababa lastimándome.

En la residencia apenas conocían su pasado. En una ocasión cuando, al llegar, pregunté por “la maestra” nadie me supo responder, hasta que les aclaré que la maestra era Cándida. Una enfermera veterana me lo explicó:

–Cándida no era maestra. Bueno, tenía el título y debió de ejercer antes de la Guerra, pero después del 39 fue depurada y ya no pudo volver a enseñar. Se ganaba la vida cosiendo y planchando.

Imaginé a Cándida ganándose el pan con aquello que más odiaba y pensé que la vida era injusta. Pero yo, conociendo sus ideales y embriagada por historias antiguas, quería saber más, y los días en que estaba más lúcida la atosigaba a preguntas:

–Cándida, ¿qué pasó con la Marquesa? ¿Qué fue de *Colombine*, de María Lejárraga o de Clara Campoamor? ¿Qué pasó con *Celsia Regis*? ¿Fueron dichosas un tiempo al menos?

Cándida suspiraba y casi siempre callaba. Sus ojos opacos me miraban extraviados y muchas veces lo que parecía querer empezar a ser una idea acababa en un murmullo indescifrable.

Día a día, con mi insistencia, conseguí rescatar una parte de ese pasado, y así he sabido que la Marquesa del Ter murió en Madrid en abril de 1936 y que su esposo, arruinado, la sobrevivió hasta 1940 y tuvo que litigar duramente para acceder a una pensión familiar, después de sufrir la muerte de su hijo en Marruecos al comienzo de la Guerra Civil.

María Lejárraga fue abandonando paulatinamente su labor de escritora para comprometerse cada vez más en la vida política: ingresó en el Partido Socialista Obrero Español y llegó a ser diputada por Granada en 1933, cuando tenía casi sesenta años. Al poco de estallar la Guerra Civil fue nombrada Agregada Comercial en Suiza y a finales de 1937 se ocupó de la evacuación de niños republicanos a Bélgica. Ya nunca regresó a España. Pasó la Segunda Guerra Mundial ciega y aislada en su casa de Cagnes sur Mer, cerca de Niza. En 1950 se instaló en Buenos Aires, donde continuó escribiendo y publicando en revistas femeninas hasta que murió en 1974, cuando tenía casi cien años.

Carmen de Burgos conservó su carácter combativo y resuelto durante toda su vida: murió en octubre de 1932, mientras pronunciaba una conferencia en el Círculo Radical Socialista y, según la leyenda que circuló por Madrid, expiró con el nombre de la República en los labios.

Clara Campoamor, después de distintos trabajos y oposiciones, comenzó los estudios de Derecho y se licenció a los 36 años. Ejerció como abogada con gran éxito, participó activamente en la *Juventud Universitaria Femenina*, filial de la *ANME*, y en 1929 presidió la delegación española en el Congreso de la *Alianza* celebrado en Berlín. En 1931 fue diputada por el Partido Radical y gracias a ella se aprobó el sufragio femenino en la Constitución de la II República. Después de la Guerra Civil estuvo exiliada en Argentina. Volvió brevemente a Madrid en 1947, pero fue reclamada por el

Tribunal de Responsabilidades Políticas, así que tuvo que refugiarse en Suiza, donde murió en la soledad del olvido en 1972.

De Consuelo González, la *Celsia Regis* de los años veinte, Cándida no sabía nada, y tampoco de *Magda Donato*, aunque de esta última yo he conocido que colaboró con el dibujante Salvador Bartolozzi escribiendo y representando teatro infantil, y que finalmente se exilió con su compañero a México, donde murió en 1966.

Cándida apenas me quiso hablar de Beatriz, pero entre sus papeles leí que marchó a Londres, se casó y tuvo cuatro hijos. Nunca volvió a España.

–Debió de ser feliz… –resumía Cándida cada vez que yo preguntaba por ella.

Cuando mi amiga cumplió cien años le hicieron una pequeña fiesta en la residencia. Habían avisado a unos parientes lejanos, que vinieron a verla, aunque ella no los reconoció. Alguno había tenido la idea de insertar una pequeña nota conmemorativa en un periódico local que aparecía quincenalmente en San Millán de la Cogolla.

Sin embargo, Cándida ya no era Cándida, apenas era nadie: su cuerpo se resistía a morir, pero su espíritu y su razón habían escapado hacía tiempo a los espacios siderales. A pesar de todo, empecinadamente, su corazón siguió funcionando todavía cuatro años más y su sangre continuó regando contra viento y marea aquellos miembros cada vez más torturados por el deseo de morir, como un árbol desprovisto de raíces que sigue manteniendo con vida algunas hojas rebeldes inexorablemente.

Por fin, una infección de oído que los médicos no lograron curar consiguió llevarse a la anciana en una tarde de invierno. Yo no lloré. Cuando la visité por última vez, ahora ya definitivamente inerte, creí que me embargaba una fuerza extraña, una determinación orgullosa. Nadie asistió a nuestra despedida y, en silencio, yo le prometí luchar por mi vida y por la suya… le prometí rescatarla del olvido. Recordé las admoniciones de María Lejárraga que Cándida había registrado en sus diarios ("¡Hay que trabajar, hay que trabajar!") y, con una ilusión renovada, salí a la calle para comenzar a reconstruir una historia, la historia de Cándida, nacida en San Millán de la

Cogolla, provincia de Logroño, maestra hasta la Guerra Civil y luchadora por toda una vida… Cándida. Cándida Sanz Pedriza…

ÍNDICE